
LO QUE
EL
TIEMPO
NO
BORRÓ
Marta Flores

LO QUE EL TIEMPO NO BORRÓ

Primera edición.
Lo que el tiempo no borró
©Marta Flores
©mayo, 2026
©Imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1



Triana

Me terminé de pintar el ojo izquierdo con una línea negra bien marcada como a mí me gustaba y, cuando me retiré hacia atrás, me guiñé un ojo a mí misma y sonreí frente al espejo.

—*Triana, ya estás lista para darlo todo, una noche más.*

¿Era raro hablar con el reflejo de una misma? ¿O conmigo misma directamente, aunque no me reflejara?

Puede, pero yo lo hacía a menudo.

Abrí el pequeño armario que tenía en mi habitación y resoplé viendo la cantidad de prendas que tenía, todas amontonadas unas encima de otras.

Llevaba meses queriendo hacer limpieza y tirar o donar todo lo que ya no usaba, pero no había encontrado el momento.

Vale, o me daba una pereza increíble.

Rebusqué entre toda la montaña que había y sonreí al tirar de un trozo rojo de tela al ver que era una falda que me encantaba y hacía mucho que no me ponía.

—*Perfecta para destacar y ganar unas propinillas.*

Seguí moviendo todo un poco hasta que di con un top negro minúsculo que tapaba lo justo y una blusa también negra que tenía un escote que me llegaba hasta el ombligo.

Miré el reloj de la pared y asentí satisfecha.

—*Voy bien de tiempo.*

Eran las nueve y cuarto y no tenía que entrar a trabajar hasta las diez. El pub donde trabajaba solo estaba a quince minutos de donde vivía, así que, por esta vez, que no era lo habitual, no me tocaría correr.

Me puse todas las prendas que había sacado y volví hasta el espejo a mirarme.

No estaba mal, podía estar mejor si tuviera pasta para comprarme otras prendas de mejor calidad, pero era lo que había y no me quejaría por ello.

Me calcé los taconazos negros de doce centímetros que, aunque pueda parecer una locura, para mí eran como una extensión de mis piernas y con ellos estaba muy cómoda.

Algunos me decían que estaba loca si lo comentaba en voz alta. Pero qué sabrían ellos si no eran ni mis pies, ni llevaban siete años usándolos casi cada noche.

A todo se acostumbra una con el paso del tiempo, dicen.

Mentira. No a todo, pero sí a algunas cosas; a usar tacones ya me había acostumbrado, a otras cosas solo a medias y a otras, ni de broma.

Me acerqué al pequeño tocador/mesa y recogedor de mierda que tenía y removí un pequeño joyero en el que tenía buscados unos pendientes que tenía pensado ponerme.

Eran dos lunas de plata que me encantaban y que me había comprado en un puesto de esos que se ponen con una manta en el suelo en la playa.

—*Mierda, solo hay uno, ¿dónde narices estará el otro?* —protesté alzando un poco la voz—. *Seguro que está en la dimensión esa que existe y en la que están todas las parejas de calcetines que no aparecen. Sí, allí tiene que estar, haciendo compañía a infinidad de cosas mías* —dije cabreada.

No quise cabrearme más de la cuenta y cogí otros en forma de corazón que no me gustaban tanto, pero que sí que, por un milagro, estaban los dos.

Agarré el frasco de colonia de olor a limón que me gustaba tanto y me pulvericé el cuello dos veces.

Eché un vistazo a la cama donde tenía las cosas que pensaba llevarme esparcidas y las fui enumerando en mi cabeza mientras las metía en el bolso negro, tipo bandolera que siempre llevaba a trabajar.

Cartera, móvil, llaves, támpax por si las moscas, o por si el coñazo de la señora de rojo hacía acto de presencia, y un poquito de dinero. Lo justo por si me entraba mucha hambre a mitad de la noche y me tocaba salir a la bocatería que había cerca del pub a pillar un bocata.

Cogí una chaqueta negra que tenía colgada en la silla de mi habitación por si refrescaba cuando volviera, aunque era poco probable, ya que estábamos casi en verano, pero no estaba de más prevenir.

Eché un último vistazo a la habitación, negando con la cabeza por el desastre que había allí montado, y sin pensarlo más, salí cerrando la puerta a mis espaldas, para irme a currar.

Llegué al salón y sonreí al ver la escena que allí había.

En la mesa del comedor estaban sentados Saray y Jorge como si fueran un matrimonio que llevaba veinte años juntos compartiendo la cena y hablando de cómo les había ido el día.

Nada más lejos de la realidad era eso, pero sí lo parecía.

La razón por la que no podía ser posible era porque Saray no quería saber nada de hombres.

No quería verlos ni en pintura porque salió escaldada de la relación que había tenido con su novio, con el que había estado nueve años, desde que se conocieron en la facultad hasta hacía tan solo unos meses.

El muy cabrón había estado jugando a dos bandas los últimos tres años, en los que, aparte de estar con mi amiga, también estaba con su jefa, con la que había tenido un hijo y todo.

Cuando Saray se enteró casi por casualidad por una llamada de teléfono que la otra le hizo a él y a la que ella contestó porque estaba en la ducha, lo mandó a la mierda en ese mismo momento. Y se hizo la promesa de que hombres, ni uno más.

Y así seguía meses después de aquello.

¿Estaba recuperada del chasco que se llevó? Sí.

Poco a poco, el disgusto fue pasando. Jorge y yo no la dejamos sola en ningún momento, y ella había vuelto a ser, desde hace poco, la misma chica divertida que siempre había sido.

La otra razón por la que estos dos no podían estar juntos y la más importante era porque Jorge jugaba en la misma liga que nosotras. Que era gay, vaya.

Los tres llevábamos compartiendo piso siete años; bueno, en realidad Saray y yo siete, y Jorge se nos unió apenas un año después.

Nos llevábamos de maravilla, y siempre pensé que era por lo diferentes que éramos los tres; nos parecíamos como un huevo a una castaña.

Saray era divertida, dulce y tenía una paciencia infinita. Y debía tenerla, porque para aguantar y lidiar con los veinticinco monstruitos, que era lo que hacía a diario, no podía ser de otra manera.

Cuando nos conocimos, ella estaba estudiando Magisterio; solo le faltaba un año para terminar, y lo hizo con muy buenas notas. Gracias a eso encontró enseguida trabajo en un colegio de la zona y allí llevaba seis años, feliz de la vida.

Saray ya tenía veintiocho años, tres más que yo y dos menos que Jorge, que era el mayor de nuestra pequeña pero rara familia.

Él, cuando entró a vivir con nosotras, estaba estudiando veterinaria.

También había terminado ya sus estudios y trabajaba en una clínica veterinaria de la ciudad, en la que pasaba más horas que en casa. Lo suyo era devoción por los animales y lo demás, tonterías. Los adoraba.

A todos sin excepción. Le daba igual: un perro, un gato, un loro o una de esas serpientes que daban un repelús impresionante.

Jorge no tenía pareja ni la había tenido nunca; era más de encuentros de una noche: conocer a alguien, pasar un buen rato y luego cada uno a su casa sin complicaciones.

En eso compartíamos opinión, ya que yo en ese sentido era igual.

Ya me llevé una decepción hacía muchos años y de esa espabilé, así que las relaciones, para mí, cuanto más lejos, mejor.

Volví a mirarlos desde la puerta donde me había parado a observarles y me dije que no podía haber tenido más suerte encontrando unos compañeros de piso mejores. Compañeros que en poco tiempo se convirtieron para mí igual que yo para ellos, en amigos.

Muy buenos amigos, los mejores, siendo sincera. Familia de corazón. Sí, eso era lo que éramos.

Los tres siempre estábamos ahí los unos para los otros, en los buenos momentos, pero sobre todo en los malos.

Y de esos, como todo el mundo, habíamos tenido unos cuantos, pero con el apoyo y el cariño tan grande que nos teníamos, los habíamos pasado mejor al estar acompañados.

La casa en la que vivíamos era un adosado que los abuelos de Saray le habían legado al morir.

Tenía cuatro habitaciones, todas con baño, que eran de muy buen tamaño, una cocina que era una pasada de bonita, un salón de lo más acogedor, pero sin duda lo mejor era el enorme jardín en el que durante esos años que llevábamos allí los tres juntos habíamos hecho horas extras. Ella no tenía padres porque murieron siendo una niña en un accidente de coche.

Así que la habían criado sus abuelos, que también habían abandonado este mundo con tan solo tres meses de diferencia.

En esa época, en la que no la conocíamos todavía, lo había pasado muy mal, porque no tenía más familia y se quedó sola con tan solo veintiún años, pero, como la tía fuerte que era, siguió adelante.

Ella estuvo viviendo unos meses allí sola, pero luego pensó que sería buena idea alquilar un par de habitaciones para no estar tan sola, y esa era la razón por la que Jorge y yo estábamos allí.

Jorge, en cambio, sí que tenía familia, pero para el caso era como que no la tuviera.

Sus padres se habían largado nada más que él cumplió los dieciocho años a vivir a Londres, de donde era natural su madre.

Además de mandarle dinero para sus estudios y su vida hasta que terminó la carrera, la cantidad era muy poca. No le alcanzaba y tuvo que trabajar además de estudiar.

En cuanto entró a trabajar en la clínica, el dinero dejó de llegar y las pocas llamadas que le hacían también.

Ahora solo le llamaban dos veces al año, y eso si se acordaban: una en su cumpleaños y otra en Navidad. Eran unos despegados y un poco rancios. Dicho por él, no por mí, aunque pensara lo mismo.

Capítulo 2



Triana

Entré de lleno en el salón y el sonido de mis tacones me delató, avisándoles que estaba allí.

Saray y Jorge giraron la cabeza a la vez y sonrieron al verme.

—Buenas noches, criaturas del averno.

Saray soltó una carcajada y Jorge negó con la cabeza sonriendo.

—Mira quién fue a hablar, la vampiresa de Málaga.

—Yo soy más de chupar otras cosas que cuellos, pero me gusta ese mote.

Mi contestación a Saray la hizo soltar una carcajada más alta todavía que la anterior.

—Qué guarra eres, joder, que estamos cenando —dijo Jorge.

—Anda el otro, ahora se hace el puritano, cuando él es de esta casa el que chupa más…

—Ya, Triana, no hace falta que acabes esa frase —me cortó Jorge resoplando, haciendo reír más a Saray.

Me acerqué del todo a la mesa y vi que estaban comiendo tortilla de patata; solo con el olor mi boca salivó.

—No la mires así, hija, y sepárate, que al final me cae la baba en el plato.

—Jorge, sabes que la tortilla es mi debilidad, y más si la ha hecho Saray.

Yo era un poco negada para la cocina, o negada total; no era plan de negar lo evidente. Y Jorge se defendía, pero solo sabía hacer sota, caballo y rey.

Por eso desde el principio de nuestra convivencia acordamos repartirnos las tareas.

Saray cocinaba siempre lo de los tres, ya que tenía unas manos de oro para la cocina y todo le salía bien, además de que le gustaba y le relajaba cocinar, o eso decía ella.

Jorge y yo siempre, sin excepción, ya que ella cocinaba, recogíamos la mesa y nos ocupábamos de los platos y utensilios que se hubieran utilizado, fregándolos y colocándolos en su lugar.

El resto de las tareas, como la limpieza, nos las repartíamos; aunque, ya que cocinaba, a Saray le quitábamos entre los dos algunas de las suyas, haciéndola protestar.

—Pues esta vez te vas a quedar sin probarla porque este —dijo señalando su plato— es el último trozo que quedaba.

Sabía de sobra que solo lo estaba diciendo para picarme; aun así, le seguí el juego.

—Espero por tu bien que eso no sea verdad, porque mira lo que te hago.

Levanté la mano y con dos dedos extendidos hice el gesto como que fueran una tijera y los abrí y los cerré varias veces.

—Además de vampiresa, sanguinaria —contestó encogiéndose en la silla.

—Tienes un bocadillo en la cocina para que te lo lleves al pub por si luego te entra hambre.

—¡Ay…! Sí es que te tengo que querer.

Me acerqué a Saray y le cogí la cara para darle un montón de besos muy sonoros, haciéndola reír.

—Muy bonito, a ella le llenas de besos y a mí me amenazas con cortarme…

Me separé de Saray y, en dos pasos, que eran los que estaba separado Jorge, llegué hasta él y le hice lo mismo.

—Eres un celosón, sabes que te quiero igual que a ella, pero con la tortilla no se juega.

—Yo por la tortilla mato, como decía la Esteban de su hija.

—Tienes una pedrada bien gorda —dijo riéndose mientras se limpiaba la cara que le dejé llena de babas adrede.

—Eso no te lo puedo discutir, pero me quieres igual.

—Qué remedio me queda; a estas alturas no vas a cambiar y ya te he cogido cariño.

—No, a estas alturas como mucho puedo ir a peor; a mejor ya te digo que no.

Saray volvió a echarse a reír al ver la mueca que puso Jorge y yo me uní a sus risas.

Me quedé mirando mientras me reía el taco, qué papeles que Saray tenía a un lado de la mesa, y vi que eran dibujos de sus alumnos. Había casas torcidas, soles con caras humanas y personas sin cuello o con los brazos más largos que el cuerpo.

Arte contemporáneo en estado puro, pensé aguantándome la risa.

—Tus niños dibujan como si vieran muertos —dije señalando los folios con la cabeza.

—Y tú te maquillas como si fueras a causarlos.

—Si eso pasa, es porque son unos mirones; yo no tengo la culpa.

—Claro, una santa eres tú —dijo Saray poniendo los ojos en blanco.

Jorge soltó una risa mientras se agachaba para coger a Milo, que desde hacía un par de minutos no dejaba de llamarle con las patas desde el suelo. Milo era su gato.

Bueno, en realidad el de todos, porque, aunque lo hubiera traído él, Saray y yo nos habíamos autoproclamado madrastras del gato desde el mismo momento en el que entró por la puerta. Era un amor.

A Milo lo habían dejado abandonado en la puerta de la clínica en la que trabajaba Jorge, metido en una caja de cartón, siendo un bebé.

Jorge fue el que lo encontró y el que lo cuidó durante días en la clínica para que se recuperara un poco de la desnutrición que tenía, pero cuando se recuperó, todos sabían que allí no podía quedarse.

Estuvo unos días abatido porque le daba mucha pena que el pobre acabara en un refugio de animales sin hogar y cuando nos lo comentó.

Saray y yo hablamos poniéndonos de acuerdo para decirle que lo trajera a casa, que nosotros seríamos su familia.

Cada vez que recuerdo la tarde en la que Jorge lo trajo a casa, me parto de risa.

Lo sacó del transportín en el que lo traía y Saray lo primero que hizo fue dar un salto hacia atrás mientras chillaba.

—Pero… ¿Qué es eso? Dijiste que era un gato, no una rata.

—Saray —dijo Jorge poniendo los ojos en blanco*—, es un gato.*

—No tiene pelo, pero ni uno. ¿Por qué es calvo?

—No es calvo, mujer, es de la raza Sphynx, son así.

—¿Feos de cojones? —pregunté yo.

—No es feo —protestó Jorge.

—Sí lo es, tío, es como los huevos de los hombres, arrugado y del mismo color.

Las carcajadas de Saray al oír mi comparación la hicieron hasta llorar.

—Sois dos brujas, no digáis esas cosas en su presencia, se puede ofender.

—Coño, qué sensible el gato, que se ofende y todo; a mí me ofende mirarlo y no digo nada.

—¿Entonces qué hago? ¿Lo llevo al refugio? —nos preguntó con pena.

—¿Qué vas a llevártelo? Este aquí se queda; ya se nos acostumbrarán los ojos y en nada lo veremos hasta guapo —dijo Saray sacándole una sonrisa. Y así fue.

Solo tres días después, Milo se ganó mi corazón y el de Saray, igual que había hecho con Jorge, y aunque seguía siendo difícil de mirar, todos le adorábamos.

—¿A qué hora vuelves? —preguntó Jorge, haciendo que volviera a centrar la vista en él y no en Milo.

—Depende de si esta noche me enamoro de un millonario o de si tengo que romperle la copa en la cabeza a algún tonto.

—Ojalá sea lo primero —dijo Saray.

—Ojalá sea lo segundo —añadió a la vez Jorge.

Cogí un trozo de pan de su plato y me lo metí en la boca antes de que pudiera protestar.

—No me esperéis despiertos.

Saray negó con la cabeza.

—No te esperamos ni viva.

—Ten cuidado —dijo Jorge serio.

Era muy protector con las dos, sobre todo conmigo, y no solo por ser la pequeña de la casa, sino por los horarios de trabajo que tenía. En los que me tocaba volver sola y a altas horas de la madrugada por las calles vacías, o no tan vacías porque alguna vez me había cruzado con más de un gilipollas cargado de copas hasta arriba o con algún tonto que quería pasarse de listo.

—Siempre lo tengo, papá. Que tengan cuidado los bobos conmigo si tienen la desgracia de cruzarse en mi camino.

—Lo digo en serio, Triana, ten cuidado y, si te cruzas con algún imbécil, corre.

—Que… sí…

—Que sí, pero luego no lo haces, te pierde la boca y te quedas a contestarles.

En eso tenía toda la razón. Era un poco inconsciente y cuando me había cruzado con esos gilipollas que dije, en vez de pasar de largo y hacer oídos sordos a sus tonterías, me enfrentaba a ellos soltándoles alguna perla de las mías.

—Que no, te lo prometo, si me cruzo con alguno ni lo miro.

Asintió, aunque no se quedó muy convencido.

Fui a la cocina y cogí el bocadillo de tortilla tan rico que Saray me había dejado preparado. Lo metí en el bolso sin ni siquiera mirarlo; si lo hacía, no llegaría entero a la calle, y no era plan quedarme luego con hambre toda la noche por hacerme la ansias.

Antes de marcharme, volví a asomar la cabeza en el salón para despedirme.

—Chao, chochotes míos.

Le tiré varios besos exagerados con las dos manos y se echaron a reír negando con la cabeza a la vez, mientras se despedían de mí moviendo la mano.

Capítulo 3



Gorka

Entré en el despacho de mi hermano resoplando como si acabara de subir una montaña y no dos plantas de escaleras.

Cerré la puerta detrás de mí y me acerqué a la silla que tenía enfrente, en la que me dejé y me pasé una mano por la cara al mismo tiempo con gesto de cansancio.

Mi hermano Óscar levantó la vista del portátil y arqueó una ceja mirándome interrogante.

—¿Ya estás en modo drama y no son ni las diez de la mañana?

—Lo que estoy es hasta los cojones.

Ni se inmutó con mi respuesta. Seguramente ya sabría el porqué de mi queja, ya que últimamente era lo habitual en mi vida.

—¿Sonia?

Preguntó cruzándose de brazos, en posición de escuchar, pero esta conversación me agota.

Coño, pues así estaba yo, agotado del mismo tema casi a diario y necesitaba desahogarme con él.

Óscar era mi hermano, pero también era mi mejor amigo.

Tan solo nos llevábamos diez meses y, por casualidades de la vida, los dos habíamos nacido en el mismo año: él en enero, siendo el mayor de los dos, y yo en noviembre.

Esa casualidad hizo que no solo estuviéramos muy unidos en nuestra vida en casa, sino que también siempre compartiéramos la misma clase tanto en el colegio como en el instituto, uniéndonos todavía más.

Al principio, la gente, cuando nos conocía y se enteraba de que teníamos la misma, al menos durante un par de meses, o nos veía compartir clases, pensaba que éramos mellizos.

Pero no, no lo éramos. Solo éramos dos hermanos nacidos en el mismo año porque nuestros padres no respetaron ni la cuarentena que toda mujer tiene después de dar a luz.

—¿Quién sino? —contesté hastiado.

Volvió a mirar la pantalla unos segundos, como si lo mío no tuviera importancia, y alargó las manos para teclear algo con rapidez. Seguramente alguno de los correos que contestaba cada mañana. Así era él, todo calma, nada le alteraba, siempre metódico, siempre paciente y comedido.

Todo lo puesto a mí.

Yo era impulsivo, impaciente; me gustaban las cosas para antes de ayer, aunque las estuviera pidiendo en ese momento. Un culo inquieto, como decía mi madre.

Me gustaba disfrutar de la vida; no es que mi hermano no lo hiciera, que lo hacía, pero de una manera muy distinta a como lo hacía yo.

Él era más de una cena tranquila en un restaurante pequeño, de una copa rodeado de cuanta menos gente mejor para poder disfrutarla tranquilo, o eso decía, y de sofá, manta y peli.

Yo, en cambio, era de los que les gustaba la noche y todo lo que ofrecía.

Unas buenas copas, unos bailes y, si eran movidos, mejor; una cena, rodeado de ruido y, en el sofá, a ser posible, en vez de la manta, usarlo para echar un buen polvo.

—Estás muy raro últimamente con ella, no dejas de quejarte a todas horas.

—Yo no estoy raro.

Soltó una risa breve.

—Claro, lo que tú digas.

—Estoy hasta los cojones, te lo he dicho nada más entrar, ¿o es que no me has escuchado?

—Lo he hecho, Gorka.

—¿Entonces? No sé a qué viene eso de que estoy raro.

—Porque aparte de estar hasta los cojones, estás raro —insistió.

Lo dejé por imposible porque cuando se ponía así y entraba en bucle, era difícil sacarle de ahí. Y luego decían que el cabezota de los dos era yo; es que mandaba narices.

—Es que me tiene la cabeza como un bombo, no deja de insistir con lo de la boda.

Al nombrar la palabra boda, conseguí lo que estaba buscando, que me prestara toda su atención, haciendo que retirara las manos del teclado, por fin, y que las cruzara encima de la mesa.

—Si no quieres casarte, díselo claramente y punto.

—Ojalá con eso fuera suficiente, pero no solo me tiene mareado a mí.

Apreté la mandíbula, cabreado, antes de seguir.

—Papá y Francisco se han puesto de su parte y me están dando una chaqueta también que para otro la quisiera.

Francisco era el padre de Sonia y el mejor amigo de mi padre, aparte de su abogado desde que mi padre se hizo cargo del hotel que heredó de mis abuelos hacía ya veintidós años. Tantos como llevaban separados él y mi madre.

Mi madre era una mujer muy sencilla a la que le gustaba la vida tranquila lejos de tanto bullicio y mi padre todo lo contrario.

Cuando mi padre se hizo cargo del hotel, no penséis que era uno pequeño, no, era uno de los más grandes de Málaga y más caros también, ya que de cinco estrellas había pocos en esa ciudad.

A mi padre, siendo tan joven como era, que no le estoy excusando, que conste, porque el tener dos dedos de frente y ser responsable de los actos que uno comete no tiene nada que ver con la juventud, sino con cómo tengas la cabeza bien amueblada.

Pues mi padre no debía de tener ni un solo mueble, porque el dinero, el rodearse de gente influyente o famosa siendo él el director del hotel, le jodió la vida, o eso dice él.

Eso hizo que le fuera infiel a mi madre varias veces, aparte de pegarse unos fiestones del copón día sí y día también, mientras ella se quedaba todo el tiempo con Óscar y conmigo, ya que éramos apenas dos niños que no llegaban a los tres años.

Mi madre aguantó hasta que dejó de hacerlo. Y cuando teníamos tres años y estábamos a punto de empezar el colegio, le mandó a la mierda pidiéndole el divorcio.

Mi padre, Faustino, o Tino para los amigos, se lo dio encantado, así como nuestra custodia y una buena pensión para los tres, para así él seguir viviendo su vida sin molestias a su alrededor.

El mismo día que firmaron los papeles del divorcio, mi madre nos montó en su coche y nos fuimos a vivir a casa de mi abuela a Nerja, un pueblecito que no estaba muy lejos de Málaga capital.

Allí estuvimos viviendo mi hermano y yo hasta que cumplimos dieciocho años, que fue cuando volvimos a Málaga para empezar la universidad. Y durante ese tiempo vivimos en casa de mi padre.

No es que abandonáramos a mi madre y corriéramos a los brazos de mi padre; es que, después de lo que le hizo a mi madre y de habernos abandonado a nosotros, ni siquiera merecía que le miráramos a la cara.

Pero es que un año después de que nos marcháramos de su vida, mi padre se dio cuenta, por fin, de que se había dejado deslumbrar por esa vida de lujos, dinero e hipocresía que tanto atraía, pero siendo a la vez una vida vacía. En la que cuando llegas a casa después de una fiesta, lo único que encuentras es silencio y soledad.

Quiso volver con mi madre y le pidió cientos de veces perdón, pero ella estaba tan dolida y desencantada con él que no lo hizo.

No volvió con él. Pero sí que acabaron siendo buenos amigos con dos hijos en común. Por lo tanto, mi padre, aunque no vivió con nosotros todos los años que estuvimos en Nerja, estuvo presente en nuestras vidas, en todo momento.

—Además, que no es que no me quiera casar, es que tengo veinticinco años, joder. Me parece que tengo todavía mucha vida por delante como para meterme en una boda y empezar a hablar de hijos.

—Esto no tenías que estar diciéndomelo a mí, sino a ella.

—¿Y crees que no se lo he dicho? Pero por un oído le entra y por otro le sale. Ella ahí sigue insistiendo a diario con lo mismo.

Me levanté resoplando como hacía últimamente a todas horas. Al final me acabarían llamando en el hotel *"El Resoplitos"*, y si no, al tiempo.

Me acerqué a la cafetera que tenía mi hermano allí para no tener ni que salir del despacho a por uno a la cafetería y eso hacía que estuviera tan contento porque así no se cruzaba o estaba rodeado de gente a diario a la que no aguantaba más de cinco minutos.

Hasta en eso éramos opuestos también.

Óscar era el subdirector del hotel, al menos hasta que nuestro padre se jubilara. Eso le daba la ventaja y la satisfacción de estar encerrado en el despacho revisando todo, sin tener que aguantar a nadie.

De eso ya me encargaba yo. Porque al parecer y según me decía Óscar, yo había nacido para estar rodeado de gente y para darles a todos ellos más carrete del permitido. Así que siempre tuvimos claro que él trabajaría en las sombras y yo sería la cara que nos representaba.

El café salió aguado como siempre; esa cafetera era criminal y más vieja que la orilla del río, pero mi hermano se negaba a tirarla de una puta vez a la basura y poner una nueva.

Decía que el café que hacía era vintage y que por eso era así. Ni idea de lo que significaba eso, pero no sería yo el que preguntara.

Me volví a sentar en el mismo sitio y esperé mientras tomaba un par de sorbos, que estaban asquerosos, pero de momento y hasta que no bajara a la cafetería, era lo que había.

—Yo pienso que lo que te tiene así no es que no te quieras casar.

Hizo una pausa y me miró a los ojos.

—Creo que lo que no quieres es casarte con Sonia.

Lo miré por encima de la taza, alzando las cejas, y después fruncí el ceño porque no sabía a qué era debido eso que acababa de decirme.

—Ah, ¿no? —me atreví a preguntar.

—Así es, pienso que no te importaría casarte; el problema es que lo que no quieres es hacerlo con Sonia.

—¿Qué chorradas estás diciendo?

Se encogió de hombros.

—Nunca la has mirado con el mismo brillo en los ojos con el que mirabas a…

—Ni se te ocurra nombrarla.

Le corté tan rápido que hasta yo me sorprendí de mi propia rapidez. Óscar sonrió con esa sonrisa suya de "te conozco mejor que tú mismo". Y era verdad.

No dijo el nombre, pero tampoco hizo falta porque los dos sabíamos perfectamente en quién estaba pensando cuando dijo eso del brillo en los ojos.

A mí también se me vino a la mente el mismo nombre y acompañado también de una imagen de ella.

De Triana.

Capítulo 4



Gorka

En cuanto su nombre apareció alto y fuerte en mi mente, no viendo sino como si una voz me lo chillara, su imagen o la que yo tenía grabada en mi cabeza apareció de repente.

Seguramente ahora en esos momentos estaría muy cambiada, puesto que habían pasado siete años desde la última vez que la vi. Pero también estaba seguro de que seguiría siendo la mujer más bonita del planeta, al menos para mí.

Pensé en su pelo negro como el azabache, ese que siempre llevaba tan largo que le rozaba el trasero y que solía recogérselo en una trenza o en dos cuando era más niña.

Sí, porque también en mi mente tenía la imagen de cuando era una niña, ya que la conocí cuando los dos teníamos tres años y empezamos el colegio a la vez y nos vimos todos o casi todos los días hasta nuestros dieciocho años.

Pero lo que más recordaba de ella eran esos ojos azules como el cielo. Esos que desde que los vi la primera vez siendo un crío me llamaron tanto la atención que nunca habían salido de mi mente, teniéndome totalmente encandilado.

En los últimos años había pensado en ella más de lo recomendable para mi salud mental y más de lo debido estando al lado de otra mujer. Pero al parecer mi mente iba por libre y, cuando menos lo esperaba, allí que aparecía ella.

Solo con escuchar una risa parecida a la suya. Oler limón, que era a lo que siempre olía. O ver en una mujer el mismo color de pelo o parecido, o mirar al cielo cuando estaba totalmente despejado, era de las cosas que hacían que ella, sin pedir permiso, apareciera en mi mente.

—*Y en tu corazón, de donde nunca ha salido* —, me recordó una vocecita en mi interior.

No, no y no, chillé a esa puta voz que quería atormentándome, diciendo mentiras. Porque sí que la veía en mi mente, porque, joder, era preciosa y cualquier hombre la recordaría si la hubiera visto durante tantos años.

¿Pero en mi corazón? No, de ahí había salido hace mucho tiempo o, más bien, yo la eché, siendo sincero.

—*No te lo crees ni tú, mentiroso de mierda* —, volvió a repetirme la voz.

Sacudí la cabeza y volví a centrarme en la conversación con mi hermano. Porque pensar en este tema me ponía de muy mala leche, y con lo de la boda ya tenía bastante como para preocuparme por cosas del pasado que deberían estar y quedarse ahí en el pasado.

Pisadas y enterradas, sí, así deberían estar y, aunque me costara mucho, esperaba que un día no muy lejano conseguiría que así fuera.

Óscar carraspeó y lo miré frunciendo el ceño.

—No pensaba en ella —le aclaré.

Soltó una carcajada seca y negó con la cabeza.

—Claro que no —dijo con ironía.

—Te lo digo en serio.

—Repítelo diez veces más y, si tú te lo crees, lo haré yo también.

Le apunté con el dedo fingiendo un enfado que en realidad no sentía.

—No me toques los cojones con ese tema, que bastante tengo ya como para pensar en una mujer que no era para mí.

—Claro, ella no era para ti, pero Sonia sí lo es.

Mi hermano lo dijo con dolor. Porque Triana era su mejor amiga, siempre se llevaron a las mil maravillas y cuando todo pasó, él a petición mía acabó alejándose de ella como lo hice yo sin mirar atrás.

Siempre supe que eso a mi hermano, después de tantos años, le seguía pesando. Porque cuando lo habíamos hablado en alguna ocasión, me había dicho bien claro que no debería haberme hecho caso y que, aunque yo la hubiera dejado no de muy buenas maneras, todo hay que decirlo, él no tenía que haber hecho lo mismo. Que era un mal amigo por ello.

Triana y yo estuvimos juntos desde que éramos apenas unos críos de doce años; éramos como dos imanes que se atraían sin poder evitarlo.

Fuimos el primer beso del otro con doce. La primera vez del otro también con catorce. Tuvimos tantas primeras veces en tantas cosas que ni con un cuaderno entero tendría bastante para apuntarlas todas.

Al principio solo mi hermano y la suya sabían que estábamos juntos porque su madre era "rara", por decirlo de alguna manera, y la tenía tan controlada que, si hubiera sabido que andaba con un chico, la habría encerrado de por vida.

Los rumores del pueblo decían que al morir su marido había perdido un poco la cabeza por el dolor y se había centrado tanto en la iglesia, volviéndose una fanática, que quería arrastrar a sus hijas con ella.

Con Triana tenía a diario arduo trabajo y miles de discusiones, ya que mi chica era un alma libre que no quería ni oír hablar de pasarse horas rezando ni de ser monja, que era lo que su madre quería para ellas.

En cambio, su hermana era todo lo contrario, siempre bajo las faldas de su madre, siempre cumpliendo sus mandatos, siempre siendo débil, como decía Triana, pasando más horas con su madre metida en la iglesia que en su propia casa.

Pero no solo tuvimos en contra la locura o fanatismo de su madre, sino también el clasismo de mi padre.

Había cambiado en muchas cosas; le perdonamos por su temporada de desfase, pero en lo que mi padre nunca cambió fue en mirar a la gente que no estaba a su nivel económico por encima del hombro. Y Triana y su familia no lo estaban.

"Esa chica no es para ti." Tantas veces me lo repitió que acabé creyéndomelo y aceptándolo.

Cuando los dos últimos veranos de mis dieciséis y mis diecisiete, él trajo a la hija de su mejor amigo Ignacio, Sonia, para pasarlos enteros con nosotros, como hacía siempre. Así, acabó sucediendo lo inevitable. Acabé engañando a Triana con Sonia.

Sonia sí era para mí. Era guapa, lista, correcta y educada, la novia perfecta para el heredero del mejor hotel de Málaga. Estar con Sonia era lo cómodo, lo lógico, pero no lo que mi corazón quería.

La cagué mucho, muchísimo para ser exactos, pero ya no tenía solución y debería vivir con ese pesar dentro de mí el resto de mi vida.

—¿Podemos dejar este tema, por favor?

Óscar apretó la mandíbula y un poco los puños. Pocas cosas le alteraban y este tema era una de ellas.

—Como quieras —contestó con sequedad.

Me apoyé en el respaldo de la silla y miré al techo.

Volví a bajar la mirada segundos después e hice un barrido visual por el despacho de mi hermano, ese que estaba tan ordenado que parecía que tenía un TOC con el orden.

Desde el ventanal se podía ver la playa privada del hotel, esa a la que solo nosotros y los clientes teníamos acceso.

El hotel entero olía a dinero discreto, a madera buena, a flores silvestres que estaban estratégicamente colocadas por todo el hotel para darle un toque de distinción único.

Habíamos venido desde Nerja con dieciocho años sabiendo que este hotel sería nuestro futuro. Habíamos estudiado turismo, gestión y eventos; era lo necesario para acabar donde estábamos.

Óscar, siendo subdirector, hasta que tomara el mando definitivo. Sonia llevando las finanzas, porque era buenísima con los números. Y yo, que era el más sociable, organizando eventos de todo tipo en el hotel, sobre todo bodas, de esas en las que los novios se gastaban tanto dinero que rozaba lo obsceno.

Tenía gracia la cosa: yo organizaba bodas y quería huir corriendo en dirección contraria a la mía.

—¿Sabes lo peor de todo? —dije.

—Ilumíname.

—Que Sonia tiene razón.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Explícate.

—Llevamos juntos más de siete años; lo lógico es que demos el siguiente paso, es ley de vida.

Cogí aire para poder decir lo siguiente porque, aunque fuera lo lógico decirlo en voz alta, me raspaba la garganta.

—Noviazgo, boda, hijos…

—Claro que es lo lógico, pero con la mujer adecuada; si no lo es, después de esos hijos llegan otras cosas inevitables por no haber elegido bien.

—¿Qué cosas?

—Problemas y divorcio.

—Joder, Óscar, me lo estás poniendo todo fabuloso —me quejé.

—Vienes aquí a contarme tus problemas porque sabes que yo no te voy a decir lo que necesitas oír o lo que quieres oír, sino lo que pienso.

En eso tenía razón; mi hermano no doraba la píldora a nadie y mucho menos a mí, siempre era directo y decía las cosas que pensaba o sentía, no las que los demás esperaban oír.

—Y te lo agradezco, sabes que me gusta tu sinceridad.

—Mira, Gorka, solo te voy a decir una cosa más de este tema.

—Dime.

—Piénsate bien lo que quieres hacer; ya cediste una vez por dejarte llevar y hacer lo que parecía lo correcto, que era lo que papá y otros querían para ti, no lo que tú deseabas —hizo una pausa—. Y aunque no lo quieras reconocer, a mí no me hace falta que lo hagas; llevas esa espina dentro clavada ahora y la llevarás siempre.

—Óscar…

—Déjame terminar.

—Sí te casas, que sea porque de verdad lo deseas, no porque es lo que toca. Si quieres pasar el resto de tu vida con Sonia, que sea porque así ves tu futuro, no porque lo vean los demás y piensen que es lo lógico después de tantos años juntos. No condenes tu vida más de lo que ya lo has hecho.

Joder, las palabras de mi hermano fueron como una bofetada a mano abierta.

—Lo pensaré.

—Hazlo.

—Gracias por estar siempre ahí, Óscar.

—Nada de gracias, eres mi hermano; lo hago porque te quiero, aunque haya veces que quiera matarte por ser un gilipollas.

Leche, pues no me estaba emocionando y todo.

Parpadeé rápido y decidí cambiar de tema radical, para que la tensión que se había instalado en el despacho se disolviera un poco.

—Oye, ¿has hablado con Richi?

Mi hermano sonrió de verdad por primera vez desde que habíamos empezado a hablar y se le iluminó la mirada.

—Sí, lo hice anoche.

—¿Y? —pregunté ansioso.

—Ya tiene todos los permisos, las obras empezarán mañana y, si todo va bien, en menos de un mes inauguraremos.

—De puta madre.

Richi era un hombre al que habíamos conocido unos meses antes en uno de los eventos del hotel cuando asistió a la boda de un amigo.

Él tenía un pub, no muy grande, en la ciudad, al que, por cierto, mi hermano y yo habíamos ido un par de veces entre semana, las dos veces en lunes, que era cuando menos gente iba o eso decía él. Porque cuando estuvimos allí estaba bastante lleno.

Así que no queríamos ni imaginarnos cómo sería un viernes o un sábado, que eran los días que la gente más salía.

El caso es que tanto Óscar como yo conectamos muy bien con él y charlamos bastante los días siguientes a la boda a la que acudió al hotel y que se pasó a saludarnos y a darnos la enhorabuena porque todo le había parecido una pasada.

En una de las conversaciones nos contó que su sueño era abrir una discoteca, pero que todavía le quedaba un tiempo para reunir el dinero necesario.

Después de esa conversación con él, Óscar y yo tuvimos la nuestra. Decidimos que queríamos tener algo nuestro, solo nuestro y que no estuviera relacionado con el hotel o con nuestro padre.

Le propusimos a Richi que mi hermano y yo seríamos sus socios capitalistas y montaríamos entre los tres la discoteca. Aceptó encantado. Todo lo demás fue rápido: buscar un local, pedir permisos y preparar los contratos.

—Hemos quedado mañana por la tarde a las seis en el local, para decidir la decoración. ¿Estarás libre? O le digo que cambiamos la quedada.

Saqué el móvil y abrí la parte de mi agenda en la que llevaba todo apuntado, eché un vistazo al día y la hora que me había dicho Óscar y sonreí de inmediato.

No tenía nada programado, así que estaba libre y así se lo hice saber a mi hermano. Charlamos un poco más sobre ellos y media hora después salí de su despacho más calmado, listo para seguir con el día.

Capítulo 5



Triana

Vivíamos a tan solo unos minutos del pub donde trabajaba.

Y menos mal. Porque si hubiera estado muy lejos, tendría que estar todos los días pendiente de los autobuses, porque evidentemente en taxi no podía estar todos los días yendo y viniendo.

Y tener coche estaba descartado. Para eso debería tener dinero y de eso andaba más bien escasa.

Pero que, aunque hubiera estado un poco más lejos, tampoco me hubiera importado porque me gustaba mucho caminar, sobre todo al anochecer.

Málaga tenía algo de noche que no tenía de día. Nadie fingía demasiado; todos iban con más calma, disfrutando del momento.

De noche, la gente al menos reconocía que quería beber, follar, olvidar, o las tres cosas. En cambio, de día todo eran prisas.

Unos iban al trabajo, otros a llevar a los niños al colegio corriendo como pollos sin cabeza, otros pensando en sus cosas, sonriendo como tontos, mirando al suelo hasta que se comían una farola o se tragaban a alguien.

Mientras caminaba, me gustaba observar a todos los que pasaban por mi lado y preguntarme qué harían ese día. A mitad de camino me sonó el móvil dentro del bolso.

Lo saqué pensando que serían Saray o Jorge para preguntarme algo o decirme alguna chorrada. Pero cuando vi de quién era el mensaje, fruncí el ceño.

Reyes. Mi hermana pequeña. Bueno, y la única que tenía.

Ella no solía escribirme a esas horas; sabía perfectamente mis turnos de trabajo, así que, si lo había hecho, era porque era algo importante. Abrí el chat con rapidez.

Reyes: *Triana, por favor, ven mañana a casa. Mamá está muy mal. Dice que quiere verte. Deberías venir antes de que sea tarde.*

Seguí caminando. Pero unos pasos más adelante me paré apretando los dientes y respirando fuerte por la nariz, pensando bien en qué poner.

Triana: *No tengo nada que hablar con ella.*

La respuesta de mi hermana llegó casi al instante. Era como si ya la tuviera escrita porque sabía de antemano lo que la iba a contestar.

Reyes: *Triana, por favor. Hazlo por mí.*

Apreté el teléfono con tanta fuerza que, si no me hubiera controlado, lo hubiera partido.

La respuesta de mi hermana era un puto chantaje emocional y normalmente con otra persona o en otras circunstancias podría haber funcionado. Pero conmigo y con el tema de mi madre, no.

Triana: *Sabes que no puedo perdonarla, Reyes. Y para escuchar reproches, prefiero quedarme donde estoy.*

Reyes: *No me ha dicho qué quiere decirte por más que se lo he preguntado, pero lo mismo quiere pedirte perdón.*

La carcajada me salió tan alta al leer lo del perdón que dos chicas que pasaban justo a mi lado pegaron tal bote que casi se vuelcan hacia un lado.

Triana: *¿Has bebido? Ah, no, que tú no bebes. ¿Fumado? Ah, no, que tampoco fumas. Entonces tiene que ser que te ha dado una enajenación mental transitoria y por eso dices semejante chorrada.*

Reyes: *No seas así, Triana, que esto es serio.*

Claro que era serio. Tan serio como cuando tenía dieciocho años y la desgraciada de mi madre me puso las maletas en la puerta de casa, me llamó de todo y me dijo que para ella estaba muerta. Así de serio tenía que haber sido también aquello y serio no fue.

Fue un completo atropello y una putada muy gorda por parte de mi madre.

A mi hermana no la metía en el mismo saco porque era tan solo una cría de quince años, tan tímida y tan absorbida por mi madre que ni mu la dejó decir.

Reyes no me pudo ayudar en aquella época, pero desde que me marché y sin que lo supiera mi madre, habíamos estado en contacto constante, apoyándonos la una a la otra en la distancia.

Triana: *Entro a trabajar ahora mismo; mañana te llamo.*

Guardé el móvil en el bolso con más fuerza de la necesaria y cogí aire un par de veces para calmarme. Sabía desde hacía dos meses que mi madre se moría.

Un cáncer agresivo, de esos que llegan tarde y arrasan con todo. Me lo había dicho mi hermana el día que me llamó llorando como si se acabara el mundo o llorando por las dos porque yo ni una lágrima solté.

¿Había ido a verla? No. Y no me arrepentía. ¿Era rencor? Quizás lo era.

Rosario, porque mamá no había vuelto a llamarla desde el último día que nos vimos cuando me echó de casa; aquel día ya hacía más de siete años, a las diez de la noche y mientras caían chuzos de punta.

Esa noche me tocó pasar la noche empapada, sola, muerta de miedo y embarazada, encogida en un portal. Todo acto tiene sus consecuencias y estar durante horas en esas condiciones me hizo enfermar.

Me cogí un fuerte catarro que con el paso de los días fue a más, terminando en una neumonía que me dejó tan débil que acabé perdiendo a mi hijo. Así que no, no la había perdonado, ni pensaba hacerlo.

Por su cultura, por su fanatismo y por lo loca que estaba, perdí a mi hijo. ¿Y ahora quería verme? Pues que cogiera una foto mía y me viera todo lo que quisiera, si es que no las había quemado todas, que sería lo más probable.

Rosario nunca había sido una madre, al menos desde que yo tenía recuerdos, pero las chismosas del pueblo decían que antes de morir mi padre, cuando yo tenía tres años y mi hermana era un bebé de tan solo seis meses, no era así.

Perder a mi padre y verse sola con dos niñas tan pequeñas le hicieron agarrarse a lo primero que pilló y eso fue la iglesia. Pero tanto se agarró que lo que debería haber sido un consuelo se volvió una obsesión. Desde entonces, vivía por y para la iglesia.

Iba a misa los trescientos sesenta y cinco días al año, incluso algunos dos o tres veces. Se pasaba más tiempo allí metida que en casa. Y claro, no nos iba a dejar solas, pues allí que nos tenía con ella. Con deciros que mi hermana aprendió a andar entre los bancos y el altar, creo que con eso ya está todo dicho.

Para ella, desde entonces todo era pecado, todo era peligroso, todo lo que no fuera rezar sobraba.

Según pasaron los años, quiso convencernos de que la mejor forma de no sufrir era no vivir. Y la mejor forma de cumplir eso era que mi hermana y yo nos consagráramos a Dios; esos eran sus planes. Conmigo lo tuvo claro pronto.

Le dije bien clarito que monja iba a ser su puta estampa. En cambio, con Reyes fue distinto; mi hermana era blanda donde yo era piedra, donde yo mordía, ella agachaba la cabeza. Y al final la muy… lo había conseguido.

La hija descarriada, o sea yo, salió de su vida, o la echó, más bien. Y la hija buena, o moldeada como una figura de plastilina, había seguido sus mandatos hasta el final, o eso pensaba ella, porque ya me encargaría yo de que mi hermana solo fuera monja si de verdad así lo sentía y no porque mi madre le había comido la cabeza.

Levanté la cabeza y sonreí al ver las luces del local a pocos metros de mí. Llevaba tantos años trabajando allí que para mí era como mi segunda casa y los de dentro otra familia más de corazón para mí.

Cuando mi madre me echó de casa con el poco dinero que tenía, me marché a Málaga; allí pensé que tendría más oportunidades de encontrar trabajo más rápido. Y así fue.

Los tres primeros días dormí en un hostal y por el día me pateaba la ciudad buscando algo, lo que fuera. Un anuncio en la puerta del pub me hizo entrar y esa misma noche puse mis primeras copas.

La semana siguiente fue cuando, a través de un anuncio, vi que Saray ofertaba habitaciones para compartir y allí acabé también. Y, como podéis ver, en los dos sitios seguía y estaba muy a gusto, debo decir.

Saray, mi jefe Richi, ahora ya un amigo más que un jefe, y mis compañeros del pub, Angy y Fer, fueron para mí una salvación.

Cuando quince días después de empezar a trabajar y que acabara con la neumonía en el hospital y allí mismo acabara perdiendo a mi hijo, se volcaron conmigo ayudándome en todo.

Era una niña, sola, enferma y muerta de miedo, que se acababa de llevar un palo muy gordo. Todos me apoyaron. Sin condición, sin pedirlo y de corazón.

Richi me guardó el puesto y me visitó en el hospital casi todos los días. Cuando me contrató, ya sabía que estaba embarazada; fue algo con lo que le fui sincera desde el principio y algo debió ver en mí, porque me contrató de todas maneras.

Mis compañeros también me fueron a visitar. Angy, con su alta protección, me acogió bajo su ala el primer día de trabajo y no me soltó; era su niña, como ella decía, y por muchos años que pasaran, así seguía siendo.

Fer, con sus bromas y el arte que tenía, siempre me sacó esas sonrisas que tanta falta me hacían en un momento tan duro. Y Saray, ¿qué puedo decir de Saray? Pues que fue mi mayor apoyo, fue como una hermana para mí.

Cuando fui a ver la habitación para alquilarla, también fui sincera y le dije que venía con premio. Con lo que le gustaban y le gustan los niños, le encantó la idea de tener uno en casa.

Así que cuando luego lo perdí, ella, que ya se había hecho a la idea, lloró casi tanto como yo.

Era pensar en todos ellos y en esa época, para mí la peor de mi vida, y emocionarme sin remedio, porque, jolín, en esta vida te encuentras a gente muy cabrona, pero también a mucha gente buena y a mi vida, al parecer, llegaron todos de golpe.

La única que se atrevió en esa época a preguntarme por el padre de la criatura fue Saray en una de las muchas conversaciones que mantuvimos en casa.

Con un chocolate caliente y una mantita en las piernas en el sofá, le conté la historia de mi vida mientras lloraba más que hablaba.

Él no llegó ni a enterarse de que iba a ser padre. Ya que después de muchos años juntos, siendo inseparables, y al menos yo creyendo en esa época que así sería toda la vida, Gorka, que así se llamaba, me dejó por otra chica que era más acorde a la vida que llevaría.

Se marchó de Nerja sin mirar atrás y sin decirme siquiera ni adiós. Eso fue el motivo por el que tomé la decisión de no volverme a enamorar; ni de broma volvía yo a pasar por una cosa así.

Perderlo a él me dolió. Pero perder a su hermano, que era mi mejor amigo desde que éramos niños, me dolió casi tanto o más.

Porque los amores dicen que van y vienen, pero la amistad, si es verdadera, pase lo que pase, dura para siempre. Y la mía con Óscar, siempre pensé que eran de esas, pero antepuso a su hermano a mí, cosa que con el tiempo acabé entendiendo, y también lo perdí a él.

Cerré los ojos y la imagen de los dos llegó a mi mente como tantas veces me había pasado durante todos esos años y me hizo sonreír.

Corriendo juntos, jugando al balón o a cualquier cosa que se les ocurriera.

Durante toda mi infancia, donde estuviera uno de los dos hermanos Salas o los dos, allí estaba yo con ellos.

Todo eso a espaldas de mi madre, claro. Porque si lo hubiera sabido, me habría encerrado en casa o en la rectoría de la iglesia y me hubiera puesto un rosario en las manos, haciendo rezar hasta que me sangraran los dedos de darle tantas vueltas a las bolitas.

Porque prefería recordar a esos niños que fueron y todas las cosas buenas que vivimos juntos que no todo lo malo que vino al final de nuestra relación.

Todos tenemos un destino escrito y, al parecer, en el mío Óscar y Gorka solo tenían que estar en mi vida los primeros años; después no, como así había sido.

¿Les odiaba por lo que me hicieron? Al principio sí, no voy a mentir, porque cuando más les necesitaba no estuvieron, pero ahora ya no. Ahora los dos me eran ya totalmente indiferentes.

Capítulo 6



Triana

Entré en el pub empujando la puerta con la cadera como hacía siempre, no porque la puerta pesara, sino porque era mi entrada triunfal.

Esa que decía: "Aquí estoy yo porque he venido". Esa chica un poco tímida, miedosa, que no sabía diferenciar un whisky de un coñac, hacía muchos años que se quedó atrás, ya que siete años y miles de copas dan para aprender mucho y en esos momentos podía servir cualquier cosa con los ojos cerrados.

Eso siempre acompañado de alguna de mis perlas, esas que no se me aguantaban en la boca ni, aunque me la cosieran con zorzal.

Nada más verme, Fer pegó un silbido desde detrás de la barra.

—¡Pero bueno! ¿Quién ha dejado escapar a esta tía buena por la calle sola?

—Tu padre, que estaba cansado de perseguirme.

Los dos nos miramos y nos echamos a reír.

Pobrecito su padre si tuviera que perseguirme, porque no estaba el hombre para muchos trotes, ya que de una caída se había quedado cojo de una pierna.

Pero que conste que mi comentario no fue con malicia, fue con el mucho cariño que le tenía al hombre y por las muchas bromas que él mismo hacía al respecto de su cojera.

Todavía no había llegado hasta la barra cuando Angy apareció de la nada oliendo al mismo perfume caro de siempre y me echó los brazos al cuello.

—Mi niña, qué guapa vienes. ¿Has cenado? Tienes cara de haber comido rabia.

Abrí el bolso y se lo acerqué a la cara, pegándoselo bien para que lo oliera.

—Tortilla de la Saray —dijo afirmando.

—Premio para la señora.

Angy se llevó una mano al pecho y con la otra me apuntó con un dedo que apoyó en mi pecho.

—Si vuelves a llamarme, señora, hoy cenas hielo, porque te quito el bocadillo y me lo como yo.

—Sabes que por la tortilla mato, así que ni te acerques a mi bolso si no quieres que mañana te llevemos flores.

Me plantó un beso en la mejilla y me revolvió el flequillo, ese que había estado quince minutos planchándome para nada, porque en cuanto había salido a la calle y me había dado el aire, ya estaba el muy cabrón como si fuera un remolino.

—Vale… no te tocó la tortilla, pero solo porque te quiero y porque sé que tienes que crecer, canija.

Tenía narices que ella me dijera eso cuando le sacaba al menos doce centímetros de altura y no porque llevara los tacones, ya que ella llevaba unos parecidos, sino porque yo era bastante más alta que ella.

Me tuve que echar a reír y ella, al adivinar lo que estaba pensando, hizo lo mismo.

—¿Nos dejarás verlo luego al menos? —preguntó Fer.

—Solo si te portas bien.

—Yo siempre me porto bien —contestó guiñándome un ojo.

—Claro, y yo he vuelto a ser virgen y casta.

Ahí sí que ya ninguno de los tres, ante mi respuesta, no pudimos aguantarnos y nos echamos a reír a carcajadas. Porque yo de virgen poco y de casta menos.

Que no es que fuera un pendón desorejado, porque eso tampoco, pero vamos que, si me salía un ligue y tenía que irme con él a pasar la noche, me iba.

No pasaba de eso porque mi regla era no repetir nunca con él mismo, pero esa noche lo daba todo y me quedaba relajada para unos cuantos días.

—Anda, ve a dejar las cosas al vestuario.

—Y retócate el pintalabios, que vienes guapa pero mejorable.

Me llevé la mano al pecho indignada y con un golpe de melena me di la vuelta para ir a los vestuarios mientras los dos capullos se reían a placer.

Crucé el pasillo hacia el vestuario. Entré y lo primero que me golpeó, pero para bien, era el olor a rosas del ambientador que Angy siempre ponía colgado de una punta donde al principio de los tiempos había un cuadro tan feo que te hacía sangrar los ojos cuando lo mirabas.

Dejé el bolso y la chaqueta dentro de mi taquilla y, antes de salir, me tiré un beso a mí misma en el espejo que había allí. No había dado ni dos pasos cuando vi a Richi que salía de su despacho.

—¿Dónde va el mejor jefe del mundo?

—No me seas pelota, anda —contestó riéndose.

—No es peloteo, es cariño con marca registrada.

Richi negó con la cabeza.

—Salía a buscarte a ver si habías llegado.

—Pues enhorabuena, detective, ya no busque más, ha resuelto usted el caso sin esfuerzo.

—Eres una payasa.

—Sí, pero sin nariz; hoy me la he dejado en casa, no me pegaba con los tacones.

Richi volvió a echarse a reír mientras negaba con la cabeza, señal de que estaba pensando: "No puedo con ella, mejor dejarla".

—¿Y para qué me buscabas?

—Quería hablar un momento contigo antes de que te metas de lleno en faena; vamos al despacho.

Me hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera y yo obedecí como la buena niña que era.

—¿Hay algún problema?

—Espero que no.

—Hijo, estás de un misterioso que ni hay quien te sople.

—Como me digas que estás embarazado, me desmayo, pero si me dices que te casas, entonces ya me hago el harakiri.

Lo del embarazo era imposible, pero lo otro lo era todavía más, ya que Richi era el eterno soltero por elección propia y había jurado por Snoopy no casarse jamás.

Se echó a reír y me hizo un gesto para que entrara cuando abrió la puerta. Me senté en la silla que tenía enfrente de su mesa y esperé a que él se sentara en la suya.

Se hizo el interesante y le miré entrecerrando los ojos.

—Vamos, suéltalo ya, que me estás poniendo de los nervios.

Richi apoyó los brazos en la mesa y sonrió como un niño que esconde en los bolsillos una docena de petardos.

—Por fin voy a cumplir mi sueño.

Tardé dos segundos en entenderlo. Al tercero me levanté de la silla como si me hubieran puesto uno de esos petardos en el culo.

—¡No me jodas!

Asintió sonriendo todavía más, y pegué un chillido tan fuerte que, seguro, Angy y Fer me habían oído desde la barra, pero no me importó, estaba feliz, muchísimo.

Me alegraba tanto por Richi que, si me hubiera tocado la lotería, seguramente no me hubiera alegrado ni la mitad.

—¡La discoteca! —volví a chillar.

—La discoteca —repitió él, orgulloso.

Rodeé la mesa y me lancé a sus brazos.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿A quién hay que besar?

Mis preguntas salieron a todo meter.

—A dos hermanos.

—¿Dos hermanos?

Asintió emocionado.

—Explícame todo.

—En la boda esa a la que fui de mi amigo de la infancia, conocí a dos hermanos que tienen pasta.

Hizo una pausa para hacerme el interesante y ponerme más nerviosa.

—Cuando les conté mi idea, les encantó; unos días después me llamó uno de ellos y me dijo que querían invertir.

—Qué romántico, algunos encuentran pareja en las bodas y tú encontraste capitalistas.

—No van a meterse en la gestión, ni en la contratación del personal, ni en nada. Solo serán socios. Irán a tomarse una copa y poco más.

—O sea, clientes con derecho a opinar, mi pesadilla favorita y mi especialidad.

Richi negó con la cabeza riéndose.

—Y necesito pedirte un favor.

Que Richi me pidiera un favor, eso sí que me descolocó, porque este hombre, por no pedir, no pedía ni agua, aunque se estuviera muriendo de sed.

Volví a sentarme en la silla y le miré seria.

—Dispara.

—Sé que este pub es tu casa. Sé que aquí estás bien. Pero igual que se lo he pedido a Angy y a Fer… quiero que vengas conmigo.

Parpadeé y le miré sorprendida.

—¿A la discoteca?

—A la primera línea. Os necesito a los tres detrás de la barra. Tenéis experiencia, os compagináis de lujo y sabéis llevar a la gente como nadie que yo haya conocido, sobre todo tú.

—Además, no quiero que seas una camarera más; quiero que seas la que mueva todo el cotarro.

Joder, se me puso un nudo en el pecho que hasta me empezó a faltar el aire. Con esas palabras me dejó claro que confiaba en mí y que valoraba mucho mi trabajo.

Que sí, que ya me lo había dicho muchas veces a lo largo de los años, pero esa vez me lo dijo de una manera que por primera vez me lo creí.

—¿Estás seguro de esto?

—Segurísimo.

—Richi…

—Dime que sí, por favor.

Me levanté despacio, me alisé la falda, me coloqué la blusa y puse cara como las famosas en la alfombra roja cuando van a los Óscar.

—¿Cómo no voy a decirte que sí? La primera estoy yo allí. Vamos, que sin mí no hay discoteca.

Richi dio una palmada y soltó una carcajada a la vez.

—Lo sabía.

—Lo intuías; saberlo solo lo sé yo.

—Gracias —dijo emocionado.

—Las que tú tienes, guapo.

—Y ahora voy a darles un poco de caña a mis fans; tengo que ir despidiéndome de ellos poco a poco.

—En cuanto se enteren de dónde estás, allí los tienes a todos.

—A mí con que vayan los que dejan buenas propinas, los que follan bien y los que no dan mucha la lata, me vale.

—Anda loca, sal ya.

Salí del despacho lanzándole besos con las dos manos y allí se quedó muerto de risa mientras yo me iba a la barra para empezar a currar.

Cuando llegué a la barra, Angy y Fer estaban esperándome ansiosos, como dos buitres del cotilleo.

—¿Sí?

—Por supuesto que sí, ¿dónde vais a ir vosotros sin mí?

Angy se puso a aplaudir mientras Fer se marcaba un pequeño paso de baile moviendo las caderas de forma exagerada.

—¡Ay, mi niña! Qué bien, allí todos juntos.

—Sí que ya sabes que, donde va D´Artagnan, vamos los tres mosqueteros.

—Uno para todos y todos para uno —añadió Fer.

—Sí —dije riéndome—. A ti no te importaría que el jefe fuera para todos en el curro, pero para ti solo en otro sitio, pero no juega en tu liga, majo.

—Y qué pena más grande porque, bueno, está un rato —dijo poniendo cara de pena.

Angy y yo hasta llorábamos de la risa al ver su cara de pena. Todo eran bromas, por supuesto, pero bromas que nos hacían los días mejores.

Después de la risa, los tres nos metimos detrás de la barra y la noche siguió como tantas otras. Música alta, vasos sucios y gente convencida de que su vida giraba alrededor de su cubata, intentando desconectar de todo.

Capítulo 7



Triana

La noche empezó como tantas otras.

La primera hora todo eran copas aquí y allá, unas risas de unos, otras bromas de otros. Pero como pasaba casi todos los días, pasadas unas horas, el alcohol mezclado con el cansancio se hizo presente y empezaron las escenas cómicas como si estuviéramos en un show de a ver quién decía la tontería más grande.

No todos. También hay que decirlo, porque muchos, o la mayoría, iban, tomaban unas copas, bailaban un buen rato y luego se recogían a casa. Pero luego estaban otros que se pasaban con las copas y se dedicaban a tocar la moral a los demás.

Un cliente habitual me llamó con el dedo desde una de las mesas altas que teníamos. Me acerqué y le sonreí.

—Triana, lo de siempre.

—Pues levántate tú, que yo también quiero muchas cosas y aquí me ves, dando el callo.

Se echó a reír y vino hasta la barra.

—Eres tremenda.

—Y lo estoy, lo estoy, no me digas que no.

Mis palabras las acompañé estirando las manos y dando una vuelta completa.

Su novia, que estaba sentada en la mesa a la que también conocía, se partía de la risa al ver cómo el pobre hombre se ponía rojo como la grana por mi descaro.

Al rato se acercó un hombre trajeado que era nuevo porque yo no le había visto nunca. Me dedicó una sonrisa de esas de anuncio barato y me guiñó un ojo.

—¿Qué me recomiendas? —dijo apoyándose en la barra como si el local fuera suyo.

—Ahí va —oí que susurraba Angy a Fer.

—Para ti un poquito de humildad, pero no nos queda.

Fer se dio la vuelta para no reírse delante del hombre al que se le había quedado una cara de cebollino arrugado que era para hacerle una foto.

Más tarde, cuando el ambiente ya se notaba cargado y el olor a chotuno se respiraba como si fuera parte del decorado, se acercó un tío que ese sí que iba cargadito, pero bien, pero de alcohol.

—Este se lleva una buena, verás —dijo Fer a mi espalda.

—Con esa cara deberías sonreír más.

Cogí una botella de agua de debajo de la barra, la abrí y se la puse delante, golpeándola con un poco más de fuerza de lo normal.

—Y tú, con la tajada que llevas, deberías hablar menos, o lo que hables, que no sean gilipolleces, pero ya ves, nunca se le cumplen las peticiones de todos.

—Qué borde eres.

—¿Yo? ¿O a la otra que ves a mi lado, que es igual que yo?

—¿Qué dices de otra igual? —dijo arrastrando las palabras.

Resoplé y puse los ojos en blanco.

—Que te vayas a casa a dormirla, hijo, que Casimiro salió hace rato y no le puedes hacer el feo de no acompañarle.

—¿A qué feo tengo que dormir?

La carcajada de Fer se oyó en todo el pub y Angy se tuvo que agarrar y cruzar las piernas para no mearse de risa allí mismo.

—Dios, dame paciencia porque, como me des fuerza, lo dejo más calvo de lo que ya está —dije mirando al techo.

Uno de sus amigos, que estaba también cargado, pero no tanto, se puso a su lado y le dio una palmada en el hombro.

—Tío, vámonos a casa, estoy reventado.

—Espera que la guapa dice que viene un tal Casimiro y quiero saber quién es.

Angy salió corriendo de la barra en dirección a los baños y Fer con su propia camiseta se limpiaba las lágrimas mientras se apoyaba en la barra.

—Casimiro te está esperando en casa para arroparte y ponerte el chupete.

—¿Y cómo ha llegado hasta allí si no sabe dónde vivo?

—La madre que me parió, la que me está dando —me quejé.

Me volví hacia Fer y, poniéndome las manos en las caderas, le miré muy seria.

—¿Por qué cojones me tienen que tocar a mí todos los borrachos que encima son tontos del culo?

—Tienes un imán, hija —me contestó sin dejar de reírse.

Varios clientes de los habituales que estaban cerca y ya me conocían se estaban partiendo de la risa y viéndose venir lo que iba a hacer si el pesado de los cojones no se largaba en los próximos treinta segundos.

—Chica… ¿Entonces Casimiro viene aquí o está en mi casa? No me he enterado muy bien.

Fer se dejó caer apoyado en la pared hasta el suelo, agarrándose el estómago.

—¡A tomar por culo todo ya!

Salí de la barra y me acerqué al tío que me miraba de arriba abajo, apoyado en su amigo, que no sabía yo para qué, si el otro iba cojonudo también, cómo podía sostenerle a él.

—Venir conmigo, que os voy a decir dónde está Casimiro.

Agarré al pesado de la camisa y tiré de él, que a su vez tiró de su amigo, y le llevé hasta la puerta de la calle. La abrí de un tirón y la empujé fuera.

—Allí al final de la calle —dije apuntando con un dedo—. Hay un parque que nada más entrar tiene un banco; sentaros allí, que ya le digo yo a Casimiro que vaya a buscaros.

—¿Sí? —me preguntó el muy imbécil tan contento.

—Sí, sí, vosotros no os preocupéis, que yo en cinco minutos le mando. Ale, ir con viento fresco y sentaros allí a esperar.

—Gracias, guapa.

Ni me molesté en contestarle nada más; mi paciencia tenía un límite y el tío pesado y preguntón había terminado con ella.

Entré de nuevo en el pub y cerré la puerta de un portazo.

—Triana, esos, mañana amanecen en ese banco; en cuanto se sienten allí, se quedan dormidos —dijo una chica que solía venir muy a menudo, riéndose.

—Dios te oiga y además amanezcan con la cabeza cagada por las palomas.

Todos los que se habían quedado con el cuento se echaron a reír.

Volví a la barra y Fer, que estaba poniendo unas copas a un grupo de seis chicas que se lo estaban comiendo con los ojos. Pobres ilusas, pensé; si supierais que le gusta más el chorizo de Cantimpalo, no estaríais ahí perdiendo el tiempo marcando tetas.

—Un día nos denuncian —dijo Fer cuando me puse a su lado.

—Un día me dan una medalla.

—¿Te has quedado a gusto al menos?

—No sabes cuánto. Qué pelmazo de tío, me estaba poniendo atacada.

—No lo hemos notado —dijo Angy, que ya había vuelto del baño.

Miré el reloj y quedaba una hora para echar el cierre.

—Este ha sido el tocahuevos número uno de la noche; solo queda una hora para cerrar, no creo que venga ninguno más a tocarme la moral.

—No te fíes, en una hora puede pasar de todo.

—No me des tantos ánimos, Fer, hijo, que lo mismo hasta tengo un orgasmo y todo.

Puse los ojos en blanco y el muy cabrón se encogió de hombros.

—Eso te lo doy yo si quieres.

Me giré hacia el tío que había dicho eso y vi que era más feo que Picio y con más años que la orilla del río.

Miré a Angy y a Fer, que estaban esperando a ver qué perla le soltaba al que era difícil de ver, y les dije.

—Me voy a comer la tortilla; preveo que hoy voy a acabar en la comisaría y al menos quiero llegar allí con el estómago lleno, además de con el coco caliente y la mano escocida.

Los dos, riendo, asintieron.

—¿Entonces qué, te espero a la salida para el orgasmo o qué?

Hice como que no le había oído porque de verdad que ya no tenía paciencia para más tonterías, al menos hasta que me comiera mi bocata y se me recargara otra vez.

Ni diez minutos tardé en comerme el bocadillo que me supo a gloria bendita y no solo porque estuviera buenísimo, que lo estaba, sino porque a esas horas ya tenía más hambre que una modelo víspera de un desfile.

A las cuatro y cuarto cerramos. Bajamos la persiana entre los cuatro, agotados y oliendo a limón, ginebra y supervivencia.

Richi sacó cuatro cervezas de la nevera y, después de dárnoslas, nos sentamos en sillas en corro como si fuéramos náufragos felices rescatados.

Richi levantó su botellín y se lo acercó al centro.

—Por lo que viene.

—Por salir de pobres —dijo Fer.

—Por tener un reservado VIP para ligarme a un futbolista —dijo Angy.

—Por no aguantaros más horas de las necesarias —añadí riéndome.

Chocamos los botellines con un suave clip y bebimos a la vez.

En lo que nos terminábamos la cerveza, no pudimos parar de reír mientras recordábamos las anécdotas más sonadas de la noche y alguna más de días pasados.

Cuando me marché a casa, desde la esquina de la calle me giré para ver el cartel del pub y sonreí.

Siete años viéndole seis días a la semana eran muchos días para no echarle de menos cuando nos fuéramos a la discoteca en un mes más o menos, pero sonreí contenta pensando que íbamos allí para vivir algo mejor; aún no lo sabía en ese momento, pero sí que iba a vivir algo intenso; lo de bueno ya se vería.

Capítulo 8



Gorka

Quince días después de la primera reunión con Richi, en la que nos enseñó las opciones que tenía de locales para elegir el mejor, volvimos a quedar con él para ver cómo iban las obras y ultimar las cosas que quedaban.

El local que habíamos elegido por unanimidad era grande, cerca de la playa y, lo más importante, no tenía otra discoteca cerca que nos pudiera hacer sombra.

Cuando llegamos al local a media mañana, nos quedamos alucinados de todo lo que habían avanzado en tan poco tiempo.

Aún estaba en obras, claro, pero olía a pintura fresca, cables pelados y sueños caros.

Los obreros iban y venían, cada uno en su especialidad, sin molestar a los otros, entre escaleras, herramientas y gritos en su jerga que no entendía nadie más que ellos.

Richi, nada más vernos, nos recibió con una sonrisa tan grande que parecía que la discoteca ya estaba abierta y llena hasta los topes.

—Bienvenidos al futuro.

—De momento parece más una nave industrial con ansiedad —dije mirando todo alrededor.

Óscar me dio un codazo para que bajara la voz, ya que algunos obreros me habían mirado frunciendo el ceño.

—Ignóralo, viene así de serie.

Richi, al oír a mi hermano, se echó a reír, y Óscar, el muy capullo, se rio también.

Nos pusimos en una parte de la barra que ya estaba montada en el medio de lo que acabaría siendo nuestra discoteca. Nuestra, qué bien sonaba.

Iba a ser algo solo de mi hermano y mío, bueno, y de Richi, claro. A lo que me refería era a que en eso mi padre no tenía que ver. Era algo que habíamos elegido hacer nosotros y no como trabajar en el hotel. Aunque no fue una imposición en firme, lo fue de manera velada, ya que desde críos nuestro futuro laboral estuvo elegido.

¿Que estábamos contentos con ello? Sí, pero quizás nos hubiera gustado hacer otra cosa o tomar otro camino. Pero buena gana de pensar en ello; ahora ya no había remedio de cambiarlo, así que lo dejaríamos estar.

Richi sacó todos los papeles que llevaba perfectamente ordenados de una carpeta y los extendió encima de la barra.

Allí tenía todas las ideas que había tenido y las que nosotros le fuimos mandando a través de mensajes plasmadas en papel, que se veían un poco más reales que solo imaginarlas en la cabeza.

La barra central redonda fue idea de Richi. Y aunque al principio yo no estaba muy convencido, tenía que reconocer que había quedado fabulosa.

Nos fue mostrando el resto de las cosas en las que iba apuntando algún cambio sobre la marcha, que bien a él se le ocurría de repente o bien éramos Óscar y yo los que los decíamos.

En una discoteca del nivel que nosotros la queríamos no podían faltar los reservados, una buena iluminación y una decoración impactante, pero no ostentosa.

—Quiero que cuando la gente entre diga "hostias, qué pasada" —nos dijo.

—Conociendo Málaga, lo dirán al ver los precios —comenté.

—Quiero algo distinto —insistió Richi.

—Que no sea la típica discoteca oscura con humo que huele a chicle rancio y camareros tristes. Quiero espectáculo.

—Debería tener una pista muy grande para bailar, pero también una zona de sofás para el que quiera sentarse a mirar a los demás —dijo Óscar.

—He pensado que en los reservados puede haber una Tablet integrada en la mesa por la que los clientes puedan pedir lo que quieran sin tener que esperar a que alguno de los camareros se acerque.

—Esa es muy buena idea, fácil para ellos y les dará más rapidez a los camareros que se ahorran un viaje.

—¿Acróbatas colgados del techo? —pregunté.

Los dos me miraron y se echaron a reír.

—Vale, nada de acróbatas.

—La cabina del DJ irá allí —señaló Richi la zona del fondo.

—Estará en el centro de esa pared, pero elevada para que todo el mundo le vea y para que él también pueda ver el panorama y, si la gente reclama, cambió de música; se dará cuenta.

—Muy buena idea —le felicitó Óscar dándole una palmada en la espalda.

Seguimos hablando durante una hora más de la ambientación, de los reservados con privacidad real y de la parte que estaría en la parte de atrás. Ahí la gente podía salir a un jardín, por llamarlo de alguna manera, en la que la música se oiría más baja, pero habría mesas altas con taburetes donde podrían tomarse una copa mientras charlaban.

Y en la entrada pondríamos todo el pasillo lleno de espejos para que la gente se creyera más guapa de lo que era antes de entrar. Eso último fue idea mía y les encantó a los dos.

Lo mejor de todo llegó cuando hablamos del personal; era un tema que a mí y a Óscar nos tenía un poco preocupados, porque por experiencia sabíamos que trabajar cara al público era duro.

Pero si a eso le sumábamos que ese público muchas veces iría cargado de alcohol, la cosa se complicaba. Por eso tenían que ser camareros experimentados y con mano firme.

—¿Ya tiene a la gente buscada?

—Sí, los tres que tengo fijos en el pub se vienen aquí, conmigo, y los otros son camareros conocidos de todos los años que llevo trabajando en la noche.

—En total serán mis tres chicos dentro de la barra y otros cuatro fuera que atenderán los reservados y las mesas, tanto las de dentro como las de fuera.

—¿Serán suficientes? —preguntó Óscar preocupado.

—Son pocos tres para una barra tan grande, ¿no? —añadí.

—Los tres en la barra se lo bailarán; por mucha gente que haya, ya lo veréis, es una pasada verlos trabajar juntos, con una sola mirada se entienden y se pasan las cosas sin pedírselas.

—Y cuatro fuera es lo normal para un local de estas dimensiones, pero si vemos que hacen falta más, con una llamada tendré aquí a alguien más en media hora.

Óscar y yo asentimos satisfechos.

—Confío plenamente en mis chicos y sé que, aunque no estuviéramos aquí ninguno, todo marcharía perfectamente. Son más que empleados, son familia.

Me llamó la atención el tono con el que lo dijo, con emoción en la voz y de manera muy protectora.

—Sobre todo una de ellas; a esa la voy a poner al cargo de todo, ella dirigirá el resto.

Óscar levantó la vista del plano y se le quedó mirando interrogante.

—¿Es joven?

Los dos sabíamos que la gente joven, bien porque estuviera estudiando y trabajaba para pagarse los estudios, porque se unía demasiado a la fiesta o porque en cualquier momento les salía algo mejor, se solía largar sin avisar y te dejaba colgado en cualquier momento, de ahí su pregunta.

—Veinticinco.

—Joven, para un puesto así, ¿no? Si está estudiando…

Richi se puso serio y eso hizo que mi interés subiera de nivel.

—No está estudiando, y es joven, sí, pero más joven era cuando empezó conmigo; tan solo tenía dieciocho años.

Hizo una pausa y cerró los ojos un segundo como si algo de aquella época le doliera recordarlo.

Óscar y yo nos miramos de reojo, pero ninguno de los dos se atrevió a preguntar qué era lo que pasaba con esa chica.

—Si lo que te preocupa es que nos deje colgados, puedes quedarte tranquilo; es leal y responsable con su trabajo hasta la muerte.

—¿Y tan buena es? —preguntó Óscar.

—La mejor, que su edad no os engañe. No hay nadie como ella para torear a los clientes.

Richi soltó una risita como si a su cabeza le hubiera venido algún momento en el que hubiera estado presente cuando eso había pasado.

—No deja que ni uno solo se resbale o se patine más de la cuenta; les pone en su sitio con humor y educación sin despeinarse.

No supe por qué, pero cuanto más contaba de esa chica, más ganas tenía de verla en acción, quizás porque esa manera de describirla me recordaba mucho a otra chica… que era muy parecida a esta, al menos cuando yo la conocí.

—O sea, que es encantadora —bromeó Óscar.

—Es necesaria —le contestó.

—Cuando avance la obra y los traigas, porque supongo que querrás que sean ellos los que coloquen todo en la barra, si ese va a ser su territorio, nos gustaría conocerlos, para presentarnos y eso.

Asintió, pareciéndole una idea fantástica.

—Sí, la barra es suya; allí nadie meterá las manos; en el pub también trabajan así.

—¿Entonces el tema de las provisiones que hacen falta te lo dicen ellos o cómo lo haces?

—Así es, ellos gastan y, a medida que les van haciendo falta las cosas, me pasan una lista, normalmente una vez a la semana.

—Y no solo lo que se está agotando, sino lo que prevén que se acabará en breve. Nunca en todos los años que llevan trabajando conmigo en el pub ha faltado algo que un cliente quisiera.

—Pues si tú confías así en ellos, nosotros también —le dijo Óscar.

—La confianza se gana, y ellos se han ganado la mía con creces, os lo aseguro.

Lo dijo serio y muy convencido y eso nos gustó mucho.

Media hora después nos despedimos, quedando en estar en contacto y vernos la próxima vez cuando fuéramos a conocer a los camareros.

Capítulo 9



Gorka

Cuando salimos del local, el sol de Málaga pegaba fuerte, pero aun así a ninguno de los dos nos importó ni el calor ni nada que no fuera la buena sensación que llevábamos.

Por fin teníamos algo solo nuestro. Algo de lo que sentirnos orgullosos y algo de lo que estaba seguro de que disfrutaríamos muchísimo viendo cómo crecía.

La discoteca era como nuestro bebé; le estábamos viendo tomar forma desde el principio, como si de una ecografía se tratara, y en pocos días le veríamos nacer y después crecer.

Pero esa sensación tan buena solo me duró treinta y cuatro minutos exactos, los mismos que tardamos en volver al hotel.

Nada más entrar en la recepción nos estaba esperando Sonia con cara de pocos amigos, la misma cara que pone un inspector de Hacienda que viene a revisarte hasta las amígdalas.

Y su postura con los brazos cruzados fue el remate definitivo para decirme que se avecinaban problemas en forma de bronca.

—Te he llamado tres veces.

Ni un hola, ni qué tal, ni hostias, entró así a degüello.

—Buenas tardes para ti también.

No captó mi ironía, nunca lo hacía; en eso no se parecía a…

Me reñí a mí mismo por acordarme precisamente en ese momento de cierta chica que últimamente venía más a mi cabeza que nunca y me centré en Sonia.

—¿Dónde estabas?

—Con Óscar.

—Eso ya lo veo, Gorka.

—¿Entonces por qué preguntas cosas que son tan evidentes?

¿Que estaba siendo un poco borde? Pues sí, no lo voy a negar. Pero es que me controlara era una cosa que no soportaba, ni de ella ni de nadie. Eso de dar explicaciones no iba conmigo; al igual que yo no se las pedía a nadie, esperaba lo mismo de vuelta.

Y que lo hiciera una persona por un caso puntual porque no me conocía, tenía un pase, pero que lo hiciera ella, que me conocía de sobra después de tantos años juntos, me tocaba los cojones y mucho.

—Sigo esperando —insistió dando con el pie en el suelo.

Por el rabillo del ojo vi a mi hermano cerrar los ojos un segundo. Le conocía también que sabía que ese gesto era el que ponía cuando quería rezar sin creer en Dios, esperando un milagro para que no se desatara la bronca.

Bronca que ya se había desatado. Porque con su última pregunta, increpándome del todo, ya me había cabreado del todo y el desastre estaba servido.

—Pues siéntate, que de pie te vas a cansar de esperar.

Me encogí de hombros, dejándole bien claro que no tenía intención de participar en su interrogatorio.

—¡¿Perdona?!

—Estás perdonada.

—¿Pero tú de qué vas? A mí no tienes que perdonarme nada; en tal caso seré yo a ti la que tenga que hacerlo porque ni me coges el teléfono ni me das las explicaciones que te estoy pidiendo.

—Gorka…

El ruego de mi hermano en modo de murmullo que solo oí yo me hizo darme cuenta de que varios clientes del hotel estaban con la oreja puesta y pendientes de nuestra conversación.

Los chismorreos de la gente no eran buenos para nuestra imagen. Así que, mientras apretaba los puños que tenía metidos en los bolsillos del pantalón, concentrando en ellos mi cabreo, me mordí la lengua al menos hasta que estuviéramos en otro sitio y decidí callarme.

Sonia, al ver que no la iba a contestar, abrió la boca para seguir preguntándome o, lo que era lo mismo, calentándome más la cabeza. Pero no llegó a decir nada porque justo en ese momento apareció mi padre por la entrada del hotel.

Iba impecable como siempre. Traje azul, chaleco incluido, camisa blanca, tanto que hasta reflejaba los rayos del sol, corbata del mismo color del traje y zapatos que valían más que el sueldo de un mes de muchos de nuestros empleados.

En eso, bueno, y siendo sincero, en muchas cosas más, ni Óscar ni yo nos parecíamos a él.

Nosotros éramos más de vaqueros, camisa y, como mucho, americana en momentos puntuales; lo del traje lo dejábamos por obligación para algunos eventos e incluso en esos también intentábamos escaquearnos de ponérnoslo.

Buenas discusiones habíamos tenido al principio de empezar a trabajar en el hotel por eso.

Quería a toda costa que claudicáramos y nos vistiéramos como él, pero Óscar y yo habíamos sido fieles a nuestros principios y no habíamos tragado.

Así, pasado el tiempo y viendo que por más que insistía no se salía con la suya, había dejado de insistir. Pero eso no quería decir que se hubiera conformado, porque a la mínima oportunidad siempre soltaba alguna pulla, metiéndose con nuestro vestuario.

A lo que Óscar y yo hacíamos oídos sordos.

Mi padre, con ese porte que llevaba siempre de inaugurar pasillos en vez de recorrerlos, llegó hasta nosotros frunciendo el ceño, porque seguramente con ver nuestras caras, sobre todo la mía y la de Sonia, supo que estábamos de bronca.

—¿Qué pasa aquí?

Otro que ni buenas tardes ni nada, otro que entraba siempre directo a matar sin dar ni un par de pases ni nada. No le habíamos contado nada a nadie de lo de la discoteca; decidimos hacerlo cuando todo estuviera cerrado y en marcha, sabiendo de antemano que no les iba a hacer ni puta gracia nuestra iniciativa.

Por eso habíamos callado, para ahorrarnos protestas, malas caras y broncas que no llevarían a ningún sitio. Porque la decisión estaba tomada y no había vuelta atrás por mucho que nos dijeran.

Óscar me miró. Solo con esa mirada, como siempre hacíamos desde críos, nos entendimos sin pronunciar palabra.

Me preguntó: ¿"Lo hacemos ahora"?

Mi respuesta fue un SÍ, en mayúsculas.

Ya no valía la pena demorarlo más y cuanto antes se enteraran, antes se harían a la idea de lo que había.

—Vamos a mi despacho, allí os contaremos lo que pasa.

—Tanto misterio no me huele nada bien —dijo Sonia mirándome con los ojos entrecerrados.

—¿No sabes qué está pasando? —le preguntó mi padre extrañado.

—No, tu hijo no suelta prenda.

—En el despacho la vamos a soltar —contesté.

Los cuatro nos pusimos en movimiento con Óscar en cabeza y los demás detrás.

—Me parece vergonzoso que estés haciendo algo, lo que sea, y no me lo hayas contado.

—Me has dejado mal delante de tu padre al hacerle pensar que me ocultas cosas.

Las recriminaciones de Sonia me las susurró entre dientes mientras caminábamos y, antes de llegar, no me pude contener más y me giré para contestarla.

—No tengo por qué contarte todo lo que hago; esto es algo entre mi hermano en lo que tú ni pinchas ni cortas.

—¿Cómo que no? Soy tu mujer, tengo que saber todo lo que haces y en lo que estás metido.

Su indignación y el enfado que tenía hicieron que se pusiera roja por la ira que le recorría el cuerpo, pero me dio igual.

—Primero —dije levantando un dedo—, no eres mi mujer, sino mi novia. Segundo —levanté otro dedo—, lo que yo tenga con Óscar es solo nuestro, de nadie más. Y tercero, sabes que no me gustan los interrogatorios, ni que nadie se meta en mis cosas; las contaré cuando quiera, si es que quiero, y a quien me plazca.

—Últimamente estás insoportable —dijo de forma acusadora.

—Parece que todo te molesta; si te pregunto por esto, te molestas; si te hablo de la boda, evitas el tema. ¿Qué te pasa, Gorka?

Que estaba cansado de todo, sobre todo del tema boda; eso me pasaba, pero evidentemente no se lo dije.

No era el momento ni el lugar y, sinceramente, con lo que estaba seguro de que iba a pasar cuando entráramos en el despacho, prefería dejarlo para otro momento.

Mi hermano abrió la puerta del despacho y eso me dio la oportunidad de no contestarla.

Capítulo 10



Gorka

Cada uno con un gesto distinto, entramos en silencio en el santuario de mi hermano y él mismo fue el que se encargó de cerrar la puerta para tener la privacidad que necesitábamos.

Óscar y yo nos apoyamos en su mesa. Mi padre se quedó de pie apoyando su mano en una de las sillas. Y Sonia se sentó como la reina que era, con la espalda más recta que un palo, en el sofá que había.

—Hablad.

La palabra de mi padre no fue una petición, sino una orden.

—Nos hemos asociado con un amigo para abrir una discoteca.

Mi padre se tensó tanto que hasta alguien que lo hubiera mirado a un kilómetro se habría dado cuenta. La reacción de Sonia fue más evidente; soltó un jadeo, bajito, pero como estábamos en completo silencio, todos lo oímos.

—¿Perdón? —dijo mi padre, pasados unos segundos.

—Gorka y yo somos los socios capitalistas y Richi, que así se llama el otro dueño, será la cara visible de la discoteca —explicó Óscar.

—Él conoce el mundillo, tiene un pub pequeño pero rentable y sabe lo que hace.

—Las primeras palabras las había oído; lo que no entendía era el disparate que habías dicho.

Mi padre se giró hacia mí. Porque, por supuesto, si en esta familia algo sonaba divertido o se salía del camino pactado, la culpa siempre era para el mismo.

Para mí, evidentemente.

Yo era el alocado, el que montaba líos, el impulsivo; Óscar, en cambio, era el apocado, el que pensaba dos veces las cosas y el sensato.

—¿Una discoteca? ¿Eso qué tiene que ver con la imagen del hotel?

—Nada.

—Precisamente por eso nos hemos metido en esto —añadí.

El cabreo de mi padre era más que evidente y cada segundo que pasaba era más que evidente.

Sonia, en vez de ponerse de mi lado y entenderme, aunque fuera por una vez, no había dicho nada todavía, pero no dejaba de negar con la cabeza a medida que avanzaba la conversación, demostrando su desacuerdo.

—Una discoteca es ocio barato, excesos y problemas. No pega nada con nosotros.

—No todo lo que no lleva mármol italiano es vulgar, padre —dijo Óscar con la voz cansada.

Sonia se levantó y se puso al lado de mi padre para mostrar que estaba de acuerdo con él y, después de cruzarse de brazos, por fin dijo algo. Que para lo que soltó hubiera sido mejor que se hubiera quedado callada.

—Además, habría que ver qué tipo de gente va a ir allí.

La miré fulminándola con la mirada; cuando sacaba ese lado snob que tenía, me ponía de los nervios.

—Gente que paga su entrada, esos son los que van a entrar.

Puso los ojos en blanco y soltó un resoplido.

—Ya me entiendes.

Pues no, no la entendía una mierda.

—Sí os habéis asociado con un hombre que tiene un pub en un barrio humilde… pues no creo yo que esto vaya con nosotros.

Óscar apretó la mandíbula conteniéndose, pero yo no tenía esa costumbre tan sana de callarme.

—No hace falta tener estudios para tener educación o triunfar, Sonia.

Ella sonrió con esa media sonrisa cínica que ponía algunas veces.

—Ni tampoco dinero para tener mal gusto, por lo visto.

—Ni apellido para ser una snob —contraataqué.

—¡Basta!

Mi padre pocas veces alzaba la voz, pero si lo hacía, era porque estaba al límite de su paciencia. Y vernos a Sonia y a mí discutir al parecer había hecho que llegara a ese límite.

Mi hermano y yo, que le conocíamos muy bien, nos miramos y supimos lo que vendría a continuación; siempre hacía lo mismo cuando una conversación se salía de su control.

Cambiar de tema radical.

—Hablando de imagen, ¿qué tal va el tema de la boda?

Tócate los cojones, pensé; no había otro tema que sacar que ese precisamente.

Giré la cabeza y miré a Sonia, que sonreía como si le acabaran de decir que le había tocado el premio gordo de la lotería.

—Va bien, Tino, lo tenemos más o menos todo decidido.

Rechiné los dientes y cogí aire antes de contestar.

—Ah, ¿sí? Que yo sepa, no hemos decidido nada.

—Gorka…

La corté antes de que siguiera.

—No, en serio, me interesa saber en qué reunión o conversación ha pasado eso; quizás estaba dormido y no me enteré.

—Llevamos más de siete años juntos —dijo clavándome la mirada como si fuera un cuchillo afilado—. El siguiente paso es casarse, y hay que darlo.

—Eso tendremos que hablarlo con más tranquilidad.

Óscar me miró, sonrió y asintió con la cabeza mientras decía: "Bien hecho, no hagas nada que no quieras hacer". Mi padre, en cambio, negó la cabeza con fastidio.

—Sonia tiene razón. Esto no hay que hablarlo más. Antes de que acabe el año tenéis que estar casados.

Lo dijo como quien fija una entrega con unos proveedores. Como si fuera algo sin importancia, como si fuera un trámite sin más, pero es que, joder, no era algo sin más. Era mi puta vida y yo no estaba seguro de querer dar ese paso, al menos tan pronto.

—De cara a los demás es importante.

Mi padre hizo una pausa para que sus palabras calaran bien hondo en mí y las entendiera a la perfección.

—Siendo uno de los herederos del hotel, es importante que formalices la relación con tu novia de toda la vida.

—Además, dará buena imagen para tu puesto, para el hotel y para todo. ¿Qué mejor manera de vender bodas que contando lo maravillosa que fue la tuya cuando la celebraste aquí?

No pude contenerme y seguramente me arrepentiría después, pero se lo solté de todas maneras.

—No creo que tu imagen cuando empezaste fuera la ideal y aun así aquí estamos.

Óscar no dijo nada, pero asintió con la cabeza dándome la razón.

—Eso es pasado, y ya pagué por ello.

Claro que pagó. Perdió a mi madre y nos perdió a nosotros durante un tiempo. Y aunque era verdad que le habíamos perdonado porque hizo méritos para ello, siempre nos quedaría una espinita, pequeña, pero ahí estaba clavada por lo que hizo.

—Gorka, no mezcles cosas que no tienen nada que ver —dijo Sonia enfadada.

Estaba viendo que no se iba a salir con la suya, al menos antes de salir de ese despacho del que esperaba salir con una fecha para la boda, porque eso me cortó de esa manera.

—Entonces, a ver qué yo me entere —les dije a los dos—. Nos tenemos que casar porque es lo que toca y porque es lo mejor para el hotel, ¿es así? ¿Es eso lo que me estáis diciendo?

—Lo has entendido perfectamente —dijo mi padre.

—Y porque nos queremos, claro —añadió Sonia.

—Qué romántico todo —murmuré.

Óscar giró la cabeza para que no le vieran reírse. Yo no sabía si unirme a sus risas o echarme a llorar, porque es que la conversación no podía ser más un sin sentido.

—No seas infantil.

Sonia, cuando yo decía algo que no le cuadraba o que no le daba la razón, siempre me decía lo mismo: que me comportaba como un niño, que tenía que madurar.

—No, infantil no. Porque hasta a un niño le dejan opinar más en qué cereales quiere desayunar que a mí en mi futuro.

Después de mis palabras, la tensión subió tanto en el despacho que se podía cortar con un palillo, ni cuchillo ni nada.

Como siempre que estábamos en una situación de esas y ya habíamos vivido unas cuantas, fue Óscar el que salvó la situación.

—Vale, a ver cómo cortamos esto.

Todos le miramos y yo con un pestañeo le di las gracias.

—Primero —dijo tranquilo—, la discoteca sigue adelante. Es de Gorka y mía y nadie más entra en esto.

Mi padre bufó.

—Segundo, nadie se casa hoy.

Sonia le fulminó con la mirada.

—Y tercero —dijo señalando a Sonia y a nuestro padre—. Si vais a seguir conspirando y planeando el futuro de Gorka, si no os importa, hacerlo en otro sitio; tengo trabajo.

Joder con mi hermano. Hablaba poco, pero cuando lo hacía, joder, podía ponértelos de corbata o dejarte mudo de la impresión.

Y no solo fueron sus palabras las que terminaron con todo, sino que se acercó a la puerta, la abrió y les invitó con la mano a que salieran.

Los dos, sin mediar palabra, salieron enfadados y yo también salí, no sin antes darle las gracias por echarme un capote.

Capítulo 11



Triana

Abrí los ojos a media mañana, que era la hora en la que solía levantarme casi todos los días, no por vagancia, sino porque antes de las cinco de la mañana no me acostaba nunca.

Esa era la hora en la que más o menos solía llegar del pub.

Me solía dar una ducha y tomarme un vaso de leche caliente y ya después me iba a la cama, donde solía caer rendida por el cansancio, tanto físico como mental, que traía a diario del trabajo. Y no era una queja, era una evidencia.

No, no era una queja porque me encantaba mi trabajo; algunas personas dirían: "Claro, ¿cómo que no estarías mejor sentada en una oficina en un horario normal y sin tener que aguantar a borrachos e indeseables?".

Pues a la que pensara así, que se quedara con la oficina porque yo allí no aguantaría ni tres días; estaba segura de que me aburriría como una ostra. Yo era feliz poniendo copas, conociendo gente, compartiendo barra con mis amigos y, aunque suene surrealista, incluso disfrutaba dando esos zascas a los pesados.

Me levanté arrastrando los pies y me fui directamente a lavarme la cara.

Ya más despejada, fui a la cocina y me preparé un café tamaño caldero, que era lo que necesitaba para empezar a funcionar todas las mañanas.

A esas horas entre semana siempre estaba sola; Saray estaba con sus monstruitos/niños y Jorge con sus otros monstruitos/animales. No había dado ni el primer sorbo cuando el móvil, que lo había dejado a un lado de la mesa, vibró.

Alargué la mano y, antes de mirar quién era, di un sorbo al café porque, si era quien me estaba imaginando, necesitaría ese sorbo y algunos más.

Miré el chat y efectivamente no me equivoqué ni un poquito; era mi hermana Reyes.

Habían pasado unos cuantos días desde que me mandó aquel primer mensaje en el que me pedía que fuera a casa. Qué gracia eso de casa, ¿verdad?, porque esa no era mi casa desde hacía mucho tiempo. O quizás nunca lo fue, porque nunca la sentí así.

En cambio, en la de Saray sí que había sentido que estaba en casa desde el primer día.

Como decía, habían pasado días desde la petición de Reyes y no había sido solo aquel día; me había escrito casi a diario pidiéndome una y otra vez lo mismo. Que fuera a ver a mi madre. Todas las veces se llevó la misma respuesta. No.

Cogí aire y, después de otro trago, por fin lo abrí, ya preparada para volver a negarme a su petición.

Reyes: *Triana, ven, por favor. El momento ya ha llegado; no pasará de esta noche.*

Me quedé mirando la pantalla. Un segundo. Dos. Ese último se hizo eterno; me pareció una hora y no un segundo.

No quería ir, eso lo tenía claro, pero entre el deber y el querer hay un mundo. Y ese deber del que hablaba no era con mi madre, sino con mi hermana.

Ella no tenía la culpa de lo que me había hecho mi madre y por eso y solo por eso, tomé la decisión de que en cuanto terminara el café me iría a Nerja.

Mi hermana, pese a todo, quería a mi madre y perderla iba a ser un duro golpe para ella y, como yo la quería, me vi en la obligación de ir a su lado y estar con ella en esos momentos tan duros.

Cogí el móvil y escribí rápido, sin pensar, porque si lo pensaba más de dos segundos, sabía que me echaría atrás.

Triana: *Voy.*

No dije más; con eso fue más que suficiente, tanto para mi hermana como para mí. Ella tampoco me escribió nada más. Me conocía bien y sabía que, si había tomado la decisión de ir, había sido por ella, no por mi madre, y decirme algo más en esos momentos podía hacer, como he dicho, que me arrepintiera y no fuera.

Antes de ir a vestirme y mientras me bebía lo que me quedaba de café, marqué el número de Richi; era al primero que quería avisar para decirle que esa noche no iría a trabajar.

A Saray y a Jorge les mandaría un mensaje más tarde al grupo que teníamos; en esos momentos ella estaría en clase y él en una operación que sabía que tenía programada con un perro que estaba muy malito.

—Dime, chica dura.

—Richi…

—Triana, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Solo con el tono de voz al decir su nombre ya supo que algo no iba bien.

Richi era súper protector conmigo desde que nos conocíamos; siempre decía que era como su hermana pequeña, que por edad lo podíamos ser. Él tenía treinta y cinco años, diez más que yo, así que sí que podía ser perfectamente mi hermano mayor. Y en realidad así lo sentía yo.

—Mi madre se va a morir hoy.

Se lo solté así sin anestesia ni nada; él sabía mi historia o casi toda, porque el nombre de mi hijo no se lo había dicho nunca, y era mejor así porque si lo supiera, era capaz de buscarle y partirle las piernas, así que sabía que por mi madre no sentía nada más que resentimiento.

—Vas a ir.

No me preguntó; lo dio por hecho.

—Sí, voy a ir por mi hermana.

—Voy contigo.

Y ahí estaba otra vez su lado protector.

Richi sabía que, aunque fuera por mi hermana, volver a Nerja después de tantos años y después de lo que pasó y de cómo salí de allí, para mí sería muy duro. Aun así, era algo que tenía que hacer sola, que debía hacer sola y que necesitaba hacer sola.

Necesitaba demostrarme a mí misma que el pasado se había quedado en el pasado y que volver al sitio en el que había pasado los mejores años de mi vida junto al chico al que amaba y junto a mi mejor amigo ya no me afectaba, o al menos eso esperaba.

—Tengo que ir sola, Richi.

—Lo sé, aun así, quería darte la salida de acompañarte por si me necesitabas.

—Siempre te necesito y te necesitaré toda mi vida, pero a esto tengo que enfrentarme yo sola.

—Lo entiendo. ¿Quieres llevarte mi coche?

—No, prefiero ir en autobús; será apenas una hora que aprovecharé para prepararme mentalmente para ver a mi hermana rota.

—Está bien, pero mándame un mensaje en cuanto llegues.

—Lo haré.

—¿Cuántos días vas a quedarte? Sabes que por el pub no debes preocuparte; tómate el tiempo que necesites.

—Mañana o pasado mañana volveré; no pienso quedarme allí más de lo estrictamente necesario.

—Vale, y si necesitas que vaya a ayudarte con algo, a buscarte o a partir la crisma a alguien, ya sabes que estoy a solo una llamada.

Se me escapó una risa, no por lo que había dicho, sino porque lo de partir la crisma a alguien lo dijo bromeando, pero totalmente en serio.

—No me echéis mucho de menos en el pub y que nadie toque mi abridor, que me lo meriendo cuando vuelva si no lo encuentro.

Richi se echó a reír, porque también sabía que bromeaba o no. Porque ese abridor me lo regaló él al poco de empezar a trabajar allí y no es que fuera de oro ni nada parecido.

Era un abridor en forma de herradura en color rojo; a simple vista, nada especial. Pero para mí lo era. El más especial del mundo.

El día que me lo regaló me dijo: "Espero que esta herradura te traiga tanta suerte como botellas abras con él".

Botellas había para abrir miles; suerte no había tenido tanta, pero sí que desde ese día todo me había ido mucho mejor, así que lo tenía como oro en paño y no dejaba que nadie nunca lo tocara.

¿Una manía? ¿Una superstición? O puede que una mezcla de las dos cosas. Pero siempre les advertía a todos que la herradura solo la tocaba yo, que si lo hacían las manos que no debían, me lo podían gafar.

Todos se reían por mi ocurrencia. Pero también todos, sin excepción, lo habían cumplido y nadie me lo cogía nunca. Respeto y cariño lo llaman a eso o al menos así lo veía yo.

—Tranquila, mosquetera, que yo guardaré y protegeré su precioso tesoro con la vida si hace falta.

—No esperaba menos de usted, D'Artagnan.

—Triana…

—Lo sé, Richi.

Ese Triana y ese lo sé eran nuestra manera de decirnos: "Te quiero", sin esas palabras que sonaban tan fuertes y que, a muchos, incluidos él y a mí, nos costaba pronunciar; por eso buscábamos otra manera de decirlas.

—Bien, nos vemos a tu vuelta.

—Nos vemos.

Colgué el teléfono y me quedé mirándole unos segundos sonriendo. Porque, pese a lo que pensara mi madre, en otra vida sí que tenía que haber hecho algo bueno si en esta se me había premiado con gente tan buena a mi alrededor. Porque tenía pocos amigos, pero tampoco necesitaba más; ellos eran mis personas, y lo más importante de mi vida junto a mi hermana.

Lavé la taza de café y la coloqué en su sitio.

Mientras iba por el pasillo hacia mi habitación, miré cuándo salía el siguiente autobús hacia Nerja. A la una y media. Perfecto.

Tenía una hora por delante para darme una ducha, preparar una mochila con ropa cómoda y coger un taxi hasta la estación que me pillaba a veinte minutos de casa.

El camino hasta Nerja se me hizo eterno.

Cada curva me traía recuerdos que al parecer no se habían ido de mi cabeza, sino que solo se habían escondido en algún rincón. Recuerdos de ese día que cogí ese mismo autobús, pero en dirección contraria.

Y no solo esos recuerdos de mi marcha acudieron a mi mente, también me vinieron algunos de mi juventud que me dejaron un regusto amargo en la garganta.

La iglesia. Los gritos constantes de mi madre por todo lo que según ella hacía mal. Los castigos rezando con el puto collarcito de las bolitas. Los portazos por mi parte porque estaba harta de vivir en esa constante locura. El olor a humedad y el frío de nuestra casa, porque la calefacción se ponía lo mínimo, voto de pobreza, alegaba la señora Rosario.

¿Qué coño de voto de pobreza ni qué mierdas? Eso es para los que entregaban su vida a Dios, no para dos niñas pequeñas que cada noche tenían que acurrucarse juntas en la cama tiritando, intentando darse calor una a la otra.

Y esa sensación constante de estar haciendo algo mal solo por respirar.

El autobús empezó a bajar a velocidad, anunciándonos a todos que ya estábamos a punto de llegar y menos mal, porque un segundo antes un nuevo recuerdo había empezado a materializarse en mi cabeza.

Y si de los otros no quería saber nada, de esos mucho menos, porque en todos estaban Gorka u Óscar, los dos juntos o los dos por separado.

De ellos no quería recordar nada, no allí, no donde todo dolía más.

Capítulo 12



Triana

Caminé por las calles del pueblo con la vista fija en el suelo.

No quería hablar con nadie, no necesitaba hablar con nadie. Solo necesitaba ver a mi hermana, solo a ella, estar con ella, terminar con todo y volver a casa.

Llegué a la casa en la que había vivido los primeros dieciocho años de mi vida o donde había pasado algunos ratos porque, si no había colegio, a esa casa solo íbamos a dormir; el resto del tiempo lo pasábamos metidas en la casa del señor.

Eso fue cuando éramos muy niñas, por supuesto. Porque después Reyes sí siguió tras las faldas de mi madre, pero yo no.

Yo en cuanto llegábamos a la puerta de la iglesia y mi madre decía: "Ya sabéis lo que tenéis que hacer, rezar y ayudar al que lo necesite mientras yo limpio la iglesia y ayudo al padre Rodolfo". Y yo, claro que ayudaba a quien lo necesitaba.

Me ayudaba a mí misma a no acabar igual de chalada que ella, por eso en cuanto se daba la vuelta me largaba de allí a buscar a Óscar o a Gorka y me iba a jugar con ellos.

Había días que se enteraba y luego me caía la del pulpo a modo de castigo, pero había otros que no y me acababa librando por los pelos. Pero incluso con todos los castigos que me llevé, que no fueron pocos, mereció la pena.

Me planté delante de la puerta y observé la casa. Apenas había cambiado. Seguía exactamente como la recordaba: las paredes blancas, las ventanas blancas, la puerta blanca. Todo blanco como debía ser.

Blanco. Siempre blanco. El color de la pureza, esa que mi madre quería para nosotras.

Pues conmigo le salió rana, o como todo un estanque de ellas, porque eso dejé de serlo bien pronto.

Oí cómo la puerta se abría más rápido de lo normal. Parpadeé un par de veces para dejar de mirar ese blanco nuclear que, al reflejo del sol, hasta te hacía daño en los ojos, y me centré en la persona que se había asomado a la puerta.

Reyes me había visto por la ventana; estaba segura porque solo le había dicho "voy", pero no la hora exacta en la que lo haría.

Se me quedó mirando y yo a ella. Siete años sin vernos, al menos en persona. Porque a espaldas de mi madre, por videollamada, nos veíamos todas las semanas.

¿Por qué tanto tiempo? Pues muy sencillo, desde que me marché aquella noche, no había vuelto a pisar Nerja, y ella evidentemente a Málaga no había venido y no porque no quisiera, sino porque mi madre se lo tenía totalmente prohibido. Y no porque fuera a verme a mí, sino porque Málaga era una ciudad y en las ciudades, según mi madre, hay tentaciones que te arrastran a lugares muy malos donde se cometen toda clase de pecados.

Chorradas de las suyas. Pero chorradas que habían hecho que mi hermana y yo no pudiéramos vernos en siete largos años.

Reyes tenía los ojos hinchados y la cara rota. Conociéndola, seguramente se habría pasado llorando las horas enteras en los últimos días viendo cómo mi madre se moría.

No sé si fue ella o fui yo, o las dos. Pero ni un minuto después de vernos las dos estábamos abrazadas, volcando en ese abrazo quizás demasiado fuerte la ausencia de contacto de todos los años que habíamos estado separadas físicamente.

—Estás más alta.

Se separó de mi pecho donde tenía la cabeza apoyada y se limpió las lágrimas con la mano antes de sonreír. Una sonrisa que no llegó a sus ojos, por el dolor que tenía dentro por lo que estaba pasando. Pero una sonrisa, al fin y al cabo.

Y con eso me conformaba, al menos de momento.

—Y tú más vieja.

—Eh… niña, viejos los trapos, yo soy una pipiola todavía.

Rio.

—Estás más delgada, Reyes —la reñí con cariño.

No es que mi hermana hubiera estado rellena nunca, eso no, porque más bien era un palo de fina, pero se le notaba que había perdido peso en las últimas semanas, sobre todo en la cara, que la tenía más chupada que de costumbre.

—Han sido semanas duras, no he descansado mucho.

Ahí me cabreé, porque me podía imaginar lo que había pasado.

Si de normal mi madre la tenía todo el día de ceca a la meca haciendo cosas; estando enferma, seguramente eso se había incrementado y no la había dejado parar ni de noche ni de día.

Me callé. Sí, me callé y no le dije nada, porque después de siete años sin abrazarnos, sin darnos un beso o sin tocarnos, quería disfrutar ese momento unos segundos más. Y no quería romperle empezando una discusión absurda en la que sabría que Reyes defendería a mi madre, alegando que todo lo hacía por su bien.

¿Por su bien? Por su bien, los cojones, lo hacía para tenerla controlada, lo hacía para que mi hermana estuviera tan ocupada que no tuviera tiempo ni de pensar en nada que no fuera la iglesia, así sus pensamientos o sus actos no se irían por el camino que no debían.

Nos miramos y volvimos a abrazarnos. Ese segundo abrazo ya fue sin prisas, sin necesidad; fue de esos que no mides cuánto tiempo estás en los brazos de la otra persona, sino simplemente estás.

Nos separamos y Reyes me agarró la mano mientras clavaba su mirada en la mía.

—Vamos.

Tiró de mí para ir a la puerta de la casa, pero no me moví ni un solo paso; mis pies siguieron clavados en el suelo.

—Yo ahí no entro.

—Triana, por favor…

—No.

—¿Qué piensas, quedarte en la calle?

—Si es necesario, tampoco sería la primera vez.

No lo dije con intención de dañarla, me salió solo, pero vi cómo mi hermana cerraba los ojos, señal de que acordarse del día en el que tuve que pasar la noche sola en la calle y en las circunstancias que lo hice solo con pensarlo le dolía.

—No tienes que entrar en la habitación.

—Si no tenía pensado entrar en la casa, ahí menos.

—Lo comprendo.

—No, no lo haces, sino no hubieras insistido en decirme que quiere hablar conmigo.

—Todo el mundo tiene derecho a pedir perdón, aunque sea a última hora.

—Y todos tenemos derecho a no darlo.

No me contestó. Porque para ella, que tenía la cabeza llena de toda la mierda que mi madre y el cura le habían metido con las enseñanzas del Señor, era inconcebible que alguien no otorgara el perdón a una persona que se lo estaba pidiendo.

Pero es que ella lo que no entendía, porque era demasiado buena, era que, si mi madre me pedía perdón, no era porque sintiera realmente lo que hizo, sino porque quería irse libre de pecado a reunirse con su dios.

—Entra, por favor, aunque sea a tomar un café.

Dudé.

—O a comer algo, mira qué hora es y seguro que no has comido nada.

En eso tenía razón, no había probado bocado desde el desayuno y me rugían las tripas. No me lo pensé más; total, a mi madre no tendría que verla si no quería.

Asentí y di el primer paso; mi hermana tiró de mí hasta que entramos en la casa. Allí dentro tampoco había cambiado nada; todo seguía igual de humilde, igual de casto e igual de lúgubre que siempre.

El resto de la tarde me la pasé sentada en una silla mirando por la ventana mientras veía a mi hermana ir y venir de donde estaba yo hasta la habitación de mi madre.

Sabía que estaba allí. Nos había oído hablar y se lo había oído preguntar a Reyes para que la confirmara que era yo. Como también había oído decirla más de diez veces que me dijera que entrara.

En la vez undécima no sé qué se me pasó por la cabeza o qué chaladura me dio, pero no pude aguantar más oírla ordenar a mi hermana que me llevara. Porque Rosario no pedía. Solo mandaba y exigía.

Entré en la habitación bajo el asombro de las dos, pero no pasé de la puerta; me quedé apoyada en el marco con los brazos cruzados.

—Ya estoy aquí, ¿qué quieres?

—Triana…

Mi hermana dijo mi nombre susurrando y me rogó con la mirada que la dejara morir en paz. No pretendía decirle o reprocharle nada en sus últimos momentos; de eso ya se encargaría su dios cuando tuviera que darle cuentas de todos los actos que había cometido durante toda su vida.

—Sigues igual de descarada.

No contesté, solo me encogí de hombros.

Nos sostuvimos la mirada y en la suya no había amor, solo reproches, y en la mía indiferencia, que era peor.

—Te irás al infierno… y pagarás por todos los pecados que has cometido.

Era increíble, pero cierto. Hasta su último aliento tuvo que soltar su veneno contra mí, no porque yo lo hubiera hecho mal, sino porque no lo había hecho como ella quería.

Porque había vivido. Porque no me había metido en la jaula que ella pretendía encerrarme.

Se me pasó por la cabeza callarme, no contestarla, pero algo dentro de mí me dijo: "No lo hagas, di algo, lo que sea, por todas esas veces que callaste". Y lo hice.

—Pues allí nos veremos.

Reyes soltó un sollozo y ella me miró con ira; aun así, seguí.

—Porque tú no has sido mejor que yo.

Había querido darme su último golpe antes de partir, pues no se lo permitiría; esta vez no, esta vez no sería la que pondría la otra mejilla. No sería la que se quedaría con el tortazo, o con el zapatillazo, o con el rosario enredado en las manos.

Esta vez sería yo la que daría el último golpe.

—Por tu culpa tu nieto murió… y eso tu Dios no te lo va a perdonar.

Vi un rastro de dolor en sus ojos o me lo imaginé, porque fue tan fugaz que apenas estuvo ahí una décima de segundo. Pero lo que sí vi en sus ojos fue miedo.

Miedo a que mis palabras fueran ciertas, y si de verdad existía ese Dios en el que tanto ella creía y era tan justo como todos decían, era imposible que perdonara una cosa así.

El silencio que nos envolvió fue brutal; ninguna dijo nada más. Reyes porque no podía. Yo porque ya lo había dicho todo. Y Rosario, porque después de mis palabras, suspiró su último aliento.

Después de eso, las horas pasaron a toda velocidad: tanatorio, gente yendo y viniendo y yo viéndolo todo de lejos; ni siquiera me acerqué, no podía.

A la mañana siguiente no entré tampoco al entierro. Me quedé fuera del cementerio, sentada en un banco de piedra, fumando, aunque hacía meses que lo había dejado.

Media hora después, la gente empezó a salir poco a poco. Vecinas, el cura, gente que acudía a la iglesia y de eso conocían a mi madre, todos o casi todos vestidos de negro riguroso por respeto.

Mi hermana no me recriminó que me mantuviera en segundo plano; no lo habría hecho nunca, era demasiado buena para eso. Pero después de las palabras de mi madre en su último momento, hasta me dio la razón en que era mejor que no estuviera allí dándole su último adiós porque no se lo merecía.

Observé a todos salir; a unos los conocía, a otros no, y otros me sonaban, pero no los ubicaba. Pero entre todos vi salir a una persona, una a la que yo había tenido mucho cariño en el pasado.

Capítulo 13



Triana

Desde el banco la observé mientras se acercaba a mí, siendo la única que lo hizo.

Sonreí al verla acercarse porque nunca podría olvidar esos ojos que eran iguales a unos de los que yo me había enamorado como una loca.

Almudena, la madre de Gorka y Óscar, era inconfundible para mí. Ni, aunque pasaran mil años, no hubiera podido no distinguirla; seguía igual de elegante, igual de guapa, aunque los años pasan para todos y se le notaban en la cara los rastros de esos años y de esa tristeza oculta que siempre había llevado detrás de los ojos.

Intentando ocultarla al mundo, o a casi todos, porque a mí nunca pudo.

Sabía su historia por la boca de sus hijos, sabía cómo la trató el hombre que tanto decía quererla, sabía lo mucho que sufrió. Como también sabía que le perdonó por el bien de sus hijos. Aunque nunca volvió con él.

Y no porque él no insistiera, sino porque el amor que ella le tenía murió en el momento en que él no solo la dejó a ella por vivir una vida de desenfreno corrompida por el dinero.

No, ese amor no murió por eso, murió porque abandonó también a sus hijos y eso sí que fue el peor golpe que podría haberle dado. Porque a una pareja puedes dejarla, puedes no amarla, pero a los hijos, no, esos siempre deberían ser lo primero.

En ese sentido, su marido o exmarido se comportó con ellos como mi madre conmigo.

Él antepuso una vida que creía mejor y mi madre sus creencias. Por eso ella, según contaban sus hijos y los rumores esos que siempre llevan algo de verdad, nunca volvió a ser la misma.

—Cuántos años sin verte.

Se sentó a mi lado. Pero no pegada, no invadiendo, sino respetando una distancia que lo mismo pensó que necesitaba.

—Sí, muchos años ya desde la última vez que nos vimos.

No me despedí de nadie, nadie se despidió de mí, nadie excepto mi hermana y mi madre supieron por qué me marché o eso pensarían todos que me marché, pero no, la realidad fue bien distinta.

No me marché, mi madre me echó. Y no solo me echó de casa, sino de la única vida que yo conocía.

Giré la cabeza para mirarla a los ojos y sonreí por dentro, porque seguía mirándome de la misma manera que lo hizo en el pasado durante muchos años. Con cariño.

Almudena nunca fue como su marido. Faustino Salas siempre medía a la gente por su cuenta bancaria y por el estatus que tuviera; en cambio, ella les medía por la mirada y por lo que tuvieran en su interior.

Y algo bueno debió de haber dentro de mí, porque siempre me aceptó, siempre le pareció bien que estuviera con su hijo; en cambio, su marido me fulminaba con la mirada cuando me veía cerca de ellos, o incluso siempre soltaba una frase mordaz para dejarme en mal lugar.

—No dijiste ni adiós.

No me lo dijo con tono de reproche, sino con pena.

—No pude hacerlo.

—¿Por qué te marchaste tan de repente?

Sonreí sin ganas.

—Pasaron cosas.

—¿Tuvo mi hijo algo que ver?

Negué con la cabeza y dije para mis adentros: "Sí, tu hijo tuvo algo que ver, o bastante".

—Tu hijo ni siquiera llegó a enterarse de lo que pasó; ya no estábamos juntos desde el mes anterior que se fue.

—Lo hizo mal.

El estómago se me encogió, porque hacía mucho tiempo que no hablaba de lo que pasó con nadie y, al recordarlo, pensé que ya no dolería, pero me equivoqué; seguía haciéndolo.

—Ya no importa, ha pasado mucho tiempo.

—A mí sí me importa.

—Almudena…

—Se comportó como su padre.

No contesté, ¿qué podía decir si tenía razón?

—Su padre me dejó apartada por una vida de lujos y fiestas y me perdió. Gorka, te dejo por algo parecido, porque iba a empezar otra vida, en la que tú…

—En la que yo no tenía sitio. En la que yo no pegaba. Una vida en la que se avergonzaba de tener una novia como yo.

Almudena soltó un jadeo y se llevó la mano al pecho.

—¿Te dijo todo eso cuando se fue?

—No hizo falta.

—¿Qué te dijo?

—Nada, eso fue lo peor, que no me dijo "te dejo" o "no te quiero", aunque a mí tampoco me hizo falta. Con su silencio y lo que vi después, saqué mis conclusiones.

—¿Nada?

Asentí.

—El día que él y Óscar se fueron, lo vi en sus ojos; no se atrevió a decirme "te dejo", solo dijo "que te vaya bien".

—¿Qué pasó después de eso?

Solté una risa seca.

—Los siguientes días lo llamé, lo escribí, pero nunca contestó.

Hice una pausa y cerré los ojos, porque, joder, parecía como si hubiera retrocedido en el tiempo; hablar de ello me estaba doliendo igual que me dolió entonces.

—Diez días después y al ver que ninguno de los dos me contestó ninguna de las veces, lo tuve claro: me habían sacado de su vida para siempre.

—¿Por eso te fuiste? ¿Fuiste a buscarle?

Negué con la cabeza.

—Triana, cuéntamelo.

—No… no puedo.

Se levantó del banco y me ofreció su mano. Levanté la mirada de su mano a sus ojos y fruncí el ceño; no entendía qué quería decirme con ese gesto.

—Ven conmigo —me pidió.

—¿A dónde?

—A mi casa.

¿A su casa? No… no… no, me dijo mi mente.

Si me había costado un mundo entrar en la mía; entrar en la suya con todos los recuerdos que tenía con sus dos hijos allí dentro sería demoledor.

—No puedo ir allí.

—Por favor —me rogó.

—Almudena… —le rogué yo.

—Solo un café y una charla, por favor.

—Es que…

—Lo sé. Como también sé que las dos necesitamos esa charla.

Me miró con tanto cariño y tanto ruego, que no pude negarme; haría de tripas corazón y no dejaría que los recuerdos que había en mi cabeza de esa casa me afectaran.

Volví a mirar su mano, que aún estaba extendida, y sin pensarlo más, me levanté y la agarré.

Su casa estaba a solo diez minutos de allí; durante ese tiempo ninguna de las dos dijo nada, cada una fuimos perdidas en nuestros propios pensamientos.

Lo único que hice de camino fue mandarle un mensaje a Reyes para decirle que tardaría un rato en llegar.

Nos sentamos en la cocina. Esa cocina en la que tantos días había merendado, tomado un refresco o simplemente compartido una charla o un beso con su hijo a escondidas de los adultos.

Almudena me puso una taza de café delante y se sentó enfrente de mí. No preguntó. Solo espero.

—No me fui, mi madre me echó.

Se lo solté así; no sabía de qué otra manera empezar la conversación.

—¿Por qué? —preguntó con pena y enfado mezclado.

—Antes de seguir, quiero pedirte algo.

—Dime.

—Esta conversación tiene que quedar aquí.

—Quedará.

—No quiero que tu hijo sepa lo que pasó; a estas alturas no le importará una mierda, pero aun así prefiero que no lo sepa. No quiso saberlo entonces, pues ahora menos.

—No lo sabrá, te lo prometo.

—Gracias.

—¿Entonces sí le fuiste a buscar cuando te fuiste de aquí? Antes has dicho, con lo que vi después.

Asentí.

—Cuando llegué a Málaga, lo primero que hice fue ir a buscarle; no me quería coger el teléfono, pero a verme, pensé que no se negaría.

—¿Se negó?

Negué con la cabeza, conteniendo las lágrimas.

—No me vio, pero yo a él sí.

Cogí aire y, agarrando la taza de café con demasiada fuerza, le conté a Almudena lo que pasó.

Cómo fui a buscarle al hotel de su padre, cómo esperé en la calle horas a que saliera y cómo se me partió el alma cuando por fin le vi salir agarrado a Sonia. Cómo se reían juntos, cómo se besaron como si llevaran tiempo haciéndolo, cómo se miraban con complicidad y cómo Óscar estaba a su lado, serio, pero aceptando la situación como si fuera lo que tenía que ser.

—Dios mío…

—Así que me fui sin hablar con él.

Almudena me miró y vio en mis ojos que aún no había contado lo peor de la historia.

—¿Qué fuiste a decirle? Cuéntamelo, por favor.

Su ruego y cómo me cogió de la mano para no solo darme ánimos para hablar, sino para decirme que estaba allí conmigo, hizo que me rompiera.

Y entre lágrimas le conté todo. Cómo un mes después de que su hijo se fuera, me enteré de que estaba embarazada. Cómo esa noche se lo conté a mi hermana, cómo mi madre, escuchando detrás de la puerta como una vigilante experta, me escuchó y cómo media hora después estaba en la calle empapándome por la lluvia que caía y sola.

Seguí contándole mi llegada a Málaga, el chasco con sus hijos, la búsqueda de trabajo y una habitación para vivir. Lo enferma que me puse a consecuencia de la noche que pasé a la intemperie, lo mal que lo pasé, el miedo que pasé, lo sola que me sentí.

Lo último que le dije mientras las dos ya llorábamos a mares fue cómo, por lo grave que había estado, perdí a mi hijo, a su nieto. Le hablé de las personas que, sin conocerme de nada, me ayudaron tanto, y cómo esas personas en la actualidad eran mi familia.

—Deberías haber venido aquí.

—Tenía dieciocho años, estaba sola, asustada, cuando fui a buscar a Gorka pensando que, aunque no me quisiera, me ayudaría, y le vi con su nueva vida; no quise meterme. No pensé en nadie más.

—No pude estar entonces, pero quiero que sepas que, si en cualquier momento me necesitas, para lo que sea, estoy aquí.

—Gracias.

—Lo digo en serio, siempre te quise como una hija; si pasa algo, no dudes, ven, o llámame, estoy para lo que sea.

Acabamos el café charlando un poco más, de cómo había sido mi vida esos años, de cómo había sido la suya.

Cuando me marché a casa, volvió a repetirme que estaba y estaría para mí y que le gustaría seguir estando en contacto; le dije que sí, por supuesto. Me había sentido muy bien hablando con ella, muy protegida, entendida y querida, así que le di mi número para seguir hablando.

Cuando llegué a casa, Reyes estaba sentada en la mesa de la cocina con los ojos perdidos. Me senté enfrente.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Desvió la mirada, y me dije: "Malo… algo me iba a decir que no me iba a gustar ni un pelo".

—Mamá me hizo prometerle en sus últimos momentos… que me haría monja.

Me levanté de un salto.

—¡No me jodas!

—Voy a cumplir mi promesa —susurró.

—No.

—Triana…

—No.

—Se lo prometí.

—Le prometiste cosas a una mujer que, mientras se moría, te manipuló como ha hecho siempre.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No cumplirlo me condenaría.

—Entonces estaremos condenadas las tres.

Me miró confundida.

—Yo prometí no volver a pisar esta casa y he roto mi promesa. Ella, como toda madre, cuando lleva un hijo en sus entrañas, le promete protegerlo por encima de todo; rompió esa promesa conmigo.

Tragó saliva.

—Si nosotras incumplimos las nuestras, tú también puedes incumplir la tuya.

No cedió. Nunca fue rebelde como yo, solo buena. Y a veces eso era peor.

—No puedes quedarte aquí con este dolor y tomar decisiones precipitadas; ven a Málaga conmigo unos días.

—No quiero molestar.

—Eres mi hermana, tú nunca molestarías.

Parpadeó y esperó que siguiera hablando.

—Mi habitación es grande, te quedarás allí conmigo. Y ya sabes lo de la nueva discoteca; puedes venir a echarnos una mano allí.

—Yo no sé nada de bares ni de discotecas.

—Yo tampoco tenía ni idea, pero como dicen, a la fuerza ahorcan, y mírame ahora, me bailo la barra.

—Yo no creo que pudiera hacer eso.

Yo tampoco lo creía; Reyes era demasiado tímida y buena para lidiar con todo el zoo que yo veía a diario.

—Hablaré con Richi; estará encantado de tener a alguien de confianza que organice los pedidos, la limpieza o que le ayude con la gestión.

—No sé.

—Pues piensas allí, porque aquí no te vas a quedar enterrada con ella, y mucho menos para ponerte un hábito.

Se hizo el silencio, un largo. Luego me miró y yo sonreí para mis adentros. Porque por primera vez en años, vi una grieta en la jaula en la que mi madre había tenido metida a Reyes.

—Vale —susurró.

Asentí, pero también me prometí que no dejaría que se jodiera la vida haciendo algo solo por cumplir una promesa. Tenía que buscar su propio camino y yo la ayudaría a hacerlo.

Capítulo 14



Gorka

Me desperté sonriendo. No por amor, ni por paz interior, ni por ninguna de esas gilipolleces que vende la gente feliz.

Sonreí porque la discoteca iba como un tiro. Solo faltaban tres días para la inauguración.

Era miércoles y el sábado abríamos por todo lo alto y no hacía falta ser adivino para saber que aquello se iba a llenar hasta la bandera.

Richi había hecho media campaña de publicidad en Málaga él solo. Redes, *flyers*, favores que le debían, boca a boca, llamadas estratégicas y esa facilidad suya para convencer hasta a las piedras.

Óscar y yo también habíamos movido algunos hilos. La ciudad sabía que algo nuevo venía. Y por fin yo sentía que algo mío, y de mi hermano, algo solo nuestro arrancaba de verdad.

Me levanté con esa energía de alguien que sabe que le espera un buen día.

Me duché rápido, me afeité con la misma rapidez y, sin pararme a pensar mucho en lo que me ponía, me puse unos vaqueros y una camisa azul clara de manga corta; el calor de la primavera ya apretaba y no quería llegar sudando a ningún sitio.

Entré en la cocina poniéndome los últimos botones de la camisa y cuando levanté la vista, allí estaba Sonia. Sentada en la mesa. Esperando.

Mala señal.

Tenía un café servido encima de la mesa, las piernas cruzadas y esa cara suya de "hoy vengo a decidir lo que quiera por los dos". Resoplé.

—Buenos días.

—Depende —contestó seca.

Abrí la nevera y saqué un brik de zumo del que eché un trago directamente sin usar un vaso.

—Qué ilusión desayunar contigo.

—En los últimos días estás insoportable.

—Gracias —dije con ironía.

—Siempre estás con Óscar. Siempre al teléfono con ese tal Richi, siempre estás fuera.

—Es curioso cómo siempre estoy haciendo cosas que sabes perfectamente.

—Apenas hemos hablado los últimos días —me recriminó.

Me apoyé en la isla de la cocina y crucé los brazos.

—Pues ahora estamos hablando.

No le hizo ni puñetera gracia mi contestación; no lo dijo, pero lo supe por cómo apretó los dientes.

—No te vas hasta dentro de dos horas, siéntate y hablemos en serio.

—Yo siempre hablo en serio.

—¿Y dónde se supone que vas hoy si no tienes ninguna cita en el hotel?

Yo también apreté los dientes, porque con lo contento que me había levantado, me estaba poniendo de mala hostia, con tanta preguntita y con su control de todo lo que hacía.

—A la discoteca. Falta conocer al personal. Estarán colocando las bebidas, el mobiliario, rematan…

Me cortó sin dejarme terminar.

—Voy contigo.

Solté una risa seca.

—No.

—¿No?

—No, tú irás el día de la inauguración.

—¿Y hoy por qué no?

—Porque hoy vamos a trabajar.

—¿Y qué pinto yo en todo esto entonces?

La miré y ella me devolvió la mirada de manera desafiante.

—Hoy, nada.

Al oírme, noté cómo se tensaba.

—Soy tu novia.

—Y yo uno de los socios, son cosas distintas. Esto es nuestro, de los tres.

—Nosotros somos uno.

—En esto no.

Ni en nada, pensé, pero no lo dije.

—Estás muy raro, cada día más.

Otra vez vuelta con lo mismo; en la última semana me había dicho que estaba raro todos los días sin fallar ni uno y varias veces al día. Qué pesadez.

—Estoy ocupado.

Me miró y se lo noté en la cara. Iba a cambiar de tema e iba a sacar el del que no tenía ni putas ganas de hablar.

—¿Cuándo vamos a sentarnos a hablar de la boda?

Pues sí, premio para Gorka por acertar; ahí estaba otra vez la puta boda.

—¿Otra vez con lo mismo?

—Tenemos que decidir la lista de invitados, el menú, las flores…

Casi me atraganté con mi propia saliva. La corté porque se había embalado como las balas.

—¿No tenemos ni fecha y me hablas de lo demás?

—Sí la tenemos.

Ahí fui yo el que me tensé.

—¿Cómo que la tenemos?

—Tu padre nos ha reservado el salón grande para dentro de tres meses, el día quince de julio.

La miré con los ojos abiertos como platos, porque estaba alucinado en colores.

—¿Perdón? Creo que no te he oído bien. ¿Has dicho el día quince?

—Sí, solo falta ultimar algunos detalles.

—¿En serio vais a seguir con el día de mi boda sin que yo no sepa nada?

—No exageres.

—¿Exagerar?

Ella resopló y yo me puse serio, mucho, más de lo que ella me había visto nunca.

—Sonia, yo no he dicho que sí en ningún momento.

—Tampoco has dicho que no.

—Esto no funciona así, esto no es un contrato o una cena cualquiera.

—Llevamos siete años juntos.

—¡Como si lleváramos veinte! —dije alterado.

Sonia también se alteró y se levantó de golpe de la silla para apuntarme con el dedo.

—Lo que te pasa es que no sabes ni lo que quieres.

—No, lo que pasa es que yo sí sé lo que quiero, pero vosotros no me escucháis.

No dije nada más porque si seguíamos discutiendo, seguramente habría hecho algo de lo que luego me hubiera arrepentido, o no, me dijo mi mente.

Fui directo a casa de Óscar que me abrió la puerta en pantalón corto y cara de haber dormido poco. Solo con mirarme, lo supo.

—Drama boda.

Entré sin responder.

—Hasta los mismísimos cojones estoy de la boda.

—Buenos días a ti también.

—Papá y Sonia han elegido el día; me caso el día quince de julio.

Óscar levantó una ceja como diciendo "¿Qué me estás contando?". Se giró y me pidió con un gesto de cabeza que le siguiera hasta la cocina.

—¿Café?

—Whisky.

—Gorka, son las nueve y media de la mañana.

—Y ya me han prometido en matrimonio sin permiso, ¿qué mejor manera de celebrarlo? —dije con ironía.

—Bueno, eso será si te presentas.

Lo miré frunciendo el ceño.

—No quiero casarme, Óscar, no ahora y tengo muchas dudas.

—Es fácil, di que no.

—Eso provocaría una bronca monumental con papá.

—¿Y?

—Que podemos acabar muy mal, se podría romper la relación.

Óscar se encogió de hombros como si le diera completamente igual.

—Tú y yo nunca hemos tenido problemas para seguir. Sí se rompe la relación por no tragar una vez más con lo que él quiere…

Al hablar, apretó los puños porque Óscar nunca había estado de acuerdo con todo lo que mi padre nos impuso cuando vinimos con dieciocho años; lo de tener que cortar la relación con Triana a él le había afectado casi igual que a mí.

Pero yo acabé convenciéndome, o fue mi padre y Sonia los que acabaron convenciéndome de que había hecho lo correcto, pero él no lo hizo.

Ni se convenció de que hicimos lo correcto ni lo haría nunca; esa espina la tenía clavada dentro y seguía quemando aun después de muchos años.

—Si se rompe, tenemos estudios, tenemos cabeza, tenemos cojones y tenemos opciones —añadió.

—¿Cómo que tenemos?

—Si tú te largas, no pensarás dejarme allí solo. Sin ti yo ahí no pinto nada; si he aguantado toda la mierda que exige nuestro padre, es por ti, así que no, no pienso quedarme.

Sonreí de verdad por primera vez en toda la mañana.

—Qué bonito, joder, una huida fraternal.

—No sería una huida, sería poner las cosas en su sitio.

—Además, ahora tenemos la discoteca.

—Además, ahora tenemos la discoteca —repetí.

Los dos nos miramos y supimos que estábamos pensando lo mismo; la discoteca no solo había sido una inversión interesante. Había sido de forma inconsciente una salida que habíamos preparado por si llegaba el momento de largarnos.

—Podemos hacerlo.

Dijo muy convencido.

—Podemos.

—Lo pensaremos.

—Sí, lo haremos.

Los dos volvimos a mirarnos y sabíamos que no habíamos hablado por hablar. Sabíamos que esa puerta que acabamos de abrir, esa posibilidad de cambiar de vida, estaba ahí delante de nosotros, solo esperando a que diéramos el último paso y la cruzáramos.

Capítulo 15



Gorka

Pasamos el tiempo que nos quedaba tomando un café en la cocina de Óscar mientras hablábamos de todo.

De la discoteca, de qué haríamos si la relación con mi padre salía mal, y de la próxima visita que haríamos a nuestra madre, que era algo que ya habíamos demorado demasiado.

Aunque a los dos se nos ocurrió una idea mejor. La llamamos y le pedimos que estuviera en la inauguración.

Al principio se echó a reír y nos dijo que qué haría una vieja como ella en la discoteca. Pero al ver nuestro enfado porque se llamara vieja a sí misma, y después de decirle que a los dos nos encantaría que estuviera allí apoyándonos, aceptó.

Llegamos al local a la hora en la que habíamos quedado con Richi.

Nada más entrar, Óscar y yo nos miramos y sonreímos; todo olía a nuevo, a pintura, a madera recién puesta, a dinero bien gastado, a futuro.

Pasamos la vista por el local y enseguida localizamos a Richi; estaba al fondo, en la zona de los sofás, recolocándolos con dos personas más. Un chico y una chica.

El chico era alto, rubio, guapo de forma insultante; llevaba una camiseta demasiado ajustada para ser casual. La chica era una morena explosiva con la energía de un terremoto y, según hablaba, tenía voz de capitana general.

—No, cariño, así no. Si pones ese sofá ahí, esto parecerá un tanatorio con luces. Muévelo.

Llegamos hasta ellos y los tres se pararon para mirarnos.

—¡Mis millonetis favoritos!

El saludo de Richi nos hizo reír a todos.

—Qué detalle que nos presentes como los capullos de la pasta —dije haciéndoles reír más.

—Chicos, estos son Óscar y Gorka Salas, los jefes.

—Socios, nosotros jefes ni en casa —contestó Óscar.

—Ellos son Angy y Fer.

Les di la mano a los dos y asintieron con la cabeza sonriendo.

Óscar se acercó después para hacer lo mismo; Fer y él sí se estrecharon la mano, pero Angy no se cortó en demostrar lo encantada que estaba de ver a mi hermano y se acercó demasiado para darle dos sonoros besos.

—Richi, este me gusta.

Tuve que contenerme para no echarme a reír a carcajadas por la cara que puso mi hermano. Y no, no fue de disgusto ni mucho menos. Se ruborizó, y eso era algo que yo no había visto jamás.

Angy no se cortó en decir en voz alta la atracción que sintió por mi hermano nada más verle, pero él tampoco, aunque no con palabras, sino con una mirada incendiaria.

Richi, Fer y yo nos miramos sin necesidad de palabras; ahí acababa de nacer algo; solo el tiempo diría lo que era.

—Los otros cuatro camareros vendrán el día de la inauguración; hoy solo están mis tres joyas.

Miré alrededor.

—Falta uno, ¿no?

—Sí, venir conmigo.

Óscar y yo les dijimos a Angy y a Fer que en un rato los veríamos otra vez y seguimos a Richi.

—¿Angy es la chica de la que nos hablaste?

—No. Angy también es muy buena, pero no es de la que os hablé —sonrió—. La otra es única.

Óscar arqueó una ceja y yo le miré con curiosidad.

—¿Y dónde está esa única?

Richi señaló hacia el exterior mientras caminábamos, cruzando el local.

—Está en el jardín revisando las cajas de la bebida. Dice que aquí desaparecen botellas antes de abrir y yo la creo.

Llegamos al jardín y, antes de verla, la oímos.

Una risa. Clara. Libre. Con ese punto insolente que parecía reírse del mundo entero. Y demasiado familiar.

Óscar se paró en seco y me miró.

—Esa risa es inconfundible.

Mi corazón se saltó al menos dos latidos porque yo estaba pensando lo mismo.

—No puede ser.

—Ya te digo yo que sí puede ser.

Dimos dos zancadas más para ponernos a la altura de Richi y entonces la vimos.

Agachada junto a las cajas, apuntando algo en una libreta mientras le decía a la persona con la que se reía al otro lado de la línea que tenía trabajo por un tubo y que ya hablarían antes de colgar.

Llevaba vaqueros rotos, una camiseta negra y el pelo recogido en una coleta alta.

Óscar y yo no podíamos apartar la vista de ella, porque después de siete años teníamos delante a la niña que se convirtió en mujer a nuestro lado. A la que yo amé siendo niña, adolescente y luego mujer y a la que saqué de mi vida de una patada por hacer lo que creía correcto.

—Triana, aquí te traigo a los dos hermanos a los que querías dar un beso por ayudarme a cumplir mi sueño.

Al oír a Richi, se volvió. Y el tiempo se fue a tomar por culo.

Nos miramos. Ella a Óscar. Ella a mí. Yo a ella. Óscar a ella. Silencio absoluto, de esos que parecen una montaña de piedras que te caen en la cabeza y te entierran.

Richi carraspeó y nos sacó a los tres del trance en el que estábamos metidos.

—Triana, te presento a…

Ella levantó una mano cortándole.

—No te molestes —le dijo sin apartar los ojos de nosotros—. No necesitan presentación para mí.

Sonrió. Pero no de alegría; sus ojos decían muchas cosas, pero desde luego alegría no era una de ellas por volver a vernos.

Había nostalgia, poca, pero la había; dolor, ese era el que más destacaba, y otras muchas cosas que algunas de ellas no supe distinguir.

—Conozco sus nombres y muchas cosas más, sin que nadie me las cuente.

Richi nos miró a los tres totalmente perdido.

—¿Qué dices?

Triana señaló a Óscar.

—El rubio se cayó de la cama y perdió su primer diente a los cinco años.

Luego me señaló a mí.

—Gorka…

Hizo una pausa como si le doliera decir mi nombre y a mí, al ver eso, se me encogió el estómago.

—Tiene una cicatriz en la rodilla derecha de diez centímetros por una caída con la bicicleta desde los ocho.

Volvió a mirar a Óscar mientras Richi la miraba con la boca abierta.

—Óscar tiene una brecha en la cabeza de tres centímetros por una pelea absurda contra su hermano y una puerta mal calculada.

Los tres nos quedamos callados mientras ella seguía.

—Y así podría estar horas. Sé miles de cosas de ellos, de sus cuerpos, de sus vidas… al menos de sus vidas de antes.

Óscar cerró los ojos y negó con la cabeza, visiblemente afectado. Yo... yo no era capaz, apenas casi ni de sostenerme en pie por todo lo que me estaba recorriendo por el cuerpo. Por todos los recuerdos que se estaban pasando por mi cabeza a toda velocidad y por todo lo que mi corazón estaba sintiendo.

Sí, sintiendo. Sintiendo lo mismo que sentí por ella durante muchos años, algo que pensé que estaba superado, que estaba olvidado. Pues no, no lo estaba.

Richi dio un paso hacia ella y la miró con tanto cariño, ese que ella le devolvió también mirándole a él, mientras le dedicaba una mirada triste.

—Dime que no lo son —le pidió, y ella suspiró.

—Lo son —contestó con cansancio.

Otro silencio. Esta vez todavía más pesado, más cruel, más real.

Tragué saliva. Y me atreví a decir su nombre por primera vez en siete años en voz alta.

—Triana…

Me miró con una calma que fue peor que cualquier grito, pero no me contestó; solo me sostuvo la mirada dos segundos y enseguida la retiró como si le doliera mirarme.

Miró a Richi y con la mirada tuvieron una conversación silenciosa.

Se agachó al suelo y levantó una caja de bebidas como si para ella fuera algo habitual, como si fuera rutina.

Pasó por nuestro lado sin ni siquiera dedicarnos una mirada más.

—Tengo que seguir trabajando. Hay muchas cosas que hacer.

Y se fue. Sin mirar atrás. Dejándonos a Óscar y a mí clavados en el sitio y a Richi mirándonos de una manera muy diferente a como nos había mirado desde que nos conocíamos.

La simpatía, la cordialidad y la amistad que nos ofrecía su mirada desaparecieron para dar paso a la advertencia, a un poco de furia, aunque intentó disimularla, y a lo peor de todo, decepción.

Óscar al fin reaccionó y se movió con rapidez para ir detrás de ella.

—Óscar, no.

La orden, porque lo fue, de Richi hizo que mi hermano se parara en seco.

—Necesito…

—Hablar con ella, lo supongo, pero ella ahora mismo no está preparada para eso; déjala que lo digiera.

Mi hermano asintió y cerró los ojos unos segundos. Pero al abrirlos vi que tenían cientos de preguntas que necesitaban respuestas en ellos.

—Dijiste que llevaba trabajando contigo desde los dieciocho, ¿no?

—Sí.

Mi hermano me miró frunciendo el ceño.

—Se marchó de Nerja casi a la vez que lo hicimos nosotros.

—No lo entiendo, ella iba a estudiar allí un módulo —le contesté.

—Algo pasó —dijo mi hermano, afirmando preocupado.

—Mucho pasó —dijo Richi y los dos le miramos.

—¿Qué pasó?

Tras mi pregunta, vi cómo apretaba los puños, enfadado; hasta hubiera jurado que se estaba conteniendo para no darme de hostias, o a los dos ya de paso.

—Eso no me corresponde a mí contarlo.

—Pero lo sabes.

—Lo sé.

—Y por cómo nos miras, nosotros tenemos algo que ver en su salida de Nerja, ¿no es así? —le dijo Óscar, que cada vez estaba más afectado.

—Solo voy a deciros que fue el peor momento de su vida.

Óscar se llevó las manos a la cara y se las pasó por ella y a mí se me puso tal nudo en la garganta que pensé que me ahogaría.

—Solo os voy a pedir una cosa, no le hagáis más daño, por favor —nos dijo Richi antes de salir del jardín, dejándonos allí sin saber qué hacer.

Capítulo 16



Triana

La semana empezó rara. Pero rara para bien.

Rara de esas veces en las que la vida parece recolocarse sola sin pedirte permiso.

Reyes se había adaptado sorprendentemente bien a la casa. Saray la trataba como si la conociera de siempre, hablándole sin parar, enseñándole dibujos de sus niños, preguntándole si quería tila, café o terapia gratuita.

Jorge, por su parte, había decidido adoptarla como si fuera uno de sus animalitos heridos.

—Si esta casa sobrevive a Triana, sobrevive a cualquiera.

Ese fue el saludo de Jorge a mi hermana el primer día y la primera sonrisa no fingida que la sacó.

Cuando le conté a Richi lo de Reyes, le pareció una idea estupenda que nos ayudara en la discoteca.

—Por las mañanas nos vendrá genial. Ya tenemos una chica para la limpieza, pero dos manos más nunca sobran —me dijo.

Así que Reyes empezaría al día siguiente de la inauguración de la discoteca oficialmente a trabajar allí por las mañanas.

Habíamos hablado mucho desde que se vino conmigo a Málaga y en cada conversación acababa poniéndome de mala leche, aunque me contenía para no pegarle cuatro gritos y hacerla espabilar.

Seguía con la idea de cumplir su promesa. Seguía con el rollo ese de ser monja, y de clausura, nada menos. Y yo en cada conversación seguía insistiendo en sacarle esa chaladura de la cabeza.

Ella seguía siendo una cabezota dulce. Yo, una borde funcional. Hacíamos el equilibrio perfecto.

Cuando abrí los ojos esa mañana, me sentí con las energías a tope, con esos nervios buenos que se instalan en el estómago porque sabes que se avecinan cambios, pero todos buenos.

Ese día era miércoles y estábamos a tres días de inaugurar.

A las nueve de la mañana, Fer, Angy, Richi y yo estábamos como tres clavos abriendo las puertas de la discoteca para empezar con todo el lío de la colocación.

En menos de media hora, aquello se convirtió en un escenario de guerra.

Había repartidores discutiendo entre ellos. Había cajas por todas partes: de muebles, de bebidas y de los detalles que faltaban.

A mí me tocó la barra, o me la adjudiqué sin pedir permiso. Cientos de botellas, cajas, inventario, revisar el pedido para comprobar que no nos habían tangado, comprobar que las cámaras enfriaban bien para luego no llevarnos sorpresas, y comprobar que al vodka premium no le habían confundido con aguarrás.

Mientras yo empecé dirigiendo a los repartidores para que me dejaran las cajas en el jardín donde las extendería en el suelo para ver todo mejor, Fer y Angy se pusieron con Richi a colocar todo el mobiliario que faltaba.

Estaba de rodillas entre las cajas, albarán en mano, cuando me sonó el teléfono.

Miré la pantalla y sonreí. Reyes.

—¿Qué dice la reina del drama dos?

—¿Tú eres la uno?

—La duda ofende.

Mi hermana soltó una carcajada que me hizo sentir genial; así era como quería verla, contenta, integrada en el mundo y no en un rincón en la jaula en la que mi madre la había metido. Seguimos hablando un poco de tonterías.

—No, Reyes, escucha. Si Jorge te dice que Milo necesita meditación, no le hagas caso; se le va mucho la olla a veces.

Reyes se echó a reír.

—Dice que le nota ansiedad.

—El gato no tiene ansiedad, lo que tiene es hambre y no del pienso ese rancio que le da Jorge; dale una loncha de jamón, verás que en cinco minutos no hay rastro de ansiedad fingida.

—Si le doy jamón, al que le entra ansiedad entonces, será a Jorge.

Las dos reímos a la vez.

—Oye, Saray dice que hoy cenamos pizza.

—Perfecto, pero que no pida la que tiene piña, que la desheredo.

Reyes volvió a reírse y eso me calentó el corazón, porque la risa de mi hermana siempre había sido tímida, contenida, como si tuviera miedo a dejarla salir, pero la de los últimos días ya no era así, era más libre.

Ni un segundo después de colgar oí a Richi detrás de mí llamándome para decirme que ya estaban allí los dos hermanos a los que quería besar por haberlo ayudado a conseguir su sueño.

Sonreí y me puse en pie para darme la vuelta.

Pero la sonrisa se me borró de golpe cuando vi a los dos hombres que estaban mirándome como si fuera una aparición.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, el mundo me dio una hostia a mano abierta.

Óscar y Gorka. Los dos delante de mí, después de siete años.

Noté cómo se me helaban las manos, cómo dos gotas de sudor me resbalaban por la espalda y cómo la piel me ardía como si mi sangre se estuviera volviendo fuego.

Primero me fijé en Óscar; era mucho más hombre, estaba más serio, más hecho. Luego miré a Gorka. Y todo lo demás dejó de existir.

Seguía siendo él, más duro, más peligroso, más maduro, pero él. Y lo peor no es que mis ojos lo reconocieran, fue que mi cuerpo y mi corazón también lo hicieron Porque algo que creía enterrado explotó dentro de mí como si hubiera estado esperando en silencio todos estos años.

Las malditas mariposas esas que siempre revoloteaban en mi estómago en cuanto entraban en mi radio de visión volvieron a aletear con más fuerza que nunca.

Y también apareció algo peligroso: el deseo, el recuerdo de sus labios, la forma en la que nos mirábamos cuando creíamos que nadie nos veía, la necesidad de tocarnos a cualquier hora.

Me odié al instante por sentir todo eso. Y me reñí a mí misma, recriminándome que siete años de terapia silenciosa se habían ido a la mierda con una sola mirada.

Richi empezó a hablar, pero le corté. Si no hablaba yo primero, me hubiera caído allí redonda.

Le dije que no necesitaban presentación para mí. Cogí carrerilla y le hablé, de dientes, de cicatrices, de golpes de cuando eran niños y de más cosas que sabía de ellos. Porque hubo un tiempo en que no hubiera cosa que no supiera de ellos o sus vidas.

Pero luego eso se cortó radical, cuando dejé de encajar en sus vidas, o quizás nunca lo hice y solo fui un parche hasta que llegó su vida de verdad.

Mientras hablaba, hice una pausa y fue cuando Gorka habló.

—Triana…

Hice un esfuerzo titánico por mantenerme en pie; me temblaron tanto las rodillas al oírle pronunciar mi nombre que no pude soportarlo más. Cogí una caja del suelo sin fijarme ni en qué era y salí del jardín sin mirarlos.

Nada más llegar a la barra, apoyé la caja con demasiada fuerza encima; Fer y Angy se giraron y, al verme la cara, dejaron con rapidez lo que estaban haciendo y en dos segundos los tenía a mi lado.

—Niña, ¿qué coño te pasa? —dijo Angy mirándome con preocupación—. ¿Te has mareado? ¿Alguien te ha hecho algo? ¿A quién hay que matar?

Negué con la cabeza.

—Respira —dijo Fer—, o si no puedes, avisa.

Me apoyé en la barra y cogí aire antes de hablar.

—Gorka y Óscar…

—¿Ya los has conocido?

—Ya los conocía —contesté apretando los puños.

—¿Cómo que ya los conocías? ¿De qué? —preguntó Angy frunciendo el ceño.

—Son ellos.

—¿Ellos quién?

—Los chicos de mi pasado, los de Nerja.

Fer abrió tanto la boca que desde donde estaba podía verle hasta las amígdalas y Angy soltó un jadeo antes de llevarse las manos al pecho.

—Esto es…

No pude terminar la frase porque no sabía ni qué decir. Angy me cogió la cara e hizo que la mirara directamente a los ojos, para que supiera que estaba allí conmigo.

—¿Qué necesitas?

—Ahora mismo… estar sola.

Me soltó. Los dos asintieron con la cabeza y no me dijeron nada más. Cuando me vieron irme hacia la salida, me conocían y sabían que necesitaba mis tiempos y, para lo que acababa de pasar, era una necesidad vital ese tiempo a solas para mí.

Me apoyé en la pared exterior del local y me dejé resbalar hasta el suelo.

Saqué un cigarrillo y lo encendí con manos temblorosas. Mierda de vicio, pensé, con lo que me había costado dejarlo meses atrás; ahora, entre lo de mi madre y estos dos fantasmas del pasado que acababan de aparecer, iba a necesitar fumármelos de dos en dos.

Pasaron los minutos y encendí otro cigarro al que le di una calada larga. Noté cómo alguien se sentaba a mi lado y me tensé. Miré de reojo y vi que era Óscar, que no dejaba de mirarme.

—¿Estás haciéndome una radiografía?

—No, es que no puedo creer que seas tú.

—Pues por mirarme cobro entrada.

Negó con la cabeza a la vez que sonreía.

—No has cambiado nada.

Apagué el cigarrillo y solté el humo despacio antes de contestarle.

—Te aseguro que sí. No es que haya cambiado algo, es que he cambiado entera, o más bien ha sido la vida la que me ha cambiado.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Richi nos dijo que llevas trabajando para él desde los dieciocho. ¿Qué pasó ¿Por qué viniste a Málaga?

Lo miré despacio, no con rencor, pero sí con un poco de dolor.

—Esas preguntas llegan siete años tarde.

Mi respuesta le dolió; lo vi claramente en sus ojos. Esos ojos que siempre fueron un libro abierto para mí, esos ojos que se entendían con los míos manteniendo conversaciones sin necesidad de palabras.

—Lo siento —dijo con sinceridad.

—Yo también siento muchas cosas.

—Ojalá nos hubiéramos visto cuando viniste.

Me reí sin humor.

—Yo sí os vi.

Frunció el ceño.

—¿Cómo que nos viste? ¿Cuándo?

No me había dado cuenta de que Gorka se había unido a la conversación y que estaba sentado al lado de su hermano hasta que le oí suspirar. No le miré; seguí centrada en Óscar.

—Vine a buscaros. Necesitaba ayuda.

Óscar palideció.

—¿Por qué no nos llamaste?

—Lo hice, le llamé varias veces —dije señalando con la cabeza a Gorka— y como no me lo cogió, fui al hotel a buscaros.

—No te vimos.

—Con lo que yo vi fue suficiente.

Me levanté del suelo y los miré a los dos a la vez.

—Vi a Gorka abrazado a Sonia besándola y a ti a su lado, tan normal, tan tranquilo.

Óscar me miró con horror y Gorka… Gorka fue el que palideció en esa ocasión al oírme.

—Ahí comprendí que yo no encajaba en vuestras vidas, que no podía meterme en ellas por mucha ayuda que necesitara.

Óscar negó con la cabeza.

—Triana…

—Así que me marché, sola y con mis problemas a otro sitio.

El silencio que se impuso fue terrible. Gorka carraspeó, pero no le sirvió de nada; su voz salió baja y ronca.

—¿Qué te pasó?

—Ya no importa.

—Me importa, si viniste a buscarnos, era importante.

—Lo era, muy importante de hecho.

—Cuéntamelo —me rogó.

Negué.

—Te repito que ya no importa.

—Importa si te hizo daño.

Me reí con amargura y conteniendo las lágrimas.

—No solo me hizo daño, me destrozó. Desde aquello ya no soy la misma que salió de Nerja.

—Triana, cuéntamelo —volvió a rogarme.

—No.

—Por favor, Triana —esa vez fue Óscar el que rogó.

—No —repetí.

—¿Por qué? —preguntaron a la vez.

—Porque el pasado es mejor dejarlo estar.

—¿Y si no podemos dejarlo estar? —preguntó Gorka.

—Podréis, solo tenéis que seguir como hasta ahora.

—¿Cómo?

—Dejándome fuera de vuestras vidas, haciendo como que no existo.

No quería que sonara a reproche, porque no lo era, era una evidencia, pero al parecer así fue como sonó, porque pude ver en sus miradas cómo mis palabras les caían como un mazazo.

—Hay mucho trabajo dentro.

Me giré para marcharme, pero en el último momento volví la cabeza y los miré a los dos que seguían allí sentados en el suelo, quietos, sin dejar de observarme, y les dije.

—Lo mejor es que guardemos las distancias, es lo mejor para todos.

Capítulo 17



Gorka

No pegué ojo en toda la noche. Ni una puta hora había podido dormir.

En mi cabeza solo estaba ella. Cada vez que cerraba los ojos, en mi mente solo estaba la imagen de Triana.

Mi Triana, la que fue. Pero también la que era ahora.

Físicamente no había cambiado; apenas seguía llevando el pelo largo, igual de sedoso que cuando yo se lo acariciaba después de hacerle el amor. También sus ojos, esos azules que maravillaron desde la primera vez que los vi, seguían siendo los mismos. Pero su mirada no.

Esa mirada que siempre tenía un brillo pícaro, una luz que alumbraba la noche más oscura, no, esa ya no era así, o al menos yo no la había visto igual.

Y sabía la razón, y eso era lo que me estaba matando. Yo era el culpable de que ese brillo y esa luz ya no estuvieran allí, porque en el pasado estaban ahí por mí, pero ya no.

Estaban ahí demostrándome lo mucho que me amaba; ese era el motivo de ese brillo y yo solito y las malas decisiones que tomé me había encargado de apagarlo.

Di otro sorbo al café frío que tenía en la mano. Ni siquiera había amanecido y era la segunda taza que me tomaba mientras pensaba en todo lo que había pasado la tarde anterior después de que Óscar y yo nos fuéramos de la discoteca.

De vuelta al hotel, ninguno de los dos fuimos capaces de decir ni una palabra por lo impactados que estábamos.

Nos sentamos en el sofá del despacho de Óscar y por fin fue él el primero en hablar.

—Si alguien puede saber algo de lo que pasó, es mamá.

—Nos lo hubiera dicho.

—Sabes que no, recuerda que estuvo mucho tiempo enfadada por cómo sacamos a Triana de nuestra vida, enfadada por seguir los consejos de papá.

—Llamémosla.

Y la llamamos. Contestó al segundo tono. Mi madre nos miró primero a uno, después al otro, a través de la pantalla y frunció el ceño.

—¿Qué pasa, chicos? ¿Por qué tenéis esas caras tan largas?

—Hemos visto a Triana y…

Mi madre se quedó en silencio y cerró los ojos mientras cogía aire.

—¿Dónde?

—Va a trabajar en la discoteca, nos hemos enterado hoy.

—Está en Málaga, mamá, desde siempre.

Le dijo Óscar con pesar.

—Ya.

Los dos nos miramos sorprendidos, porque vimos que a mi madre no la pillaba de nuevas esa noticia.

—¿Lo sabías?

—No sabía dónde se fue hasta hace unos días, pero sí que se fue de Nerja casi al mismo tiempo que vosotros.

—¿Por qué no nos lo dijiste entonces?

—Porque no queríais saberlo.

Su respuesta fue como un golpe seco, porque no la dijo enfadada, sino con pena.

—Has dicho que lo sabes desde hace unos días. ¿Cómo?

—La vi.

—¿La viste? ¿Volvió a Nerja?

—Sí, por primera vez en siete años, volvió.

—¿Para qué?

—Su madre murió, vino a llevarse a Reyes con ella. Hablé un rato con ella después del entierro.

—¿Y? ¿Te contó por qué se fue?

—Lo que hablamos se queda entre las dos.

Al decir eso, vi un gran dolor en los ojos de mi madre y se me encogió el estómago.

Había intuido que lo que la hizo marcharse era malo, pero el dolor en la mirada de mi madre me lo confirmó.

—Mama… cuéntanoslo —la rogó Óscar.

—No.

Lo dijo con una firmeza demoledora.

—Si ella quiere, os lo contará en algún momento, pero no seré yo quien traicione su confianza; bastante gente la ha fallado ya, no seré una más.

—Nosotros entramos en esa gente, ¿no?

—Lo has dicho tú, Gorka, no yo.

—La cagué, mamá.

—La cagamos —añadió Óscar.

—Sí, lo hicisteis. Gorka, esa chica te amaba como nunca te amará ninguna mujer. Y a ti, Óscar… te adoraba; no eras su amigo, eras su hermano de corazón.

Mi hermano y yo nos miramos y los dos estábamos igual, conteniendo las lágrimas.

—Sonia era lo fácil. Lo correcto, lo cómodo, lo que tu padre quería para ti. Traerla aquí dos veranos seguidos no fue casualidad, fue la manera de preparar el terreno.

No supe qué contestar.

—Pero tendrías que haberte preguntado qué querías tú, qué quería tu corazón.

Después de esa última frase que me destrozó por dentro, hablamos unos minutos más de la discoteca y nos despedimos, quedando en vernos en dos días.

Cuando colgamos, mi hermano y yo nos volvimos a quedar un rato en silencio, digiriendo todo lo que nos había dicho mi madre. Y si hubiera podido, me hubiera pegado de hostias yo solo.

No solo eché de mi vida a la mujer que amaba por hacer caso a mi padre, no solo yo la perdí, sino que hice que mi hermano la perdiera también.

Cuando salí del hotel, no tenía ganas de ir a casa. No tenía ganas de encontrarme con Sonia y empezar otra discusión, así que cogí el coche y me fui a dar vueltas por Málaga para intentar calmarme y pensar.

Pensar, pensé mucho en ella, claro, pero calmarme no lo conseguí ni un poco.

Un carraspeo a mi espalda me indicó que Sonia ya estaba levantada.

Miré hacia la ventana y vi que ya estaba el sol. Había amanecido hacía bastante rato y ni cuenta me había dado de tan perdido en mis pensamientos como había estado.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Nada, claro, por eso tienes esa cara.

La ignoré; por su tono de voz venía con ganas de guerra y no tenía ni la cabeza ni el cuerpo para discusiones.

—¿Estás con resaca?

La miré frunciendo el ceño.

—No.

—Como anoche llegaste a las tantas, pensé que te habrías ido de fiesta con Óscar.

Apreté los puños por debajo de la mesa, no porque me jodiera lo que había dicho, sino por el tonito que puso al decirlo.

—¿Entonces?

—Entonces nada, ya te lo he dicho, he pasado mala noche, nada más.

—¿Qué pasa, que la discoteca ya te está dando quebraderos de cabeza? Si ya lo sabía yo. Lo mejor es que lo dejéis.

—No hay ningún problema con la discoteca, todo va perfectamente, y no lo vamos a dejar.

Recalqué bien mis últimas palabras para que le quedara bien claro.

—Gorka…

Y ahí estaba; ya había tardado, pensé antes de resoplar.

—Tenemos que hablar de la boda.

—No.

—Sí.

—Te digo que no, no estoy para esas mierdas.

Joder, me había pasado contestándola así y lo supe nada más decirlo, pero es que no podía más con el tema de la boda.

—¿Perdón?

—Tengo otros problemas encima, no quiero hablar de la boda hoy.

—Siempre lo mismo, hoy no, mañana tampoco, pasado tampoco…

—Pues vete acostumbrando.

—Está bien, lo decidiré todo sola; luego no te quejes si no te gusta algo.

Una risa seca se me escapó sin poder evitarlo.

—¿Sabes qué? Haz lo que te dé la gana, pero luego no te sorprendas.

Me levanté de la silla, cogí el móvil y las llaves del coche que estaban en la encimera y me marché igual que el día anterior.

Nada más cruzar las puertas del hotel me topé de frente con mi padre. Otro que por su mirada ya supe que venía con ganas de guerra. Estaba siendo una mañana maravillosa (nótese la ironía) y solo eran las nueve de la mañana.

—Tenemos que hablar.

—Pues yo muchas ganas de charla no tengo.

Seguí caminando hasta mi despacho y me siguió entrando detrás de mí, cerrando la puerta a nuestra espalda con demasiada fuerza.

¿Estaba enfadado? Perfecto, porque yo también.

—Déjate de tonterías y madura de una vez. Sonia me ha llamado disgustada, dice que no te quieres implicar en la boda.

La madre que me parió, lo que me faltaba. No tenía bastante con calentarme a mí la cabeza nada más levantarnos por la mañana que ahora también le iba con el cuento a mi padre para que viniera él también a seguir calentándomela.

—Es que no me quiero casar.

Ale, ya estaba dicho.

Mi padre soltó una carcajada de la que estaba seguro de que la habría oído hasta Óscar desde su despacho.

—Deja de decir chorradas, te vas a casar en julio como estaba decidido y no hay más que decir.

—No, no lo voy a hacer, yo no he dicho en ningún momento que sí.

—Es lo que tienes que hacer.

—No, es lo que tú dices que tengo que hacer, no lo que yo quiero. Ya te hice caso una vez y jodí mi vida; no volveré a hacerlo.

—¿Todavía sigues con eso después de tantos años?

Apreté los dientes y los puños con tanta fuerza que poco más y me los rompo.

—Esa chica no era para ti, no tenía clase, era una don nadie, seguro que estaba contigo por tu dinero y tu posición.

—¡No hables así de ella! No tienes ni puta idea de cómo era.

—Todas las de su calaña son así, solo quieren enredar a un heredero para vivir del cuento toda su vida. Seguro que ahora está casada con algún viejo rico esperando que la palme para quedarse con todo su patrimonio. O divorciada de algún pobre hombre al que le habrá sacado en el divorcio hasta el hígado.

Me salió una risa seca y le fulminé con la mirada.

—Vas a tragarte tus palabras, padre.

Me miró confundido.

—Solo te lo voy a pedir una vez, no vuelvas a hablar mal de ella.

Iba a contestarme, pero levanté la mano para cortarle.

—Y otra cosa más, no voy a casarme, tengo veinticinco años, soy joven para eso. Si quieres eso para la buena imagen del hotel, cásate tú.

—Yo ya me casé.

—Y maldita la hora —murmuré.

—¿Qué has dicho?

—Nada, que salgas, tengo mucho trabajo y poco tiempo para seguir discutiendo, así que, por favor.

Apunté la puerta con la mano y mi padre, un poco reticente, se marchó dando un portazo de los que hacían historia.

Capítulo 18



Gorka

El resto de la mañana intenté trabajar, pero se quedó en eso, en un intento.

Abrí correos, cerré correos. Firmé papeles sin leerlos siquiera. Miré por la ventana casi una hora, sin ver nada. Me tomé tres cafés, o me los puse más bien porque acabaron fríos y olvidados encima de la mesa.

Hablé con Óscar durante una hora mientras él sí se tomaba un café y almorzaba algo. Le conté la discusión con Sonia y la posterior con mi padre; como siempre, mi hermano, primero digirió mis palabras, después pensó qué decir y, por último, me dio su opinión.

Que no fue otra que decirme que la situación estaba llegando a un punto insostenible y que en cualquier momento explotaría si no lo hacía yo antes.

Y tenía toda la razón del mundo, porque estaba tan saturado por todo que ya estaba viendo venir que la iba a liar y bien gorda mandando todo a la mierda.

Y entre todo eso, durante la mañana estuvo en mi cabeza presente sin salir un solo segundo, Triana.

Cada minuto que pasaba, mi cuerpo y mi mente me pedían ir con ella. Necesitaba volver a verla, necesitaba hablar con ella, necesitaba saber.

A la hora de comer no pude aguantar más. Cerré el portátil que llevaba media hora abierto en la misma página que ni siquiera había mirado. Tiré todos los vasos acumulados de café encima de la mesa, cogí el móvil y las llaves y salí con prisas del despacho.

—¿Dónde vas tan deprisa?

La voz de mi hermano me hizo frenar en seco en el pasillo. Me di la vuelta y solo con verme la cara supo la respuesta.

—No la hagas daño, Gorka, no la atosigues, no…

—Solo quiero hablar.

—Ya…

—¿Qué significa ese ya?

—Que te conozco y que vi cómo la mirabas ayer.

—¿Y cómo la miraba según tú?

—Pues igual que como cuando teníamos catorce años, como si fuera lo único que existirá en el mundo para ti.

Cerré los ojos y pensé en aquellos momentos; al verlos en mi cabeza, no pude hacer otra cosa que no fuera sonreír.

—Y lo era, ella era mi mundo.

—Pero ya no lo es.

—No —contesté con pesar.

—No la cagues esta vez, porque no me pondré de tu lado; la ayudaré a darte una patada en el culo si hace falta.

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Solo quiero hablar con ella, pedirle perdón y que tengamos una relación cordial por el bien de la discoteca.

Ni yo me creía la mentira o media verdad que acababa de soltar, y al parecer, por cómo me miró mi hermano, él tampoco se creyó una sola palabra de lo último que dije.

—Yo también hablaré con ella, pero le daré unos días; quiero a mi amiga de vuelta.

—Pase lo que pase conmigo, y aunque no quiera verme ni en pintura, que sería lo más normal, te ayudaré en lo que haga falta para que la recuperes.

—Gracias.

Asentí y él hizo lo mismo, despidiéndose de mí.

Llegué a la discoteca y, al entrar, me extrañó el silencio que había. Sabía por Richi que todos los obreros y los repartidores habían terminado de hacer y repartir el día anterior, pero esperaba encontrarle a él, a Angy, a Fer y a Triana haciendo cosas como el día anterior.

Pero no. Allí dentro solo estaba Triana.

Sola, colocando botellas, revisando etiquetas dentro de la barra, mientras hablaba con ella misma o mientras tarareaba alguna canción; no lo tuve muy claro, ya que cuando oyó pasos, esa voz entre susurros se apagó de golpe.

Me acerqué a la barra, me senté en uno de los taburetes y apoyé los codos encima, sin dejar de mirarla. No levantó la vista al verme. Siguió a lo suyo como si yo fuera aire, ignorándome completamente.

—¿Dónde están los demás?

—Richi ha ido a hacer unas gestiones; los demás se han ido ya a casa.

Me contestó, sí, pero sin mirarme.

—¿Y tú por qué sigues aquí?

Soltó el aire despacio como si le agotara escucharme.

—Quería terminar esto antes de irme; ya estoy acabando.

Me bajé del taburete y di la vuelta para entrar dentro de la barra; vi cómo me seguía con la mirada por el rabillo del ojo. Me puse a su lado.

—¿Para qué entras aquí?

—Para ver si consigo que me mires a la cara cuando te hable.

—Suerte.

—Triana…

—Gorka, estoy trabajando, no tengo ganas ni tiempo de cháchara.

Di un paso más.

—No te acerques.

No obedecí, di otro paso más.

—Quiero hablar contigo.

Por primera vez desde que había llegado, levantó la mirada y me clavó esos preciosos ojos azules en los míos.

—Ya has hablado, puedes irte.

—Venga, Triana, cinco minutos, hablemos.

Dejó la botella que tenía en las manos y se cruzó de brazos.

—Habla.

—Quiero explicarte por qué hice lo que hice.

—Tu explicación llega siete años tarde, pero puedes ahorrártela igualmente; no la necesito básicamente porque ya lo sé.

—No lo sabes.

—Sí lo sé.

La tensión empezó a subir. Yo cada vez estaba más nervioso y ella cada vez más alterada.

—Yo no estaba a tu altura, no era la adecuada para ti y ni para la vida que te esperaba aquí en Málaga.

Cada palabra era como un cuchillo.

—Elegiste lo fácil, lo conveniente, lo que se esperaba de ti. Elegiste a una mujer adecuada, a una que no te avergonzara.

—No digas eso.

—¿Por qué? Es la verdad.

—No lo es.

—Gorka, los dos sabemos que, si lo es, tú crees que tu padre te hubiera dejado llevarme a una de las cenas elegantes a las que vais, o que hubiera dejado que algún cliente del hotel me viera. Sería vergonzoso que te vieran conmigo.

Me acerqué un poco más.

—Triana… por favor.

—También sé que no me querías, que solo fui tu entretenimiento juvenil.

—Eso sí que no es verdad.

—Lo es, porque si me hubieras querido como me dijiste tantas veces, te hubiera dado igual todo.

Noté en esas palabras todas las emociones que estaba sintiendo. Rabia, dolor, aunque también por un segundo, vi ese brillo que tenía cuando me miraba en el pasado.

—Estás equivocada.

—No, equivocada estuve entonces.

—Sí que te amaba, más que nada.

Soltó una risa seca y negó con la cabeza.

—Eso no era amar, Gorka, era deseo, atracción, nada más.

—¿Crees que seguir pensando en alguien después de siete años, todos los días, anhelarla, soñarla y seguir deseándola no es amor?

Di el último paso que me quedaba y me pegué tanto a ella que se quedó encajada entre mi cuerpo y la barra donde apoyó la espalda.

Le agarré la mano y noté cómo se estremecía. Su respiración cambió y la mía también.

—Suéltame… —susurró.

—No quiero.

—Siempre fuiste un caprichoso.

—Y tú, preciosa.

Intentó apartarse, pero no la dejé. Entonces su vena rebelde salió a la luz, esa vena que me volvía loco, esa que me hacía desearla, que tanto me gustaba.

Se acercó a mí para desafiarme. Quedándose solo a un suspiro de mi boca.

—¿Qué crees que estás haciendo?

La miré a los ojos y me perdí. O perdí la cabeza.

—Lo que llevo deseando hacer desde hace siete putos años.

Fue a abrir la boca para contestarme y aproveché el momento. La besé.

Los dos primeros segundos se quedó quieta como un palo, pero cuando mi lengua tocó la suya, se desató el caos. No fue un beso suave. No fue tranquilo. Fue hambre voraz. Fue rabia contenida. Años enteros se nos cayeron encima.

La agarré por la cintura y la pegué más a mí; necesitaba sentir su cuerpo, su calor, su olor, necesitaba sentirla punto.

Triana se agarró a mi camisa con fuerza, como si necesitara un punto de apoyo. El beso siguió y cuando sentí cómo gemía contra mi boca, mi cabeza dejó de pensar.

Su boca seguía sabiendo a problemas. A casa. A todo lo que nunca superé. A lo mucho que la había extrañado, a lo mucho que la había amado.

Cuando nos separamos para coger aire, los dos respirábamos como si hubiéramos corrido una maratón.

Apoyó la frente en la mía, y noté en mi mejilla cómo caía una lágrima de su ojo y eso me rompió un poco más de lo que ya estaba. Porque no quería hacerle daño, no quería que derramara ni una sola lágrima más por mí.

Sentí cómo se tensaba en mis brazos. Y no tardó ni un segundo en apoyar sus manos en mi pecho y empujarme con fuerza para que me separara de ella.

Pensé en no hacerlo, y si hubiera querido, no me hubiera movido ni un milímetro, pero me dejé hacer. Ella lo necesitaba, necesitaba tomar distancia para no venirse abajo. No me lo dijo con palabras, fue su cuerpo el que me lo dijo.

Habrían pasado muchos años, pero seguía conociendo muy bien todas sus reacciones; ella decía que había cambiado, pero en ese sentido seguía siendo la misma.

Su cuerpo y sus ojos siempre me habían dicho lo que necesitaba en cada momento más que sus palabras. Me retiré dos pasos atrás y busqué su mirada. No la encontré.

Triana miraba al suelo, conteniendo las lágrimas.

—Vete —susurró con la voz tomada.

—Triana…

—Vete ahora mismo, Gorka.

Dio otro paso atrás y entonces levantó la mirada. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero también de rabia, de dolor y de algo que no supe reconocer o no quise, porque me pareció miedo.

¿Miedo a qué? ¿A que la hiciera daño? ¿A que descubriera algo? ¿A volver a amarme?

Pues si era eso último, estábamos los dos jodidos, porque el día anterior, bueno, en realidad siempre lo había pensado, pero el día anterior lo había comprobado nada más verla.

No la había olvidado, no la había superado, no la había dejado de desear y, por supuesto, pese a lo que ella pensara, no había dejado de amarla.

—Esto no cambia nada —susurró antes de darse la vuelta para coger una botella de encima de la barra.

Cerré los ojos un segundo, dos, tres… antes de salir de la barra para marcharme caminando con pasos lentos y pesados hasta la salida.

Antes de salir, me giré para mirarla una vez más antes de irme.

—Triana, esto lo cambia todo, porque seguimos siendo nosotros.

Capítulo 19



Triana

Era viernes, faltaba un día para la inauguración y yo estaba de los nervios.

No lo reconocí hasta la tercera vez que coloqué las mismas botellas en la misma estantería.

Fer con rapidez me quitó una de las manos desde fuera de la barra.

—Cariño, como vuelvas a mover esa ginebra, le vas a crear un trauma y se va a aguar.

Le lancé una mirada asesina.

—Estoy comprobando que todo esté perfecto.

—Llevas comprobándolo siete veces.

Me dijo Angy mientras colocaba una de las lámparas decorativas subida en una escalera.

—A este ritmo, mañana nosotros inauguramos la discoteca y tú un brote psicótico —añadió.

Richi apareció con una carpeta en la mano y una energía que me agotaba solo de verlo.

—¿Cómo vamos, equipo?

—Yo bien, ella está a dos respiraciones de morder a alguien —le contestó Fer.

—Es por la inauguración, todo tiene que salir perfecto.

Contesté más rápido de lo que debería.

—O por otras cosas.

—No sé de qué me hablas.

—Yo tampoco, pero disfruto insinuándolo.

Puse los ojos en blanco y lo ignoré. Mentira. No podía ignorar nada desde el beso con Gorka del día anterior.

No podía ignorar ni su boca. Ni sus manos. Ni la forma en la que me miró, como si me hubiera buscado siete años para besarme de esa manera.

Hambrienta, pasional, cargada de deseo y de algo más que mi mente prefería obviar por mi paz mental.

Fruncí el ceño por volver a pensar en ello y me reñí por enésima vez a mí misma. No podía volver a caer. No podía volver a ponerme en manos de alguien que un día eligió otra vida. Además, que no sabía si seguía con Sonia, aunque me imaginaba que sí.

Lo mismo estaban comprometidos o casados o incluso tenían algún hijo.

Volví a reñirme otra vez más fuerte porque pensar en los hijos de Gorka con otra mujer me hacía daño, mucho, y no era justo que me hiciera daño a mí misma por algo que era lo más normal que tuviera en su vida después de tantos años.

Seguramente tenían una vida feliz juntos y el beso del día anterior solo había sido un castigo por ignorarlo, y yo pensando en sus labios como una idiota.

La puerta, al abrirse, me hizo volver al mundo de los vivos y salir del de fantasía o del mundo del castigo; podían ser las dos cosas, según a quién le preguntases.

Giré la cabeza para ver quién había entrado y resoplé. Allí estaban los dos. Gorka y Óscar. Mis dos desgracias favoritas.

Saludaron a todos con risa y algún comentario de: "Qué buen trabajo, qué bien ha quedado esto o lo otro, sois un equipo cojonudo".

Yo seguí a lo mío, colocando botellas o mareándolas, más bien. No pensaba mirar a Gorka, no pensaba hablarle, pensaba ignorarle, hacer como que fuera un fantasma al que sientes, pero no ves. Ese era mi propósito.

¿Duró? No. Mi propósito se fue a tomar por culo por el desagüe un minuto después cuando los dos se acercaron a la barra y abrió la boca.

—Triana.

No lo pude evitar. Mentirosa, me chilló mi mente. Si estabas deseando mirarlo, añadió. Eso sí, me hice un poco la fuerte; joder, no podía quedarme mirándole como si fuera el refresco más frío en un día que hace cuarenta grados a la sombra.

Así que fingí una mirada de indiferencia.

—¿Otra vez tú? Qué pereza.

Óscar, al oírme, soltó una carcajada.

—Tú dirás lo que quieras, pero no has cambiado nada, sigues siendo la más salada y la que más arte tiene, sigues siendo…

Me miró con esa sonrisa suya de siempre, esa que el día que volvimos a vernos hacía dos días no estaba ahí, pero había vuelto.

—Mi *pecasombra*.

Me quedé helada.

Pecasombra. Así me llamaba él desde que éramos unos críos de diez años. Porque decía que tenía pecas en la nariz, pero la cara de ir siempre tramando algo en la sombra.

Tragué saliva. Nadie había vuelto a llamarme así. Nunca.

—No había vuelto a oír ese nombre desde hacía muchos años —le dije con la voz un poco rota.

Óscar se llevó una mano al pecho.

—Por supuesto que no. Eso es mío en exclusividad.

Gorka había dejado de mirarnos a ninguno de los dos mientras hablábamos y en su mirada había culpa. Una culpa que podía imaginarme porque venía, pero estaba claro que no iba a preguntarlo.

Richi lo llamó desde la otra punta del local.

—Gorka, socio, ven un momento, mira esto.

Gorka se fue, aunque antes me miró como si quisiera quedarse, como si tuviera mil palabras en la boca que quería decirme. Óscar aprovechó el momento.

—Venga, que te ayudo.

Entró dentro de la barra conmigo y empezó a pasarme refrescos para llenar las cámaras frigoríficas. Él me pasaba. Yo colocaba. Como antes. Como siempre. Compenetrábamos cualquier cosa que hiciéramos juntos. Daba igual si era un trabajo para la escuela, una travesura o una receta de cocina que habíamos decidido improvisar cambiando los ingredientes.

—Triana…

Con ese Triana… ya supe que venía y tuve miedo. No de él, sino de lo que me iba a hacer sentir esa conversación.

—No empieces.

—Necesito pedirte perdón.

Suspiré.

—No tienes por qué hacerlo.

—Sí, tengo que hacerlo, debo hacerlo, necesito hacerlo.

Le tembló la voz.

—Yo no quise perderte, no quise apartarte…

Dejé el refresco que tenía en la mano y le miré. Joder, tenía los ojos brillantes y se me encogió el corazón al verle así. La vi ver el dolor y el arrepentimiento que me transmitían sus ojos.

—No quise. No quise…

Se le quebró la voz. Y yo seguía conociéndole demasiado bien. Siempre supe por qué lo hizo. Sabía por qué eligió a su hermano por encima de nuestra amistad.

Primero, porque era su hermano y le adoraba, que a mí también, pero lo normal es que lo pusiera a él delante; eso siempre lo entendí. Sabía que lo hizo por no romper nada más. Por no crear otra grieta en su familia, porque demasiadas había creado su padre ya.

Sabía que no era un cobarde y sabía que lo había pagado bien; sus ojos me lo estaban gritando en esos momentos.

—Óscar…

Negó con la cabeza; ya no podía ni hablar.

—Sé por qué lo hiciste.

Volvió a negar.

—Aun así… —susurró.

—No he estado enfadada contigo.

Parpadeó mirándome con sorpresa.

—Nunca podría enfadarme contigo por eso. Solo estuve rabiosa por la situación.

Cerró los ojos un segundo a la vez que se mordía el labio.

—¿Podrás perdonarme alguna vez?

Me acerqué.

—¿Podré alguna vez recuperar a mi mejor amiga? ¿A mi *pecasombra*?

Lo susurró tan bajo que, si no hubiera estado tan cerca, no lo hubiera oído.

Sonrió de manera triste.

—Ella siempre ha estado ahí —dije, y se quedó inmóvil—. Esperando a que tú volvieras.

A los dos se nos llenaron los ojos de lágrimas a la vez.

—Yo no fui la que se fue a ningún sitio —continué—. Para ti siempre he estado en el mismo lugar.

No hizo falta más. Nos lanzamos a la vez a los brazos del otro y nos abrazamos fuerte.

Fue de esos abrazos que llegan tarde, pero aun así llegan para curar de golpe todas las heridas abiertas.

—Lo siento… lo siento muchísimo… te he echado tanto de menos.

Él me apretó más fuerte.

—No sabes cuánta falta me has hecho.

Respiró hondo.

—¿Por qué te fuiste? ¿Qué pasó?

Negué contra su camiseta.

—No puedo contártelo. No aquí. No con él aquí.

Se tensó un poco.

—¿Tan grave es para que no lo sepa mi hermano?

No contesté. Solo me pegué más a él. Con ese gesto me entendió y me abrazó todavía más fuerte.

—Cuando pasen estos días… cuando pase la inauguración… tú y yo nos debemos un día entero.

Levanté la cabeza.

—Con noche incluida porque tengo muchas cosas que contarte.

—Como si tienen que ser dos días o dos semanas —dijo sonriendo.

Un carraspeo exagerado nos separó. Nos giramos y vimos a Gorka con cara de "voy a ser civilizado cinco minutos más".

Detrás de él, Richi, cruzado de brazos, sonriendo satisfecho. Fer nos miraba con una ceja tan alta que casi tocaba el techo. Y Angy, en medio de los tres, nos miraba con los ojos húmedos.

El silencio era tan grande y el momento tan raro que ninguno se atrevía a hablar, hasta que la salvadora de mi amiga lo hizo.

—Te dejo abrazarle así porque sé que es como un hermano para ti.

Señaló a Óscar mirándole con los ojos llenos de fuego.

—Pero no me lo desgastes mucho, que a este tengo yo que darle un buen repaso.

La carcajada de Richi y Fer resonó por todo el local. Yo levanté la cabeza y miré a Óscar.

—¿Qué me he perdido?

Miró de reojo a Angy, rojo como un tomate, y negó con la cabeza.

—Que yo sepa, nada.

—Uy, madre…

Le clavé un dedo en el pecho y le miré entrecerrando los ojos.

—Me parece que tú tienes más cosas que contarme de las que yo creía.

Hizo el gesto de cerrar la boca como si se pusiera una cremallera y todos nos echamos a reír.

El ambiente volvió a relajarse tras las risas. Seguimos trabajando. O lo intentamos. Cada uno a lo suyo.

Bueno, y yo, aparte de a lo mío, también a esquivar a Gorka.

Se acercó a mí dos veces, dos veces que lo esquivé como un ninja experto, pero a la tercera no tuve tanta suerte porque me pilló en uno de los reservados de la zona VIP.

—Triana, por favor. Necesito hablar contigo.

—Pues qué mala suerte, porque yo no quiero escucharte.

—Necesito que hablemos de lo que pasó ayer.

—Ayer no pasó nada —le dije de la forma más fría que pude, y Gorka frunció el ceño.

—Sí pasó.

—No.

Me crucé de brazos a modo de escudo, el mismo que estaba poniéndome con mis palabras, porque no quería volver a sufrir.

—No pasó absolutamente nada —repetí.

Su mandíbula se tensó.

—Y si por una remota casualidad hubiera pasado algo, no se repetiría, no se puede repetir, porque así es como tienen que ser las cosas.

Eso pareció dolerle más que cualquier insulto o grito. Antes de que siguiera, Richi alzó la voz desde la barra.

—¡Por hoy ya está bien! Es hora de tomarnos la última cerveza antes del gran día.

Pasé por el lado de Gorka, esquivándole muy bien, por cierto, porque alargó la mano para agarrarme, pero no lo consiguió.

Richi sacó botellines para todos. Nos sentamos en círculo, en taburetes, en cajas, cada uno donde pilló. La conversación siguió entre bromas, apuestas de cuánto duraríamos vivos en la inauguración y amenazas de Angy a cualquier cliente que vomitara en los baños.

Yo reía. Hablaba. Respondía. Pero cada dos por tres notaba los ojos de Gorka buscándome. Una y otra vez. Una y otra vez.

Al final levanté la vista. Él seguía mirándome; no había dejado de hacerlo desde que nos habíamos sentado. Alcé una ceja.

—*¿Qué pasa?* —me preguntó mentalmente. Negué muy levemente con la cabeza.

—*Ya hablaremos* —, le contesté de igual forma.

Porque no podía seguir así, no podía seguir mirándome de esa manera y buscándome todo el rato delante de todos y necesitaba decirle que parara.

Era un gesto antiguo. Nuestro. Uno que siempre habíamos usado cuando había alguien delante y queríamos decirnos que necesitábamos hablar de algo. Asentimos a la vez, diciéndole al otro que nos habíamos entendido.

Media hora después nos levantamos para irnos. Salimos todos a la vez a la calle. Me acerqué a Fer.

—Por favor, llévame.

—¿A casa o a huir emocionalmente?

—A las dos.

Me lanzó el casco de la moto, me lo puse y me monté detrás de él con rapidez.

—¡Hasta mañana, criaturas! —gritó Fer después de acelerar.

Giré la cabeza una última vez y vi a Gorka apoyado en la puerta. Negaba con la cabeza, con una sonrisa de medio lado en su cara.

Y lo que leí en sus ojos hizo que un escalofrío me recorriera entera.

"Corre todo lo que quieras. No pienso dejar de ir detrás de ti".

Capítulo 20



Triana

El día de la inauguración llegó. Y yo llevaba nerviosa desde que abrí los ojos.

No por el trabajo. Ni por si faltaban hielos, copas o camareros. No. Por Gorka. Y por lo mucho que me fastidiaba que fuera por él.

¿Por qué, joder, cada vez que recordaba el beso y sus manos en mi cintura, mi cuerpo se estremecía con pensarlo?

Y lo peor era que lo anhelaba, que me pedía a gritos que le dejara acercarse para volver a sentirlo.

Estábamos comiendo en casa los cuatro: Saray, Jorge, Reyes y yo. Yo pinchaba una ensalada como si hubiera insultado a toda mi familia.

Saray me miró con una ceja alzada y me soltó lo que pensaba sin filtro, como siempre.

—Como sigas clavando el tenedor así, la lechuga va a confesar todos los pecados solo por miedo.

Jorge, que estaba sentado con Milo en su regazo, nos miró a los dos y asintió.

—Está atacada. Se la ve en la frente. Mira cómo le late la vena.

—No me late ninguna vena —gruñí.

—La del orgullo sí —dijo Saray.

Reyes soltó una risita por lo bajo y entonces fui yo la que la miré con la ceja alzada, porque estaba dando pasos de gigante los pocos días que llevaba allí con nosotros.

Estaba menos tímida, más suelta, más libre. Se me quedó mirando y se puso seria de repente; la vi que pensaba unos segundos lo que quería decirme, como si no se atreviera o como si estuviera escogiendo bien las palabras.

—Creo que deberías perdonarle.

—¿Perdonar a quién?

—Pues a Gorka, ¿a quién va a ser?

Saray la miró con los ojos abiertos como platos. Jorge dejó el vaso encima de la mesa de forma dramática. Y yo la miré entrecerrando los ojos.

—Acaba de abrir la caja de Pandora —dijo Jorge.

—No se abre nada —le contesté.

Reyes, sin hacernos caso, siguió.

—Como buena cristiana, creo en las segundas oportunidades y en el perdón.

—¿Qué segunda oportunidad ni qué niño muerto? —bufé—. Solo me ha besado, una vez, no hay más.

—Solo me ha besado, dice. Con la cara que traías ayer, parecía que te hubiera pedido que a vuestro quinto hijo le llaméis como a él.

La chorrada de Saray hizo que los otros dos se acharan a reír a carcajadas y a mí rechinar los dientes.

—Calla.

Reyes, cuando se le pasó la risa, me miró con ternura.

—¿Lo hizo mal? Sí. Pero eso no significa que no te quisiera; yo vi durante años cómo te miraba.

Me quedé quieta.

—¿Qué sabrás tú?

—Más de lo que crees. Os he visto crecer juntos, os he visto miraros; Gorka estaba tan enamorado de ti como tú de él.

Me reí sin humor.

—Pues bonita manera de demostrarlo.

Para cambiar de tema, la apunté con el tenedor. Porque ese me tenía desquiciada, ya que él no sabía con exactitud qué había sentido en el pasado o qué sentía en ese momento, si es que sentía algo, pero yo sí sabía lo que sentía, lo mismo de siempre.

No es que me hubiera vuelto a enamorar de él por haberle visto dos días, no, es que me había dado cuenta de que nunca había dejado de estarlo. Y dolía.

Dolía porque, después de cómo me despreció, era tan tonta de seguir amándole.

—Hablemos mejor de tus delirios monjiles.

Reyes resopló.

—No son delirios, hice una promesa.

Saray negó al instante.

—No puedes tirar tu vida a la basura por una promesa hecha bajo presión.

Jorge acarició a Milo mientras también me ayudaba con otro comentario para quitar a mi hermana esa gilipollez de la cabeza.

—Además. Ahora estás viendo el mundo Y el mundo, aunque jodido algunas veces, está bastante mejor que un triste convento, salvo por el alquiler.

Reyes bajó la mirada.

—Me gusta mi vida aquí.

Alabado sea el Señor, dije para mí. Sí, sí, sí… por fin un rayito de esperanza se abriría ante nosotros y veíamos una grieta que podía hacer tambalear la mierda de promesa.

Los tres nos miramos y sonreímos, pero no dijimos nada; la dejamos que siguiera hablando.

—Me gusta vivir con vosotros. Me gusta ayudar en la discoteca. Me gusta sentir… que valgo para algo.

Sus palabras me enternecieron y me cabrearon al mismo tiempo.

Me enternecieron, porque vi el brillo en su mirada y lo contenta que estaba con el cambio. Pero me puso de mala hostia que hubiera llegado a ese punto de pensar que no valía para nada más que para encerrarse entre cuatro paredes a rezar.

Y de eso solo tenía la culpa la… mejor no lo digo porque es feo insultar a una madre, pero es que en verdad se lo merecía por haber ninguneado así a su propia hija.

—Y Richi se porta muy bien conmigo.

La miré despacio y vi cómo agachaba la cabeza al terminar de decir esa frase. ¿Por vergüenza? No, por otra cosa.

La madre que me parió, me reñí a mí misma. ¿Qué me estaba perdiendo? Porque estaba claro que me estaba perdiendo algo.

—¿Qué pasa con Richi?

Se atragantó con el agua.

—¡Nada! No pasa nada.

"Ja, ja, ja, te pillé, monjita", dije en mi mente. Demasiado rápida tu respuesta y demasiado chillona tu voz para que el nada sonara creíble.

—Triana, pienso lo mismo que tú.

Me dijo sonriendo Saray porque también se había dado cuenta de la reacción de Reyes.

Solo faltaba el otro, que con lo que dijo a continuación fue el remate.

—Uy, uy, uy… que la niña se nos enamora del jefe. Eso es cine español total o cliché de novela romántica.

—No digas tonterías —protestó Reyes colorada—; yo tengo claro lo que quiero.

—Sí —dijo Saray—, un lío precioso.

—Como te pille el jefe por banda en un reservado, te quita esas dudas mojiles de un plumazo —añadió Jorge.

—Bueno, de un plumazo no, pero de un poll…

Reyes corrió a taparme la boca para que no terminara la palabra mientras los otros dos se reían a carcajadas al ver que se había puesto más roja que un pimiento de la cabeza a los pies.

La comida siguió entre risas y cachondeo, sobre todo haciendo sonrojar a Reyes, cosa de la que disfrutamos mucho.

Media hora antes de abrir la discoteca, aquello era un hervidero. Luces probándose. Música sonando bajita. Todos revisando que todo estuviera perfecto, que lo estaba, pero nunca está de más echar un último vistazo.

Me miré y bufé al verme otra vez con el uniforme puesto, ese que Richi había dejado elegir a Angy.

Pantalón negro ajustado, top rojo ceñido con un escote moderado pero peleón. Y el culo le llevaba tan comprimido que parecía que me habían envasado al vacío.

—No sé por qué coño te ha dejado elegir esto —me quejé.

Angy me repasó de arriba abajo, orgullosa.

—Porque tengo visión artística.

—Tengo el culo tan apretado que no se me colaría por la cinturilla del pantalón ni una mota de polvo, y leche, mira mis tetas, si están gritando: "Déjanos salir que nos ahogamos".

—Es sujeción emocional —contestó encogiéndose de hombros.

Fer apareció riéndose por detrás.

—Yo solo quiero decir que, si yo tuviera esas tetas, no trabajaba, vivía de ellas.

Le lancé el trapo que tenía en las manos a la cara, pero el muy capullo le esquivó mientras se reía a carcajadas.

Gorka apareció a mi lado sin hacer ruido. Demasiado cerca. Demasiado guapo. Demasiado todo. Se inclinó hacia mi oído y me susurró.

—Sigues teniéndolas preciosas y de lo más apetitosas.

Se me erizó la piel entera y solo con oírle se me vinieron a la mente escenas que no quería recordar en las que él chupaba, succionaba y amasaba mis pechos, adorándoles como si fueran el mejor manjar del mundo.

Cerré los ojos con fuerza intentando echar esas imágenes de mi cabeza porque solo con recordarlas me había excitado.

—Cállate —murmuré entre dientes.

—No voy a callarme.

Posó su mano en mi espalda desnuda y me la acarició con las yemas de los dedos, haciendo que me estremeciera.

—No voy a dejarlo, me muero por tocarlas, por tocarte entera.

Tragué saliva.

—Deja de jugar conmigo, Gorka.

—No estoy jugando.

Su voz sonó grave.

—No puedo dejar de pensar en ti. No puedo dejar de pensar en ese beso; te deseo tanto que duele. Necesito…

—¡Chicos!

Salvada por la campana, o por Richi, que fue el que nos llamó desde el centro de la sala.

Bendito Richi, gracias, gracias… le dije mentalmente.

—¿Estáis listos? Vamos a abrir las puertas.

Uno de los camareros volvió de la entrada corriendo.

—Preparados para la fiesta, la cola da la vuelta a la esquina.

Todos gritamos. Richi levantó el brazo.

—¡Cada uno a su puesto!

Capítulo 21



Triana

Una hora después, aquello era una locura.

La barra no paraba. Copas. Hielos. Risas. Música. Dinero. Perfume caro. Gente guapa. Y algún imbécil estándar por metro cuadrado.

Yo iba disparada.

—Vodka limón.

—Marchando.

—Dos gin tonics.

—Te van a salir por las orejas, cariño.

—Dos mojitos.

—Eso ya es un castigo personal.

Fer estaba a unos metros de mí e iba como una centella. Angy, unos metros más allá, dominaba su parte de la barra como una emperatriz.

Y yo estaba feliz. Agotada, pero feliz.

Los vi por el rabillo del ojo colarse entre la gente para llegar hasta mí. Los dos llamaban la atención, cada uno en su estilo, cada uno con su porte, pero los dos guapos a rabiar.

Gorka sonreía, mirando a su alrededor al ver que no cabía un alfiler. Óscar, en cambio, estaba más serio, como siempre, y lo miraba todo con ojo clínico, como si quisiera analizar a todos los presentes y evaluar a quién debía mantener lejos, para mantener intacta su salud mental.

—Señora, ¿sería usted tan amable de ponerme una copa.

—Tus muelas, señora, no me busques, rubio, que tengo un botecito de laxante que puede que lleve tu nombre.

Óscar puso cara de horror y se llevó las manos a la barriga como si quisiera poner un escudo.

—Preciosa y amable señorita, ¿me pone una copa?

—Mejor, mucho mejor, aprendes rápido, guapo.

Los dos nos miramos y nos echamos a reír. Saqué un vaso ancho, un zumo de naranja y cogí la marca de vodka favorita de Óscar.

Se me quedó mirando mientras lo preparaba con rapidez y vi cómo le brillaban los ojos.

—Aún lo recuerdas.

—Me has pedido una copa, pero no me has dicho de qué, así que he tirado de recuerdos. No ha sido difícil; nunca te he visto tomar otra cosa que no fuera esto o cerveza.

Le puse la copa delante y asintió satisfecho.

—¡Rubio, la próxima te la pongo yo, e irá acompañada de mucho amor!

Las palabras de Angy hicieron que Óscar se sonrojara. Le miré de manera pilla y le guiñé un ojo.

—No digas nada, *pecasombra*, que te veo venir de lejos; esa cabeza está tramando algo y no es bueno.

Me llevé una mano al pecho haciéndome la ofendida.

—¿Yo? Qué mal concepto tienes de mí, si soy un ángel.

—Me faltan siete más de estas para siquiera plantearme la posibilidad de que eso que acabas de decir sea verdad.

Le saqué la lengua y volvió a reír mientras negaba con la cabeza. Apoyé la mano en la barra y me incliné un poco para hablar a Gorka.

—¿Y tú qué quieres?

Se inclinó hacia mí todo lo que pudo para que solo yo pudiera oír lo que iba a decirme.

—A ti sentada encima de la barra desnuda y abierta para mí.

Estuve a punto de atragantarme con mi propia saliva.

Fui a retirarme hacia atrás para poner distancia, pero Gorka fue más rápido al adivinar mis intenciones y me agarró por la muñeca para que no me retirara.

Se acercó todavía más a mí y, después de pasar su lengua por mi cuello de una manera muy sutil para que nadie pudiera verlo, volvió a susurrarme.

—No había terminado de decirte lo que quería, escucha… Primero te follaría con mi lengua y mis dedos y, cuando te hubieras corrido esa primera vez, sin dejarte descansar, te follaría con mi polla, duro y fuerte, hasta que acabaras chillando mi nombre.

Cabrón de mierda, le llamé en mi cabeza.

Siempre había sabido cómo me ponía que me hablara sucio, y por la cara de satisfacción que estaba poniendo al ver cómo me removía en mi sitio porque me había puesto como una moto, sabía que eso no había cambiado.

—Te has mojado solo con imaginártelo, ¿verdad?

No le contesté.

—No hace falta que contestes, lo sé de sobra. ¿Y sabes qué? Que yo estoy durísimo, solo de pensar en estar dentro de ti.

—Para… —Le rogué.

Me miró muy serio y con la mirada me dijo: "Voy a parar por ahora porque hay gente; solo por eso. Pero pienso cumplir lo que he dicho en cuanto estemos solos".

—Ponme un gin tonic.

Asentí. Antes de soltarme, con su pulgar me acarició el interior de la muñeca haciendo tres círculos; eso hizo que se me encogiera el estómago. Era un gesto que siempre me hacía en el pasado.

La primera vez que me lo hizo, le pregunté qué significaba y me contestó que era su manera de decirme "te quiero" cuando estuviéramos rodeados de gente, para que solo yo supiera lo que quería decirme.

No quise pensar en ello, porque seguramente lo había hecho como un acto reflejo, o de manera inconsciente, porque estaba segura de que ni se acordaría de aquello y ni sentía eso por mí para decírmelo a nuestra manera.

Le retiré la mirada porque ni quería ni debía pensar en esas cosas y me obligué a concentrarme en ponerle la copa.

Ni dos segundos después de apoyarla en la barra y de que él la cogiera rozando mi mano, alguien se paró detrás de Óscar, que estaba un poco más retirado que su hermano.

El aire cambió al instante. Se me revolvió el estómago solo con verlos.

Sonia y Faustino.

Siempre se notaba cuando entraba gente que creía que el mundo les pertenecía, y ellos dos eran de esos.

Gorka no llegó a enterarse nunca, porque yo me lo callé siempre, pero la cantidad de desprecios y cosas que me dijo su padre en el pasado eran para odiarle para los restos de la vida.

Y la otra… A la otra había que echarla de comer aparte.

Los dos veranos que pasó en casa de los chicos, delante de ellos siempre me trató bien, todo fachada y cinismo. Pero en los momentos en los que nos quedábamos solas, que no fueron muchos porque yo la evitaba, siempre fue cruel, déspota y me trató como si ella estuviera muy por encima de mí en todo.

Que puede que lo estuviera en cuanto a estudios, dinero y clase, pero no en educación porque de esa demostró más bien poca. Yo callé, pero eso fue cuando era una cría.

Ahora estaba preparada para todo y no pensaba dejarlos a ninguno de los dos que me trataran como les diera la gana.

Sonia no se cortó en mirarme con asco antes de soltar la primera gilipollez por la boca.

—Vaya… así que este era el interés por la discoteca; venía con premio.

La miré tranquila.

—Y tú sigues viniendo con el mismo veneno de siempre.

Faustino frunció el ceño.

—No esperaba encontrarte aquí, te hacía en Nerja. ¿Les has mendigado a mis hijos un trabajo?

Vi cómo Gorka y Óscar se tensaban en el acto.

—Y yo esperaba un cambio en ti con el paso de los años, pero está claro que lo de pedir a Lourdes no funciona con todos.

Vi cómo Fer, que estaba al tanto de la conversación, se giraba para que no le vieran reír.

—Sigues siendo una descarada sin educación, que no respeta a nadie.

—En eso te confundes, yo sí respeto, pero solo a los que se lo ganan.

Me miró de arriba abajo y sonrió de manera cínica.

—Por muchos años que pasen, sigues teniendo la misma pinta de…

Dejó la frase en el aire, pero todos los presentes supimos a lo que se refería.

Vamos, que me acababa de llamar puta en toda la cara.

Él pensaba que no le conocía, pero fueron muchos años observándole y sí, le conocía y sabía lo que estaba intentando hacer.

Solo quería alterarme, que saltara, que perdiera los papeles, que preparara bronca y que me quedara en ridículo dando allí un espectáculo.

Pues te vas a quedar con las ganas, cabrón, le dije en mi cabeza, porque eso no va a pasar.

Me di la vuelta, cogí un vaso de licor, le eché dos hielos y lo llené un poco más de lo que solía hacer de la marca de whisky que sabía que era la que bebía.

Se la puse delante y me miró extrañado.

—A esta invito yo, por lo agradecida que estoy de que me mires con buenos ojos.

Gorka me miró con admiración por haber dejado a su padre con la cara partida sin levantar ni la voz como él esperaba.

Óscar me dijo con la mirada: "Ole tus cojones".

—¿Y tú qué quieres, guapa?

—Nada —contestó Sonia apretando la mandíbula.

Saqué una botella de agua de debajo de la barra y se la puse delante con más fuerza de la que pretendía.

—Toma al menos una botella de agua, mujer, eso te hará integrarte en el ambiente y no parecer solo parte del mobiliario.

Fue a abrir la boca para contestarme, pero alguien desde atrás la apartó a un lado para hablarme.

—A mí ponme un ron cola.

—¡Almudena!

Me incliné en la barra todo lo que pude y ella hizo lo mismo para darnos un abrazo.

No sabía que la madre de los chicos iba a venir y me llevé una grata sorpresa; desde que estuve en Nerja y hablamos, habíamos seguido en contacto y raro era el día que no nos mensajeáramos.

—No sabía que ibas a venir.

—No quise decírtelo, quería que fuera una sorpresa.

—Y lo ha sido, una muy buena.

Nos separamos, pero antes de retirarse hacia atrás, me acarició la mejilla con cariño y asintió preguntándome sin palabras si estaba bien. Asentí y sonreí para que supiera que sí y que se quedara tranquila.

Vi cómo Faustino me fulminaba con la mirada y cómo miraba a su exmujer no de muy buenas maneras por haberme saludado a mí la primera.

—¿Tienes contacto con ella?

Almudena se giró despacio para mirarle directamente a la cara.

—¿Y a ti qué te importa?

Sus hijos la miraron con la boca abierta. Almudena siempre fue una mujer muy calmada que nunca sacaba los pies del tiesto, que nunca alzaba la voz, que nunca respondía, pero al parecer eso con los años sí había cambiado, con respecto a su exmarido.

Con su pregunta le dejó claro que no estaba muy contenta ni de verlo ni de que le preguntara nada de su vida. Pero es que parecía envalentonada porque no se quedó ahí la cosa, siguió.

—¿Me meto yo en lo que haces en tu vida o con quién? No, ¿verdad? Pues aplícate el cuento.

Faustino apretó los puños y se tensó tanto que hasta el último cliente al fondo de la discoteca podría haberlo visto si lo estuviera mirando.

—Solo era una pregunta.

—A mí, perdiste el derecho a preguntarme nada hace muchos años. He callado mucho, he mirado para otro lado más de lo que debería y he permitido cosas de las que me arrepentiré toda la vida, pero eso se acabó.

—No entiendo qué quieres decir con eso —le dijo Faustino confundido.

—Que no voy a permitir que te metas en la vida de nadie si yo puedo evitarlo, que no voy a consentir que sigas manipulando a nadie para tu beneficio.

—Yo no…

Joder con Almudena, vaya cómo sacó las garras, pensé, y sus hijos pensaron lo mismo porque así me lo dijeron sus miradas.

—Tú sí, pero ya no más, porque ni te imaginas las consecuencias que han tenido para otros tus actos.

Eso lo dijo enfadada y con los ojos llenos de dolor, esos que me miraron nada más acabar porque de los que estábamos presentes, ella y yo éramos las únicas que sabíamos que una de esas consecuencias, si no hubiera manipulado a su hijo como lo hizo, probablemente sería que el mío estuviera vivo.

El ambiente se estaba volviendo hostil. Ese no era lugar ni momento para sacar la mierda.

Así, solo con cruzar una mirada con Óscar, que solía ser el pacificador, los dos nos entendimos y nos dijimos: "Hay que parar esto".

Le puso una mano a su padre en el hombro y le dijo.

—Vale ya, todos tranquilos, ¿sí?

Faustino asintió a regañadientes.

—Hoy hemos venido a celebrar, no a montar un funeral.

—Además, en estos sitios las peleas son después de haber pagado las consumiciones —añadí.

Almudena rio. Saqué una botella de chupito y seis vasos y los serví con rapidez.

Sonia y Faustino me miraron mal, pero me dio igual; una ronda de chupitos era una estrategia conocida por cualquier camarero para parar una riña.

Se los ofrecí a todos y levanté mi vaso.

Dije lo primero que se me ocurrió: brindar por la discoteca.

—Por Vértigo y porque todas las noches llenemos igual.

—¡Por Vértigo!

Capítulo 22



Gorka

Me desperté con la cabeza latiéndome al ritmo de los graves de la música de la noche anterior.

La inauguración de Vértigo fue todo un éxito.

Hasta hubo gente que se quedó en la calle sin poder entrar porque la afluencia que tuvimos fue impresionante. Todos terminamos exhaustos, pero felices.

¿Quién me iba a decir a mí que acabaría a las seis de la mañana con las mangas de la camisa arremangadas recogiendo vasos por todo el local? Pues sí lo hice y con mucho gusto, y mi hermano también.

Desde que abrimos las puertas, ya avisados por uno de los camareros de que la cola llegaba al final de la calle, fue un no parar.

Copas sin descanso. La pista llena hasta los topes. La caja sonriendo de alegría. Richi, casi llorando. Óscar y yo más que satisfechos; la palabra podía ser pletóricos. Y Triana… Triana brillando detrás de la barra como si hubiera nacido allí.

Puso más copas que nadie, sonrió más que nadie y puso en su sitio más que nadie a los que se lo merecieron.

Cuando el día ese Richi nos habló de su camarera estrella y de cómo se bailaba la barra y de cómo toreaba a los clientes, pensamos que exageraba.

Nada más lejos de la realidad; era totalmente cierto.

Ponía copas con una soltura impresionante. Tenía memorizado dónde estaba cada botella y las agarraba sin mirar mientras daba palique a los clientes o mientras a los que se pasaban de listos les dejaba con mucho arte con la cara partida sin despeinarse ni perder la sonrisa en ningún momento.

Y si a eso le añadimos que sabía a quién tenía que invitar a una copa. A quién debía ofrecerle qué, sin dudar. Y que había parado con mano de hierro y sin dejar que las cosas fueran a más, al menos cinco discusiones sin que la cosa llegara a las manos o una disputa a gritos. A esta mujer había que ponerle un monumento.

Porque, joder, no solo era buena, es que era la mejor camarera que había visto en mi vida.

No puede apartar los ojos de ella en toda la noche. Y no solo por lo mucho que la deseaba, que también. Aunque eso ya no era un secreto para ella ni para nadie que se hubiera parado a mirarme dos minutos y viera cómo la miraba, ya de paso.

Pero para ella menos, puesto que justo antes de abrir, no me pude resistir y calenté el ambiente entre nosotros como hacía cuando éramos críos, hablándole sucio y diciéndole todo lo que le haría encima de la barra.

Sabía que la había afectado.

Que mis palabras no la dejaron indiferente.

La conocía muy bien o creía hacerlo, al menos a la Triana que yo recordaba. Y sabía qué puntos tocar para ponerla como una moto.

Pues por cómo me miró cuando le dije todas esas cosas al oído y por cómo se removió su cuerpo, supe que lo había conseguido. Puede que ya no me quisiera, puede que estuviera enfadada conmigo, puede que hasta me odiara; de esas cosas no estaba seguro de ninguna, pero de lo que sí estaba seguro era de que me deseaba.

Y eso era algo que pensaba aprovechar para intentar que volviera a ser mi Triana.

Había dormido poco y mal. Porque cada vez que cerraba los ojos veía su boca y cuando los abría también. Pero cuando giraba la cabeza y veía a Sonia a mi lado durmiendo tan tranquila, el mundo se me venía encima.

Porque no era justo para ella estar durmiendo al lado de un hombre que, mientras estaba a su lado, solo su cuerpo estaba allí porque su mente y su corazón estaban con otra persona.

No era justo para ella, no. Pero para mí tampoco. Por eso me levanté de la cama con la decisión tomada de que así no podía seguir.

Y no solo porque Triana hubiera vuelto a mi vida. No. Ella no tenía nada que ver con el hecho de que las cosas entre Sonia y yo no iban bien desde hacía tiempo y, desde luego, con su obsesión con la boda y la presión constante a la que llevaba tiempo sometiéndome, había hecho que fueran todavía a peor.

Una prueba de que lo nuestro no iba muy bien era que llevábamos más de un mes sin acostarnos.

Ella nunca había sido muy pasional y parecía que siempre lo hacía por cumplir más que porque tuviera ganas. Siempre había sido yo el que la había buscado para tener sexo.

En siete años ella no lo hizo ni una sola vez y eso, sinceramente, llega a cansar porque a todos nos gusta de vez en cuando que nos sorprendan o que nos busquen.

Así que, como decía, llevábamos más de un mes que el único contacto físico que habíamos tenido era algún beso de esos que se dan por costumbre al despedirnos o al llegar a casa; yo no había tenido ganas de más, raro en mí, pero así era.

Unos días porque estaba cansado después de soportar un largo día de boda de los que tenía en el hotel. Otros, que eran la mayoría, porque cuando me metía en la cama ya estaba dormida o a punto de hacerlo. Y otros porque estábamos de morros porque habíamos discutido por la puñetera boda.

Así que, por unas cosas o por otras, a uno se le quitaban las ganas de todo.

Con ella, claro, porque eso con Triana no me pasaba.

Si hubiera podido y ella hubiera querido al acabar la noche, aunque estábamos muertos de cansancio, me la hubiera cargado al hombro y la hubiera metido en uno de los reservados.

Y seguramente allí seguiríamos, ya que cuando los dos, al menos en el pasado, empezábamos a tocarnos, se nos hacía muy difícil parar o tener un polvo rápido.

Nos gustaba tomárnoslo con calma y disfrutar bien el uno del otro.

Me levanté de la cama en la que estaba solo, ya que Sonia hacía al menos tres horas que se había levantado. Ella y mi padre solo se habían quedado media hora en la discoteca; por eso se había acostado mucho antes que yo.

Media hora, pensé apretando los dientes. Joder, que se suponía que era mi pareja y la que más tenía que haber estado allí disfrutando conmigo el éxito que había sido la inauguración. Pues no.

A la media hora de llegar, mi padre, al ver el panorama, dijo que se marchaba y ella dijo que se iba con él.

Pues adiós, le dije, apoyado en la barra mientras me bebía mi copa. Me miró fatal por quedarme y por no decir que me iba con ella a casa, pero me dio exactamente igual.

Primero porque no quería irme. Segundo, porque como socio y el día de la inauguración hubiera quedado fatal que me fuera apenas una hora después de abrir. Y tercero, porque no me salió de los cojones irme con ellos por lo cabreado que estaba por el numerito que montaron los dos.

Sonia, nada más entrar y reconocer a Triana, sacó ese lado posesivo y celoso que tenía hacia mí y también dejó ver sin ningún tipo de pudor el asco que le tenía.

Eso hizo que, sin saludar siquiera, atacara a Triana queriéndola dejar en mal lugar, pero la otra sí lidiaba con mierdas, borrachos, niñatos y pesados hasta el aburrimiento todos los días; para ella, cortar a Sonia y dejarle fuera de combate fue un juego de niños.

Y si el comportamiento de Sonia estuvo fuera de lugar, el de mi padre ya fue lamentable. Ahora que se las llevó por todos los lados.

Triana no se amedrentó, no le dejó pisarla, ni ponerla en ridículo, ni que la hiciera de menos. Y si ella hizo eso dejando a mi padre con un palmo de narices, la que le dio el remate final fue mi madre cuando le cantó las cuarenta, diciéndole cuatro verdades a la cara, dejándole con la cara partida del todo.

La verdad es que más que nos jodiera que se fueran, a Óscar y a mí nos hizo quedarnos más tranquilos.

Y disfrutamos más de la noche desde que se largaron. Porque estábamos seguros de que, si se hubieran quedado tarde o temprano y si seguían diciendo chorradas a Triana a mi madre o a alguno de nosotros, se hubiera liado y muy gorda.

Pasé por la ducha y me puse lo primero que pillé en el armario. Fui a la cocina en modo café. Necesitaba uno con urgencia, aunque fuera ya la hora de comer. Eso ya lo haría más tarde.

Lo primero era lo primero: necesitaba un café con urgencia para empezar a funcionar.

Nada más entrar en la cocina, allí estaba Sonia. Sentada, con la espalda recta, esperándome.

Con las garras ya fuera y eso que no me había ni acercado.

Capítulo 23



Gorka

—Buenos días —dije sabiendo que no lo serían.

—Para ti quizá.

Abrí la cafetera, cargué la cápsula y le di al botón.

—No empieces.

—No, claro, empezamos si quieres por donde te interese a ti.

Suspiré.

—Sonia…

—Te vi anoche —dijo cortándome.

Me giré despacio y me apoyé en la encimera con los brazos cruzados para mirarla.

—¿Y?

—Vi cómo la mirabas.

No respondí.

—También vi cómo te miraba ella a ti.

Seguí callado.

—Vi cómo tu mirada la buscaba como un perro detrás de una puerta abierta, vigilante.

—Mide las palabras.

Se levantó de golpe y me encaró.

—¿Que mida las palabras? Llevo siete años midiéndolas. Siete años siendo correcta. Siete años esperando el momento adecuado. Siete años siguiendo el plan.

Fruncí el ceño porque vi que lo último se había arrepentido de decirlo, como si se le hubiera escapado por lo alterada que estaba.

—¿El plan?

Vi cómo, al ver que me había dado cuenta de que había metido la pata, ya le dio igual todo y se rindió.

—Sí, el plan de hacer lo que tocaba, lo que habíamos acordado todos.

Me tensé entero.

—¿Quiénes son todos?

—Mis padres, el tuyo, yo…

Sentí como un regusto amargo se me subía a la garganta y no era por el café porque ni siquiera le había dado un sorbo a la taza que estaba en mis manos, porque no lo había probado todavía.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—Que me mandaron allí esos dos veranos para separarte de ella.

La taza se me escapó de la mano y cayó al suelo. Hecha añicos. Pero no tanto como yo.

—Repite eso.

—Que fui allí para separarte de ella, para que te fijaras en mí, para que te fueras acostumbrando a mí.

Me quedé mudo de la impresión.

—El primer verano fui porque me obligaron; al principio no estaba de acuerdo, pero cuando te conocí, me enamoré de ti y…

Se echó a llorar, pero no me importó. Ni siquiera me moví, ni para abrazarla, ni para consolarla, ni para nada.

—Tu padre y los míos tenían claro que acabaríamos juntos. Que era lo lógico. Sabían que ella no pegaba en tu vida.

Me clavó la mirada.

—Así que el segundo verano que ya te quería, fui allí a por todas, fui a por ti.

La miré como si no la conociera. Tal vez no la conocía.

—Me costó muchísimo conseguirte, muchísimo —sollozó—. Fue horrible verte con ella esos dos veranos, ver cómo os mirabais, cómo os besabais, cómo el mundo desaparecía para vosotros cuando estabais juntos, cómo os hablabais sin necesidad de palabras.

Sollozó más alto.

—Y yo también quise eso… contigo.

Me apuntó con el dedo de forma amenazadora.

—Y ahora no vas a echar a perder todo lo que tenemos, lo que hemos construido juntos, lo que me costó conseguir, otra vez por ella.

No me pude contener más y exploté.

—¿Otra vez?

Di un paso al frente.

—¿Otra vez? —repetí.

Sonia se echó hacia atrás al ver la furia en mis ojos.

—¡Dejar a Triana fue el mayor error que he cometido en mi vida!

La voz me salió rota. Real. Brutal.

—A ti te he querido como se quiere a alguien con quien compartes costumbre, tiempo y rutina. Pero enamorarme…

Me llevé una mano al pecho. Sabía que iba a hacerle daño, pero aun así decidí ser sincero. Era lo mejor para los dos.

—Solo me he enamorado una vez.

Negó llorando.

—No.

—Sí.

—¡Vamos a casarnos!

—No.

La negativa me salió seca, definitiva y brutalmente sincera.

—No vamos a casarnos.

Abrió mucho los ojos.

—¡¿Qué?!

—Te estoy diciendo que no quiero seguir contigo, y mucho menos casarme.

—¡Por ella!

—¡No solo por ella! —respiré hondo—. Por mí.

Eso la descolocó y me miró confundida.

—No quiero esto. No quiero esta vida. No quiero un camino trazado por otros. No quiero seguir en una relación que existe porque es cómoda, porque queda bien para los clientes adinerados del hotel, porque es fácil.

La señalé.

—Y no me vengas con Triana como excusa. Llevo tiempo sabiendo que esto se estaba yendo a la mierda, que cada día nos distanciábamos más.

La miré para que viera la verdad en mis ojos.

—La boda solo ha sido el detonante que me ha hecho abrir los ojos.

Me tembló la voz y las manos.

—Se acabó.

—No.

—Sí.

Sonia me miró unos segundos, con furia, con decepción, con un poco de odio incluso. Cogió el bolso que tenía colgado en el respaldo de la silla y se lo colgó de malas maneras.

—Te vas a arrepentir.

—Puede.

Abrió la puerta de casa, giró la cabeza y sonrió de manera maliciosa.

—Y ella no te va a perdonar jamás, no volverás a tenerla.

Tragué saliva. Porque en eso tenía razón; puede que nunca volviera a tener a Triana, pero tampoco tendría una vida que no quería, una vida que yo no había elegido, una vida impuesta.

—Eso ya lo decidirá ella.

Se marchó dando un portazo. Y aunque pareciera mentira y después de la bronca que acabábamos de tener, por primera vez en años respiré sin sentir que alguien lo hacía por mí.

Una hora después llamé a la puerta de Óscar. Me abrió en calzoncillos y con una cara de resaca que daba miedo.

—Tienes cara de drama premium.

Entré como un huracán sin pedir permiso.

—He roto con Sonia.

Se quedó clavado en el sitio.

—Hostias…

—Le he dicho que se acabó.

Cerró la puerta despacio y los dos pusimos rumbo al salón.

—Papá se va a poner furioso.

—Me da igual.

—¿Seguro?

—No.

Me dejé caer en el sofá con gesto cansado.

—Pero me da igual, igualmente, ya está hecho y no voy a dar marcha atrás.

Óscar se sentó frente a mí y me miró con esa cara de "estoy aquí, venga, saca todo lo que llevas dentro".

—¿Estás bien?

No me hizo falta pensar; la respuesta me salió sola.

—No.

Asintió.

—Perfecto, eso es el principio para estarlo.

Solté una risa cansada, cogí aire y le conté todo.

Lo del plan de nuestro padre y los padres de Sonia, lo de los veranos que ella había ido allí, lo de Triana, el cómo me sentía.

Cuando terminé, Óscar tenía la mandíbula tan apretada que daba la impresión de que se le iba a partir.

—Nos han manejado como a dos imbéciles.

—Sí.

—Y nosotros nos dejamos.

—También.

Se inclinó hacia delante para hablarme más cerca.

—Escúchame bien. Si tenemos que salir del hotel, salimos. Si tenemos que empezar de cero, empezamos. Y si tenemos que mandar todo a la mierda, lo mandamos.

Lo miré.

—¿Te vienes conmigo?

—Siempre.

Nos sonreímos. Íbamos a seguir con la conversación, pero el sonido del timbre nos interrumpió.

Nos miramos y supimos, sin que hubiera entrado, quién era.

—Ya está aquí el demonio —dijo.

Era nuestro padre. Entró sin esperar invitación, con su traje impecable y una rabia sin contención.

—¡¿Dónde está?! —le preguntó a Óscar.

—Aquí —dije saliendo al pasillo.

Se acercó hasta quedarse a solo un paso.

—¿Qué cojones has hecho?

Al parecer, Sonia ya le había ido con el cuento; no le había faltado tiempo, no.

—Lo que tenía que hacer.

—¿Romper con Sonia por esa chica?

Óscar intervino.

—Papá…

—¡Tú cállate!

Volvió a mirarme.

—Esa mujer no es para ti.

Me reí sin humor.

—Es curioso, llevo años oyéndote decir lo mismo.

—Porque es verdad.

—No, ni siquiera la conoces, ni te molestaste en hacerlo, porque no era la que a ti te convenía.

Me fulminó con la mirada.

—Me costó mucho separarte de ella.

Óscar y yo nos quedamos helados. Lo había dicho. Sin pudor. Sin vergüenza.

—¿Te oyes? —pregunté.

—Hice lo que tenía que hacer por tu futuro.

Me acerqué.

—Pues en el corazón no se manda.

Cada palabra me salió de las entrañas.

—Por mucho que hayas querido interponerte, ella sigue en mi corazón.

Se quedó callado.

—Y siempre ha estado.

Lo vi pestañear.

—Seguramente la perdí por dejarme convencer por ti.

Me tembló la voz.

—Y quizá no me perdone nunca.

Tragué saliva.

—Pero no voy a seguir escondiéndome en una vida que no quiero.

Fue a hablar, pero levanté la mano para hablar yo.

—No me voy a casar sin estar seguro.

—Te casarás.

—No.

—Soy tu padre.

—Y yo ya no soy un niño.

Se hizo el silencio. Fue pesado, violento, definitivo.

—Quiero mi vida, no la que tú quieres para mí.

Se me quedó mirando unos segundos larguísimos. Después habló frío.

—Si cruzas esta línea, atente a las consecuencias.

—Si no la cruzo, las consecuencias las pago yo.

Se giró y, sin decir ni una sola palabra más, salió dando un portazo. La casa tembló. Óscar me miró.

—Bueno…

—Bueno, ¿qué?

—Que oficialmente la hemos liado.

Me dejé caer otra vez en el sofá y él hizo lo mismo en el de enfrente.

—Todavía no.

Pensé en Triana. En sus ojos. En su boca. En todo lo que habíamos vivido desde niños. En todo lo que sentía por ella. En todo lo que pudo ser y no había sido, por ser un gilipollas.

—El lío no ha hecho más que empezar y será más grande cuando intente recuperarla.

Óscar asintió sonriendo para darme ánimos y para dejarme claro que pasara lo que pasara estaba de mi lado, como siempre.

Capítulo 24



Triana

Llamé al timbre de casa de Óscar con una mezcla absurda de ilusión y nervios.

Hacía cuatro días de la inauguración de Vértigo. Cuatro noches viéndole a él en la discoteca. Cuatro noches recuperando pedazos de una amistad que nunca debió romperse. Y cuatro noches sin ver a Gorka.

Ni una sola vez había aparecido, ni una mirada, ni una provocación, ni un "mi niña", que era como solía llamarme en el pasado, nada, ni rastro de él, solo silencio y ausencia.

Y eso me tenía inquieta.

No sabía si le había traído problemas que yo estuviera allí, no sabía si había discutido con Sonia, con su padre o con los dos. No sabía si simplemente se había cansado. Y odiaba no saberlo.

La puerta se abrió. Óscar, en cuanto me vio, me envolvió en un abrazo fuerte.

—*Pecasombra*, bienvenida a mi humilde morada.

Se me escapó la sonrisa sola.

—Humilde, dice. Esta casa tiene de humilde lo que yo de monja.

No es que tuviera un palacio, pero la casa era muy parecida en extensión a la de Saray y de pequeña no tenía nada precisamente. Se separó y me examinó.

—¿Vienes con hambre? Porque acabo de preparar un desayuno digno de reyes.

—¿Qué me has preparado? Dime que lo voy a disfrutar, aunque luego mi culo y yo queramos matarte.

Se hizo el interesante unos segundos.

—Tortitas —dijo al fin.

Me llevé una mano al pecho, emocionada.

—Es que te tengo que querer.

Que sí, que no penséis que era una interesada que le quería solo por eso, porque no era así, le quería por ser simplemente él. Pero es que las tortitas que preparaba Óscar desde que éramos unos críos eran dignas de ganarse una estrella Michelin como poco.

—Sigues siendo una golosa.

—Las buenas costumbres no hay que perderlas.

Soltó una carcajada.

—He echado de menos tus tortitas, casi tanto como a ti.

—Y yo a ti protestando que tienen poca nata mientras te las comes; pasa, anda.

Entre riéndome. La casa era moderna, enorme, como ya he dicho, y demasiado todo para vivir él solo allí.

—Aquí no vive nadie realmente, ¿no? Esto parece un piso piloto.

—Porque yo limpio y ordeno.

—Mentiroso, aquí limpia alguien que cobra.

—Oye… no desacredites mi talento doméstico.

Llegamos a la cocina. Tenía una torre de tortitas sobre la encimera, fruta cortada, café recién hecho y un bol de nata tan grande que parecía un caldero.

—Madre mía… —murmuré relamiéndome—. ¿Te quieres casar conmigo?

—No. Sí tengo que hacer esto todos los días para desayunar; me sales cara de mantener.

—Vale, pues dame hoy de comer y calla.

Nos sentamos uno enfrente del otro en la isla de la cocina. El primer bocado casi me hizo llorar; qué buenas estaban, esto tenía que ser pecado seguro, pensé.

—Siguen sabiendo igual de buenas.

—Lo sé —dijo con chulería.

—Qué insoportable eres cuando te pones arrogante.

—También lo sé.

Desayunamos entre bromas, recuerdos y ese tipo de comodidad que solo existe cuando conoces a alguien desde que es niño. Fui yo la primera en preguntar.

—Bueno…cuéntame, ¿qué ha sido de tu vida todos estos años?

Se recostó en la silla mientras se limpiaba los labios con una servilleta.

—Pues tampoco han sido muy emocionantes. Terminé la carrera, empecé a trabajar en el hotel; ahora soy el subdirector.

Puso voz solemne.

—Y allí tengo que ser el chico serio, responsable y elegante que todos esperan.

—Qué papelón.

—Durísimo y aburrido.

—¿Y de novias qué me cuentas? Porque tú siempre fuiste un ligón.

Y era verdad, desde críos causaba sensación por lo guapo que era y por el carácter alegre que tenía. En el pasado no había chica en Nerja que no se hubiera fijado en él. Todas las que le conocían habían intentado acercarse a él de una manera u otra. Se echó a reír.

—Oficialmente no he tenido ninguna.

—¿Oficialmente?

—Solo rollos esporádicos o relaciones como mucho de un mes, nada más.

—¿Y eso?

Se encogió de hombros.

—No creo que haya llegado la mujer de mi vida, sigo esperando y mientras tanto, pues, me he divertido.

Levanté una ceja lentamente.

—Bueno… cierta camarera creo que te está calando hondo.

Casi se atraganta con el café.

—No sé de qué me hablas —dijo desviando la mirada.

—Claro, y yo soy tonta.

Se pasó una mano por la nuca, nervioso.

—Vale, sí, me gusta Angy.

Sonreí de verdad.

—Es una gran chica, con un corazón de oro.

—Lo sé.

—Y tú le gustas de verdad.

Se quedó con la taza a medio camino de la boca.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho?

Negué con la cabeza.

—Porque tengo ojos y he visto cómo te mira; hace siete años que la conozco y nunca la había visto mirar así a ningún chico.

—Puede ser una percepción tuya.

—Te aseguro que no lo es.

Asintió sonriendo.

—Óscar.

Me incliné hacia él.

—Os conozco a los dos. Creo que podéis hacer muy buena pareja. No la dejes escapar.

Suspiró.

—Voy a intentarlo.

—Más te vale.

Hubo un silencio después de eso, de esos que no pesan, sino de los que son necesarios. Duró hasta que se puso serio y clavó su mirada en la mía.

—Ahora te toca a ti.

Hice una mueca, porque, aunque sabía que ese momento tenía que llegar, se me hacía cuesta arriba pensar en todo lo que tenía que contarle.

—Pues ya sabes, llevo trabajando con Richi desde que llegué a Málaga, primero en el pub, ahora en la discoteca. Tampoco he tenido pareja, solo algún rollo igual que tú.

—¿Y? ¿Alguno más especial que otro?

—No, nunca repito con ninguno.

—Qué romántico.

—No he querido implicarme con nadie.

Cogí la taza y di un sorbo antes de seguir.

—Tengo el corazón cerrado.

Óscar me miró como si acabara de decir la mayor tontería del siglo.

—Triana, soy yo. No me mientas.

Parpadeé.

—No lo tienes cerrado.

Señaló mi pecho.

—Lo tienes ocupado.

No dije nada. ¿Qué podía decir ante eso?

—Lo tienes ocupado desde que eras una cría.

Tragué saliva.

—Y lo ha ocupado siempre mi hermano; allí llegó y allí se quedará para siempre.

Bajé la mirada.

—Eso ya da igual.

—No da igual.

—Tiene pareja, tiene su vida hecha. Yo no entraba en esa vida entonces y ahora mucho menos.

Óscar carraspeó. Lo miré. Conocía todos sus gestos, todos sus sonidos y cuándo los hacía, y ese carraspeo me sonó: las cosas no son como piensas.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Óscar…

Me crucé de brazos.

—Nunca has sabido ocultarme nada. ¿Qué está pasando?

Se removió incómodo.

—No me corresponde a mí contarlo.

—Venga, no me jodas.

Cerró los ojos un segundo.

—Mi hermano y Sonia rompieron al día siguiente de la inauguración.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué? ¿Por qué?

Y entonces me resumió todo.

La discusión. La boda impuesta. El plan que Sonia confesó. Todo lo que sus padres habían maniobrado años atrás. Lo que Gorka dijo. Lo que sentía.

Le escuché quieta por fuera, pero ardiendo de rabia y dolor por dentro. Faustino siempre había sido un manipulador; eso lo sabía yo desde que era una cría. Él volvió tiempo después de abandonarles, haciéndose la víctima por las circunstancias.

Les enredó e hizo de todo para que Almudena le dejara volver a sus vidas; ella le dejó volver a ver a sus hijos porque no dejaba de ser su padre y le echaban de menos, pero a ella no consiguió recuperarla.

Mujer lista, pensé.

Y lo de Sonia me pareció de lo más rastrero. Había que ser miserable para conseguir a alguien a base de mentiras y trampas.

—Puedes quedarte tranquilo, esto no saldrá de aquí —dije cuando acabó de contarme toda la historia.

Asintió.

—Ahora volvamos a ti, que me has cambiado de tema y quiero saber de ti.

Se inclinó hacia mí.

—Cuéntame qué pasó entonces, dime la verdad.

Noté un nudo subir por la garganta.

—Me tienes que prometer que no te vas a alterar.

—Triana…

—Prométemelo.

—Lo prometo.

Respiré hondo.

—No es que lo tenga superado… pero he aprendido a vivir con ello.

Se puso tenso.

—Me estás acojonando.

Le miré a los ojos y se lo solté de golpe, sin rodeos.

—Mi madre me echó de casa cuando se enteró de que estaba embarazada.

Óscar se quedó blanco.

—¿Cómo que… embarazada?

Asentí despacio.

—¿Dónde está el niño? ¿Qué pasó?

Las lágrimas me llegaron antes que las palabras.

—Fui a buscaros porque no tenía a nadie. Estaba sola. Estaba embarazada y muerta de miedo.

Se llevó las manos a la cabeza y yo seguí hablando como pude.

Le conté la noche que pasé calada, cómo lo que parecía un catarro días después derivó en una neumonía, cómo acabé en el hospital. Me temblaba la voz. Óscar, llegados a ese punto, lloraba más que yo.

—Y allí… perdí al bebé, estuve tan grave que no aguantó.

El silencio tras mis palabras fue insoportable; Óscar se levantó y se arrodilló junto a mí.

—Lo siento… Dios, Triana, lo siento tanto…

Nos abrazamos llorando.

—Si hubiéramos estado… si yo hubiera estado… quizá estaría vivo.

Negué entre lágrimas.

—Eso no lo sabremos nunca.

Le acaricié la cara.

—No te castigues por eso. Yo no te culpo.

Tragué saliva.

—Tampoco culpo a Gorka de ello.

Cerré los ojos.

—Era algo que el destino tenía preparado para mí. No era el momento de ser madre, al parecer.

Me rompí del todo.

—Pero no por eso ha dejado de doler.

Lloré contra su hombro y él contra mi pelo.

—Porque durante un tiempo me aferré a él; era lo único que me quedaba de tu hermano.

Respiré hondo.

—Lo único que quedaba de nosotros.

Llamaron a la puerta y los dos nos separamos sobresaltados. Óscar se secó la cara y fue a abrir. Escuché pasos. Luego, silencio.

Levanté la vista y en la puerta del salón estaba Gorka con el ceño fruncido mirándonos a mí llorando y a su hermano destrozado.

—¿Qué está pasando? —preguntó en voz baja.

Óscar me miró primero a mí y después a su hermano. Y dijo lo inevitable, lo que me estaba temiendo que dijera desde que Gorka había entrado con él en el salón.

—Tienes que contárselo.

Yo negué apenas mientras me limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—Tiene que saberlo.

Me quedé quieta. Sin aire. Sin fuerzas. Sin una salida. Sin fuerzas. Y supe que había llegado el momento que más había temido desde que nos volvimos a encontrar.

Miré a Óscar y asentí.

Capítulo 25



Gorka

Abrí los ojos esa mañana y lo primero que hice fue resoplar. No recordaba la última vez que me había sentido tan cansado.

Cuatro días. Cuatro malditos días desde que lo había dejado con Sonia y parecía que habían pasado cuatro años.

Cuatro días en los que no había tenido el valor de volver a la discoteca, porque me daba vergüenza hasta mirar a Triana a la cara después de todo lo que me había enterado.

De saber que la había perdido, de que le había hecho daño porque me había dejado engañar y manipular por mi propio padre y por la arpía de Sonia.

Y no verla era lo que peor llevaba de todo.

Porque de mi cabeza no había salido ni de día ni de noche; me dolía pensar en verla, pero me dolía más no verla.

Vamos, que estaba hecho un lío y no sabía ni qué hacer.

Llevaba esos cuatro días durmiendo en una suite del hotel, comía cuando me acordaba, trabajaba por inercia y discutía con mi padre cada vez que coincidíamos en alguna parte del hotel.

Una vida maravillosa.

La casa seguía siendo mía, sí. Pero cuando volví aquella primera noche, Sonia estaba sentada en el sofá con una copa de vino en la mano, como si no hubiera pasado nada.

Cerré los ojos y recordé lo que me dijo nada más verme asomarme al salón.

—*Yo de aquí no me muevo* —me dijo cruzándose de piernas—. *Esta también es mi casa; ya se te pasará la tontería y volverás.*

No dije nada.

Antes de salir del salón me dijo algo que me hizo pensar que no estaba muy bien de la cabeza o que al que quería volver loco del todo era a mí.

—En tu despacho, antes de venirme a casa, te he dejado la lista de invitados para que la revises; creo que no me he olvidado de nadie, pero échale un vistazo de todas formas. Y también en tu agenda te he dejado apuntado el día y la hora a la que tienes la cita en la tienda de novios para elegir tu traje.

Me quedé con ganas de decirle que cuánto vino había bebido, o de preguntarle si se estaba drogando. Porque, cómo era posible que me dijera esas cosas, cuando esa misma mañana le había dejado bien claro que no quería que siguiéramos juntos y, por supuesto, si no estábamos juntos, la boda estaba descartada por completo.

Aunque para mí había estado descartada desde el primer momento.

Pero en vez de decirle lo que en realidad pensaba y provocar otra discusión que no nos llevaría a ninguna parte, fui a la habitación, hice una maleta con algo de ropa y me fui sin decirle ni adiós.

Esa fue la primera noche que pasé en el hotel. A la mañana siguiente, cuando Óscar me encontró desayunando en la cafetería del hotel, se sentó conmigo a tomarse un café y le conté lo que había pasado.

Insistió en que me fuera a su casa con él. Pero le dije que por el momento me quedaría en el hotel unos días y ya decidiría qué hacer.

Pero después de lo que me había pasado la noche anterior, en la que cuando llegué cansado de trabajar, ya que me había tocado atender a una pareja que iba a casarse en el hotel en unos meses y eran de esas que no se ponen de acuerdo ni en si se quieren casar por la iglesia o el juzgado.

Esas eran las peores porque lo que normalmente y con una reunión de una hora se resuelve y queda todo zanjado, con ellos se había extendido a cuatro, para no decidir apenas nada.

El caso es que llegué tan cansado a la habitación que en un principio entré mirando al suelo y no me di cuenta de que no estaba solo.

Pero cuando levanté la cabeza y me encontré a Sonia desnuda encima de la cama, me hirvió la sangre. Tenía cojones la cosa.

En siete años nunca había hecho una cosa así, que en otro momento pues sí que me hubiera gustado, para qué negarlo, pero que lo hiciera en ese, después de todo lo que sabía que había hecho, después de dejarlo y después de decirle que mi corazón siempre había estado ocupado por otra mujer.

Era, cuanto menos, vergonzoso.

¿Se me fue la cabeza? Pues un poco, lo reconozco.

Le tiré la ropa a la cara, le chillé, le dije que hiciera el favor de tener un poco de dignidad y le advertí que ni se le volviera a ocurrir hacer una cosa así; después de eso la eché de la habitación sin dejarla hablar siquiera.

Por eso, nada más irse, decidí que aceptaría la sugerencia de mi hermano y me iría a su casa unos días hasta que pusiera mi vida en orden.

Y no me fui la noche anterior porque sabía que mi hermano no estaría en su casa; sabía que, como todas las noches, estaría en la discoteca. Y no quería presentarme sin que estuviera él allí.

No porque me dijera nada cuando volviera y me viera allí, eso no, porque sabía de sobra que no le molestaría.

Pero aun así preferí esperar hasta que llegara la mañana. Y eso es lo que haría en cuanto recogiera todas mis cosas y desayunara en la cafetería.

Sabía que Óscar estaría en casa porque me había dicho que ese día se lo iba a tomar libre y que no vendría al hotel.

Me bajé del coche, cogí la maleta y, con ella cargado, llamé al timbre.

Los dos teníamos llaves de la casa del otro, pero solo para las emergencias, por eso no me pareció oportuno usarla. A saber, si mi hermano estaba con alguna mujer y me los encontraba a los dos, dale que te pego por entrar sin avisar.

No, eso sí que no, pensé sonriendo.

Óscar abrió la puerta y la sonrisa que tenía por haber pensado en mi hermano con el culo al aire junto a una mujer se me borró de un plumazo al ver la cara que tenía. Tenía los ojos rojos e hinchados, la cara pálida y el gesto roto.

Mi hermano no lloraba. Mi hermano aguantaba terremotos con una sonrisa. Y en ese momento estaba destrozado.

Se me retorcieron las entrañas y una preocupación enorme se me instaló en el pecho porque si estaba en ese estado era porque algo muy malo había pasado, pero ¿el qué?

—¿Qué coño te pasa?

No me contestó, solo me pidió con la cabeza que lo siguiera. Dejé la maleta apoyada en la pared de la entrada y le seguí hasta el salón.

Cuando entré en el salón y vi allí a Triana, me quedé paralizado.

Estaba sentada en el sofá con las manos pasándoselas nerviosa por las rodillas; tenía la cara llena de lágrimas y los ojos tan rojos como los de mi hermano.

Cuando levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos, en ellos pude ver todo el dolor y la angustia que estaba sintiendo en esos momentos; el mundo se me cayó encima.

—¿Qué está pasando? —pregunté en voz baja.

Óscar la miró primero a ella y después a mí.

—Tienes que contárselo —le pidió o más bien le rogó.

Triana negó mientras se limpiaba las lágrimas con la mano.

—Tiene que saberlo —insistió mi hermano.

Dudó, se lo pensó, vi cómo le pasaban mil cosas por la cabeza, pero finalmente se rindió y asintió con la cabeza.

Óscar cogió las llaves, la cartera y el móvil que tenía encima de la mesa, se lo guardo todo en el pantalón sin decir nada mientras Triana y yo le observábamos.

—Ya es hora de que os sentéis a hablar; los dos lo necesitáis.

—Óscar…

—Triana, es lo mejor.

Ella asintió.

—Me voy al hotel; si necesitáis algo, llamarme, tenéis comida hecha en la nevera y tu habitación está preparada.

Esto último lo dijo mirándome a mí directamente.

—Óscar, no hace falta que te vayas… es tu casa.

—Aquí estaréis más tranquilos y nadie os molestará.

—Gracias —dijimos los dos a la vez.

Dio dos pasos hacía la puerta, pero se paró antes de salir.

—Triana, yo me encargo de avisar a Richi de que hoy no vas a ir a trabajar.

Triana asintió y le dio las gracias con la mirada. Ahí sí que me asusté.

¿Tan malo era lo que tenía que contarme que nos iba a llevar todo el día? ¿O es que ella se iba a quedar tan mal después de hablar que no iba a poder ir a trabajar?

¿Dios mío, qué está pasando? Me pregunté una y otra vez.

—Chicos… no os dejéis nada dentro. —Con esas últimas palabras Óscar se marchó y nos dejó solos.

Capítulo 26



Gorka

Cogí aire y con cautela fui hasta el sofá y me senté al lado de Triana, que parecía que estaba temblando. Lo primero que pensé y lo que más me apetecía hacer en esos momentos era abrazarla.

Pero me contuve. No quería llevarme un rechazo por su parte, o molestarla.

La miré de reojo y se me retorcieron las entrañas; seguía preciosa incluso rota. Maldije a la vida porque le hubiera hecho algo tan malo que la tuviera en ese estado.

—Triana —susurré—, por favor, me está matando verte así.

Se llevó la mano a la boca para contener un sollozo.

—Nunca soporté verte llorar, ni siquiera cuando se te murió ese canario feísimo cuando tenías siete años.

Me miró de reojo.

—Se llamaba Mozart.

—Parecía una rata con plumas.

Se le escapó una risita entre lágrimas. Sabía que no era momento de decir tonterías ni bromear, pero solo quería que sonriera, aunque fuera un poco.

—¿Qué ha pasado? Dímelo, por favor.

Se quedó callada unos segundos que me parecieron eternos.

—Le he contado a Óscar por qué vine a Málaga.

Me quedé sin respiración. Ya tenía que ser malo si sin saberlo había roto de esa manera a mi hermano.

—Cuéntamelo a mí también.

Negó con la cabeza.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No.

—Sea lo que sea, estoy aquí contigo; por favor… necesito saberlo.

—Es que…

—Triana, si me odias, lo entiendo. Si no quieres verme, lo entiendo también. Si quieres pegarme o chillarme, hazlo, pero no me dejes fuera de esto, te lo ruego.

Se echó a llorar otra vez y entonces dijo algo que me partió el alma en dos.

—Vine porque mi madre me echó de casa cuando se enteró de que estaba embarazada. Esa noche llovía mucho y hacía frío; estuve acurrucada en un portal hasta que salió el sol.

Busqué sus ojos para que me confirmaran que lo que había oído era real.

—¿Qué…?

La pregunta se me quedó atascada en la garganta.

—Estaba embarazada de tres meses.

Sentí un golpe seco en el pecho. Joder, no se podía ser más cabrón que yo.

La dejé llevando un hijo mío en su interior. No solo la saqué a ella de mi vida, les saqué a los dos. Me fui sin mirar atrás y los abandoné.

—No…

Triana empezó a llorar de forma desgarradora.

—No tenía dónde ir, apenas tenía dinero, por eso fui a buscaros. No sabía qué hacer, tenía tanto miedo.

Me llevé las manos a la cabeza.

—Dios mío…

—Te vi con Sonia, y a Óscar a vuestro lado, y entendí que ya no pintaba nada en tu vida.

Negué una y otra vez.

—No, no, no…

—Me fui y busqué una pensión barata. Esa noche empecé a enfermar; haber estado calada y pasando frío me pasó factura.

Le tembló la voz, pero aun así siguió hablando.

—Los siguientes días busqué trabajo y dónde vivir. Pero el catarro no mejoraba, fue a peor. Unos días después acabé en el hospital con neumonía, estaba grave y allí…

Hizo una pausa y ya me temí lo peor.

—Perdí al bebé.

No podría deciros lo que sentí en ese momento. No fue dolor, fue algo peor.

Fue culpa mezclada con rabia, pena, amor, asco hacia mí mismo. Todo se mezcló y todo junto me destrozó por dentro.

Me doblé hacia adelante y caí de rodillas, comenzando a respirar como si me faltara el aire; en verdad parecía que el oxígeno no llegaba a mis pulmones.

Virgen santa… Un hijo. Habíamos concebido un hijo. Y yo, por dejarme manipular, no llegué a saberlo. La dejé sola, a los dos, les dejé solos a los dos; en la vida podría perdonarme una cosa así.

—Triana —murmuré roto—. Dios… mío… Triana.

No podía ni mirarla, es que no sabía si tenía derecho a hacerlo por la vergüenza de mí mismo que estaba sintiendo en ese momento.

—Lo siento… —dije con la voz quebrada—. Lo siento tanto que no sé ni cómo expresarlo.

Se secó las lágrimas con las dos manos y soltó un largo suspiro.

—No quiero tu pena, Gorka.

—No es pena, es horror, es saber que te fallé cuando más me necesitabas.

Me acerqué y con miedo alargué la mano para coger la suya. Esperé rechazo por su parte, pero este no llegó. En cambio, cuando mi mano tocó la suya, me la agarró con fuerza y tuve que cerrar los ojos al sentir un poco de alivio.

—Yo te amaba —susurré.

—No lo suficiente.

Esas palabras me atravesaron el pecho como una lanza, porque tenía razón. Porque se lo repetí tantas y tantas veces cuando estuvimos juntos, pero cuando llegó el momento de demostrarlo, no di la talla.

La miré con lágrimas en los ojos, esas que llevaba aguantándome desde que había empezado a contarme todo.

—Tienes razón, te amaba como un cobarde y el amor cobarde no sirve de nada.

Cerró los ojos y negó.

—Te necesité, Gorka, y no estuviste.

La frase la dijo con un hilo de voz, pero la oí perfectamente y esas palabras dichas con tanto dolor acabaron de romperme del todo.

Me acerqué de rodillas como estaba y me puse frente a ella, la agarré la otra mano y esperé a que mirara a los ojos. Lo hizo.

—No es excusa, pero me manipularon y yo me dejé.

—Óscar me ha contado lo que pasó.

Apreté un poco sus manos.

—Perdóname.

No dijo nada. Y eso dolió más que cien gritos o reproches. No pude aguantar más, bastante lo había hecho ya y rompí a llorar.

—Perdóname por no estar, por no luchar, por dejarme manejar. Por elegir el camino fácil. Por cada minuto que estuviste sola pensando que no me importabas.

Me soltó una mano y la subió a mi cara para limpiarme las lágrimas.

—Te quería tanto…

Cerré los ojos y negué con la cabeza.

—Estos años he estado más enfadada conmigo misma que contigo.

—¿Por qué? —me atreví a preguntar.

—Porque quería odiarte y mi corazón no me dejó hacerlo.

—Yo quise dejarte atrás y el mío tampoco me dejó.

Me miró y sonrió con tristeza.

—Óscar dice que tengo el corazón ocupado, que te metiste en él y que nunca vas a salir.

Por primera vez desde que habíamos empezado a hablar, sonreí de verdad; incluso solté una risita baja.

—¿Te hace gracia?

—No, no me río por eso.

—¿Entonces? —me preguntó confundida.

—Me río porque Óscar siempre fue el más listo de los tres. Él siempre vio cosas que nosotros no. A mí lleva años diciéndome lo mismo; siempre supo que mi corazón era tuyo, incluso cuando yo me lo negaba a mí mismo.

—Gorka…

—Triana, llevo amándote desde que éramos unos niños.

—Yo llevo queriéndote desde la primera vuelta en bicicleta que me diste.

Cerré los ojos y mi mente voló a aquel día.

—Tenías siete años, llevabas un pantalón azul con dos bolsillos en los laterales, una camiseta blanca con un gato horrible bordado delante. Llevabas dos trenzas porque era martes y los martes siempre te las ponías.

Noté cómo contenía el aliento.

—Ese día estuvimos una hora recorriendo Nerja los tres, Óscar en su bici roja y tú y yo en la mía. Estabas preciosa cuando sonreías y eso que te faltaban dos dientes. Siempre has sido guapa, pero cuando sonríes eres realmente preciosa, la más preciosa.

Abrí los ojos y, al mirarla, se me cortó el aliento.

Ahí estaba esa sonrisa. Esa que iluminaba todo, esa que siempre me dedicaba, aunque tuviera un mal día, esa de la que llevaba enamorado toda mi vida.

—Hay una cosa de todo lo que has dicho que es mentira.

La miré con una ceja alzada, porque no era verdad; todo lo que había dicho era realmente cierto, recordaba ese día como si no hubieran pasado años, sino apenas unos minutos.

Y lo recordaba bien porque ese día me fijé en ella de manera distinta al resto de los días.

Ese día le dije a Óscar al llegar a casa que Triana era preciosa. Él se echó a reír y me dijo: "Tampoco es para tanto". Pero sí que era para tanto, al menos para mí, porque desde ese día nunca había visto a otra que le hiciera sombra, ni en belleza ni en nada.

—Todo lo que he dicho es verdad, y lo sabes.

—No.

—Sí.

—Dime en qué crees que he mentido.

—No es que lo crea, es que lo sé.

Hizo una pausa y puso esa cara de pilla por la que mi hermano empezó a llamarla *Pecasombra*, porque lo que iba a decir era una liada de las suyas.

—El gato de la camiseta no era horrible, era un incomprendido.

La madre que la parió. Y que dijera que ya no era la misma; claro que lo era, seguía siendo mi niña.

Se acercó un poco a mí y me susurró al oído.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

Se me erizaron todos los pelos del cuerpo por su cercanía.

—Quiero que me cuentes todos tus secretos.

—De momento solo uno de ese día —dijo soltando una risita.

—Miedo me das.

Hizo como se lo pensaba y volvió a inclinarse contra mí para volver a hablarme al oído.

—Tengo guardada esa camiseta de recuerdo.

Me separé para atrás y la miré con horror. No podía ser cierto.

—No me jodas, dime que estás bromeando.

Negó con la cabeza a la vez que se reía.

—Pero si el gato, por mucho que tú digas que era un incomprendido, era feo de cojones, ¿por qué has guardado esa camiseta?

Se encogió de hombros.

—Me recuerda a ti.

—¿El gato deforme te recuerda a mí?

Soltó una carcajada.

—No, idiota, si tú de guapo que eres ofendes.

—Así que te parezco guapo, ¿eh?

Negó riendo.

—La guardé porque me recordaba a ti y al primer día que estuve entre tus brazos, aunque fuera montada en una bici y fuéramos unos niños.

Se me puso un nudo en la garganta.

—Joder, Triana…

—Es una chorrada, lo sé —me dijo avergonzada y agachó la cabeza.

Llevé la mano a su barbilla y le levanté la cabeza para que volviera a mirarme a los ojos.

—A mí no me parece una chorrada, porque si la tuya lo es, la mía también.

Me miró sin entender a qué me refería.

Ella tenía un secreto de ese día, pero no era la única y, ya que me lo había contado, yo iba a hacer lo mismo, para que se diera cuenta de que no era solo ella la que recordaba aquel día como algo especial.

Me eché la mano al pantalón y saqué la cartera. Abrí la parte de los billetes y saqué una goma de pelo que estaba bastante desgastada por el tiempo que había pasado y también por la cantidad de veces que la había tenido en la mano mientras cerraba el puño.

Extendí la mano y se la mostré.

—No eres la única que guarda algo de aquel día.

Vi reflejada la emoción en sus ojos al reconocer la goma.

—Mi goma —susurró, y asentí.

—Ese día llegué a casa con una trenza deshecha porque no llevaba la goma al final para sujetarla; pensé que la había perdido mientras íbamos a toda pastilla en la bici.

—Y así fue.

—¿Entonces? —me preguntó confundida.

Sonreí. Tomé aire y le conté cómo fueron las cosas.

Después de cenar y sin que lo supiera nadie, ni siquiera Óscar, me escapé de casa para buscar la goma. Recorrí todo el trayecto que habíamos hecho un par de veces y no me fui a casa hasta que encontré la goma, que estaba tirada en una esquina de una de las calles por las que habíamos pasado.

Le conté que al día siguiente pensé en dársela para que se sintiera bien porque sabía que se había ido a casa disgustada por perderla.

Pero que, como cuando volvimos a vernos, no volvió a decir nada de la goma y a refunfuñar porque la había perdido, me la quedé sin decir nada a nadie para recordar ese día y a ella. Y desde entonces siempre había ido conmigo; primero la tuve en casa y cuando fui adulto ya la metí en la cartera y ahí seguía desde entonces.

Capítulo 27



Triana

Me quedé mirándolo sin respirar.

Seguía arrodillado frente a mí, con la mano extendida en la que me mostraba aquella goma vieja que yo creía perdida. Pero no estaba perdida, sino en su poder, y él la había tenido durante dieciocho años, que se dice pronto, ¿verdad?

Para cualquiera que yo hubiera guardado aquella camiseta del gato feo y él esa goma, podía ser la mayor chorrada y niñería del mundo, pero para nosotros no lo era.

Era un acto. Una promesa. Una de dos niños que hicieron a escondidas del otro, demostrando que lo que nació ese día entre ellos, por muchos años que hubieran pasado y por muchas cosas que hubieran pasado, o la distancia y el distanciamiento que habíamos tenido, no habían conseguido acabar con aquello.

Sentí algo tan fuerte dentro del pecho que hasta dolió.

—Di algo —susurró.

Pero no tenía palabras. No existían palabras para explicar lo que se me estaba removiendo por dentro en esos momentos.

Ni para decir lo muchísimo que lo había echado de menos todos los años que habíamos estado separados. Ni para describir lo que sentía al verlo allí arrodillado ante mí, roto, siendo sincero y temblando por mí.

Así que hice lo único que se podía hacer en un caso así. Le agarré la cara con las dos manos y lo besé.

Al principio se quedó quieto, sorprendido por mi arranque.

Pero en cuanto pasé mi lengua por su labio inferior para que me diera acceso, me respondió al beso con una suavidad que me desarmó por completo.

No fue un beso urgente. Ni tampoco un beso con hambre como el que me dio en la discoteca. Fue un beso de regreso, de reencuentro, de añoranza.

En ese beso volvimos los dos lo mucho que nos habíamos echado de menos.

El tiempo se detuvo mientras disfrutábamos de ese beso que era hogar para los dos. Cuando nos separamos para coger aire, seguimos pegados, respirándonos el uno al otro; me miró como si fuera un milagro.

—Aunque me lleve toda la vida —dijo con la voz ronca—, conseguiré que me perdones por todo. Conseguiré que vuelvas a amarme como me amabas. Haré lo que haga falta. Te perseguiré lo que haga falta. Porque te amo más que a nada… mi niña.

Mi niña. Aquellas dos palabras me desarmaron por completo.

Hacía más de siete años que nadie me llamaba así. Porque nadie podía hacerlo. Porque, al igual que Óscar tenía en exclusividad el *pecasombra*, Gorka era el único que podía llamarme mi niña porque siempre dejó claro a todos que esas palabras eran suyas.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—No quiero que vuelvas a marcharte —le rogué.

Cerró los ojos un segundo como si esa frase le doliera, porque sabía el trasfondo que tenía.

—No pienso hacerlo.

—Y no hace falta que hagas mucho para que vuelva a amarte —confesé en voz baja—. Por muy dolida que estuviera. Por mucho que me enfadara. Por mucho que pasara, nunca he dejado de hacerlo.

Le vi emocionarse de una manera tan limpia que tuve que apartar la mirada un segundo para no volver a ponerme yo a llorar a mares otra vez.

—Pero no quiero seguir donde lo dejamos —añadí—. Aquello acabó mal, quiero que empecemos de cero, quiero construir algo nuevo sin olvidar los recuerdos que tenemos, esos que nos unen.

Se llevó una mano al pecho.

—Ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo.

Sonreí mientras seguía aguantando las lágrimas.

—No exageres.

—No exagero, quizás me he quedado corto y debería haber dicho del universo y no del mundo.

Se acercó más, casi rozando nuestros labios.

—Pienso dedicar cada día que me quede de vida para hacerte feliz. Todas las lágrimas que salgan de tus ojos van a ser de alegría, te lo juro.

—¿Entonces tenemos un trato?

—Tenemos un trato.

Me rozó la nariz con la suya mientras sonreía.

—¿Sabes que los tratos importantes no se sellan hablando?

—Ah, ¿no?

—No, se sellan así.

Me agarró por la nuca y pegó sus labios a los míos. Ese beso no tuvo nada que ver con el anterior, fue totalmente distinto.

Más profundo. Más cálido. Más ardiente. Más peligroso. De esos besos que hacen que la temperatura de la habitación suba a la misma vez que lo hace la de las personas que se lo están dando.

Como siempre, que Gorka me había besado, mi cuerpo se activó.

Mis partes bajas se humedecieron sin pedir permiso, al igual que hicieron mis pezones, que se pusieron tan duros que me molestaba hasta la ropa que llevaba por el roce.

Mis manos subieron hasta su nuca sin pensarlo y empezaron a jugar y a acariciar su pelo a la vez que mi cuerpo fue a su encuentro, pegándose mal a él para sentirlo más cerca.

Gorka me agarró por la cintura con seguridad. Llegó un momento en que el beso se volvió más urgente, despertando nuestro deseo y esa parte primitiva que todos llevamos dentro, en la que dejamos de ser razonables porque el deseo nos nubla el juicio.

Una de mis manos bajó por su mandíbula, acariciándole lentamente.

Seguí bajando por su cuello, por su pecho.

Pero la camiseta que llevaba puesta me impedía tocar su piel, que era lo que deseaba en ese momento, así que la bajé hasta el final y la colé por dentro para volver a subirla esa vez, ya tocando su pecho sin ninguna barrera.

Noté cómo se estremecía a mi tacto y sonreí contra sus labios.

—Yo también necesito acariciar tu piel —dijo separándose de mi boca.

Lo miré y sonreí. ¿Necesitaba tocarme? Pues no se imaginaba cuánto necesitaba yo que lo hiciera, pensé.

Y llegados ya a esas alturas, no pensaba ya contenerme, así que hice algo que no se esperaba y que hizo que sus pupilas se dilataran al máximo por el deseo que sintió.

Agarré el bajo de mi camiseta y me la saqué de un tirón y con un movimiento todavía más rápido me deshice de mi sujetador.

—Dios… Triana, ¿estás segura de esto?

Asentí. Porque claro que estaba segura, segurísima de hecho; necesitaba con urgencia que me tocara, que me besara todo el cuerpo como solía hacerlo, que me hiciera suya.

—Dímelo, necesito oírtelo decir, quiero estar seguro del todo de que esto es lo que quieres, porque una vez que te toque, no podré parar.

Su voz me hizo estremecer. La tenía totalmente ronca. Y yo sabía lo que pasaba cuando la voz se le ponía así; ya sabía lo que vendría a continuación.

Lo que le pasaba es que estaba totalmente excitado y con ganas de darlo todo, con ganas de disfrutar y hacerme disfrutar a mí.

Y joder, solo con pensarlo me humedecí más de lo que ya estaba, cosa que pensé que no era posible, porque si Gorka estaba excitado, yo estaba al borde del colapso.

—Hazme tuya.

Cerró los ojos sonriendo y disfrutando de mis palabras, esas que acompañadas de la mirada que le dediqué le acababan de dar permiso para que me hiciera no solo suya, sino que lo hiciera como, donde y de la manera que quisiera.

—¿Eso quiere decir que tengo vía libre?

—Totalmente libre.

Le dediqué una mirada sensual y añadí.

—Hasta mañana que vuelva Óscar, puedes hacer lo que quieras conmigo; quiero que me hagas recordar lo bien que se nos daba hacer esto juntos.

—No tienes ni idea de lo que acabas de decir.

Carraspeó.

—Siete años de ganas de ti acumuladas son muchos años. Mañana lo mismo, no puedes tampoco ir a trabajar, porque te voy a follar tanto y tan duro que no te vas a poder ni levantar.

—Fanfarrón.

—Ya veremos si sigues pensando que soy un fanfarrón mañana.

—Lo veremos…

No me dejó acabar la frase porque se inclinó contra mi pecho y cogió uno de mis pezones con los dientes mientras el otro me lo pellizcó con la mano.

Con eso llegó mi primer jadeo y su primera sonrisa maliciosa.

Besó, mordió y acarició mis pechos, dándose un buen festín con ellos durante todo el tiempo que le dio la gana.

Cuando le pareció suficiente, bajó su boca besándome por el abdomen, parándose unos segundos en mi ombligo hasta que llegó y se topó con la barrera de mis pantalones.

No preguntó. No pidió. Con un solo gesto de la mano me hizo levantarme un poco para arrastrar mis pantalones y de paso mis braguitas hasta sacármelos del todo.

—Reclínate en el sofá y abre las piernas; quiero verte bien.

Lo hice, como para no hacerlo, si estaba tan cachonda que mi cabeza solo era capaz de seguir sus órdenes sin oír o hacer caso a nada más.

Ya podría fuera estallar la peor de las tormentas que ni uno solo de los truenos habría oído; solo era capaz de oírle a él.

Se sacó la camiseta de un tirón. Después se retiró un poco hacia atrás y me observó durante varios segundos mientras se relamía los labios.

—Sigues siendo preciosa, y mía, toda mía.

Sin dejarme decir nada, se arrodilló más y hundió la cabeza entre mis piernas.

Solo con el primer contacto de su lengua estuve a punto de correrme; me contuve como pude porque quería disfrutarlo un poco más. Porque, joder, sabía de sobra lo bueno que era con la lengua y lo mucho que me haría disfrutar.

Y lo hizo, vaya que sí lo hizo. No dejó ni un solo pliegue de mi vagina sin lamer.

Primero torturándome con pasadas lentas, luego fue aumentándolas, parándose en mi clítoris para succionarle con fuerza. Cuando vio que estaba casi a punto, metí la lengua entera dentro de mí, dándome el mayor de los placeres mientras con sus dedos acariciaba mi botón una y otra vez.

Menos mal que no había vecinos cerca. El grito que pegué al decir su nombre, cuando tuve un orgasmo que me dejó sin aliento, les hubiera dejado sordos.

No se retiró de mí al acabar, no, con la lengua y sus labios no dejó ni una sola gota de mi esencia sin lamer.

—Totalmente deliciosa.

Le cogí la cara con las manos y tiré de él para besarlo. Sabía a mí. Sabía a lujuria. Sabía a promesas.

Bajé las manos a su pantalón y se lo desabroché. Se puso un momento de pie.

Él mismo se lo bajó, llevándose de paso también la ropa interior; cuando las prendas cayeron al suelo, las apartó de un tirón. Lo miré. Era imposible no hacerlo.

Me fijé en los cambios que había dado su cuerpo desde que hacía que no lo veía.

Con dieciocho años estaba para comérselo entero; siempre fue deportista, le gustaba correr casi todos los días y también ir al menos dos o tres días al gimnasio para estar en forma.

Pero ahora, con veinticinco, estaba para ponerle un monumento.

Su cuerpo se había definido mucho más, se había formado del todo, había dejado de ser el cuerpo de un crío para ser el cuerpo de un hombre.

Y qué hombre, Dios mío…

Me arrodillé en el sofá y llevé las dos manos a su pecho. Apoyé las palmas y fui bajando lentamente por todo su cuerpo, grabando en mi mente toda esa piel que, aunque era la misma en mis recuerdos, era bien distinta y necesitaba grabarme bien en la mente sus nuevas formas.

Bajé por su abdomen acariciando los abdominales que tenía muy marcados hasta que llegué a su miembro.

Lo acaricié de arriba abajo con las yemas de los dedos.

—Joder, Triana…

Dos pasadas más y me detuve en su punta para acariciarla haciendo círculos con mis dedos.

Le estaba torturando y lo sabía, los dos lo sabíamos. Cuando me pareció suficiente, lo agarré con firmeza con mi mano, haciendo la fuerza y la presión justa que sabía que le gustaba, y empecé a mover mi mano de arriba abajo con una rapidez medida para hacerle disfrutar.

Llevé mi otra mano a sus testículos y los acaricié y amasé para aumentar su placer.

Incliné mi cabeza y con la lengua di un lametazo en su punta. El gruñido que soltó me hizo sonreír.

Seguí masturbándole, aumentando un poco el ritmo y dándole lametazos a la vez hasta que me agarró de la muñeca para que parara. Levanté la mirada y fruncí el ceño.

—No quiero acabar así, al menos no esta vez.

Asentí entendiendo lo que quería decir; aun así, me lo dejó claro con sus siguientes palabras.

—Nuestra primera/segunda vez, quiero acabar dentro de ti, necesito acabar dentro de ti.

Me levanté y me puse de pie en el sofá, quedando un poco más alta que él.

—Hazlo, yo también lo quiero.

Me agarró por el trasero con las dos manos y, antes de besarme, me dijo:

—Agárrate a mí.

Lo hice, enrosqué mis piernas en su cintura y pasé mis brazos por su cuello para sujetarme bien. Conmigo cogida en esa postura, se acercó la cristalera que daba al jardín y me apoyó la espalda en el cristal, que, si estaba frío o no, ni me enteré.

—¿Preparada?

—Para ti, siempre.

—Perfecto, porque te voy a follar muy fuerte y muy duro como nos gusta a los dos.

Al oír eso, me lancé a sus labios a la vez que Gorka entraba en mí de una sola estocada.

No empezó suave; ninguno de los dos necesitaba eso, ni lo quería tampoco. Para hacerlo pausado y lento ya tendríamos tiempo.

Aquella primera vez, esa que era nuestro reencuentro, los dos necesitábamos volcar el uno en el otro todo el deseo contenido que llevábamos dentro, todo el dolor, toda la frustración y toda la añoranza que los dos habíamos sentido por el otro esos años que estuvimos separados.

Las embestidas fueron fuertes. Certezas. Sin control. Deliciosas.

—Más fuerte, estoy a punto —le pedí.

—Yo también…

Las últimas embestidas fueron brutales, frenéticas, pero también necesarias para hacernos llegar juntos al puto paraíso. Y no fue la única vez, fue la primera de muchas a lo largo del día y de la noche. Porque no dejamos de besarnos y de amarnos casi hasta el amanecer del día siguiente.

Capítulo 28



Triana

Un sonido insistente se coló en mis sueños.

Abrí un ojo. Solo uno. El otro se negó en rotundo a colaborar. Me removí en la cama y solté un quejido.

—Madre mía de mi vida y de mi corazón, me duelen hasta las pestañas —susurré.

Tenía el cuerpo destrozado. No había músculo que no me doliera; sí, hasta los pelos parecían doler. ¿Los pelos dolían? Me pregunté.

Triana, hija, deja de pensar chorradas, me reñí a mí misma. ¿Cómo van a doler los pelos? Estás tan dolorida que no piensas con claridad, me dijo mi mente.

Giré la cabeza con gran esfuerzo. Y con el ojo que tenía abierto, vi a Gorka a mi lado dormido tan tranquilo, como si el mundo no existiera. Y cansado, tenía que estar cansado también, eso seguro. Si no era así, después de la tarde y la noche de maratón de sexo que habíamos tenido, según él para recuperar el tiempo perdido, me haría pensar que siempre me mintió y que no era humano.

El sonido que me había despertado volvió a sonar y esa vez sí lo reconocí. El timbre de la puerta. Pues no sería yo la que se levantara a abrir, básicamente porque no podía casi ni pestañear, pues cuánto menos andar.

Alargué la mano y moví a Gorka por el hombro. Nada, cero respuesta. Segundo intento. Misma respuesta.

En el tercero empleé todas las fuerzas que tenía, que no eran muchas, y lo moví a la vez que lo llamaba.

—Gorka… Gorka.

Gruñó.

—Ahora no… déjame recuperarme.

Se me escapó la risa.

—No es eso, campeón, están llamando al timbre.

Silencio. Otro timbrazo. Más fuerte.

—Ve tú… —murmuró enterrando la cara en la almohada—. No puedo moverme.

—Ni yo, estoy muerta.

Entonces, el muy capullo, al oírme, se echó a reír.

Se incorporó despacio, apartó las sábanas y se levantó completamente desnudo. Caminó arrastrando los pies y cuando sacó medio cuerpo de la habitación, me tapé la cara entre divertida y escandalizada.

—Pero ¡dónde vas así, hombre de Dios!

Se paró en seco, se dio la vuelta y me miró con una ceja alzada.

—A abrir —me contestó tan cojonudo.

—¡Gorka, por Dios, que estás desnudo!

—¿Y?

—Que no sabemos quién es.

Negó con la cabeza, resignado, y se puso unos calzoncillos.

—Qué poco valoras mi look mañanero.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza a la vez.

—Tu look es inexistente.

—Y a ti te encanta, ¿eh?

Me guiñó un ojo y salió por la puerta.

Me levanté como pude, cogí la sábana, me envolví con ella y salí arrastrando los pies detrás de él. Quería ver quién era el valiente que tenía la osadía de despertarnos tan temprano. Necesitaba saber si le tenía que patear el culo o no; eso sería dependiendo de quién fuera, claro.

Llegué a la entrada justo cuando Gorka abrió la puerta. Era Óscar. Bueno, este se libra de las leches porque es su casa, que, si no, pensé.

Entró en el hall y se nos quedó mirando a los dos de arriba abajo y, después del escaneo, el muy capullo soltó una carcajada que retumbó en todo el hall.

—Pero bueno —dijo sin parar de reír—, ¿habéis estado en una guerra o qué?

Me apoyé en la pared y resoplé.

—Tu hermano tiene un problema serio —le contesté.

—Ah, ¿sí? Ilústrame, por favor —me pidió Óscar cruzándose de brazos.

—Que no sabe parar; a este ritmo no llego a Navidad, estoy reventadita.

Gorka hinchó el pecho como un pavo y Óscar se echó a reír todavía más fuerte.

—Pobrecita…

—No te burles, capullo, que me duelen las pestañas al respirar —dije poniendo un puchero.

—Ven, mi amor, que yo te doy un masaje para que te recuperes.

Gorka dio un paso hacia mí y, al verle las intenciones, levanté una mano y le apunté con un dedo de forma amenazadora.

—Ni te me acerques, déjame que me recupere.

—¿Y cuándo crees que pueda ser eso?

Puse mi cara de niña buena y los miré a los dos.

—Pues… yo creo que sé cómo puedo recuperarme rápido.

Me miraron expectantes, esperando a ver qué era lo que iba a decir.

—Lo mejor que me vendría ahora mismo y que estoy segura de que me haría recuperarme son unas tortitas.

A Óscar le dio tal ataque de risa que se le saltaron hasta las lágrimas y Gorka no dejaba de mirarme negando con la cabeza una y otra vez.

—Tienes un morro que te lo pisas.

—¿Pero…?

—Pero voy a hacerte una torre de tortitas que van a llegar al techo de la cocina.

—¡Sí!

Mi grito lo acompañé marcándome un bailecito, pero flojito porque no estaba yo para muchos trotes.

Gorka se acercó hasta mí sin que lo viera venir y de un solo movimiento me levantó en volandas y me cargó al hombro.

—¡¿Qué haces?! Bájame…

—Calla —me dijo dándome una palmada en el culo.

—¡En el culo no, capullo! Que eran de las partes que menos me dolían.

—Esta noche tendré que emplearme más a fondo y darte azotes más fuertes para que mañana te acuerdes de mí hasta cuando te sientes.

Óscar lloraba de la risa agarrándose la tripa al vernos de esa guisa.

—Vamos a la ducha en lo que mi hermano te hace las tortitas, caprichosa.

—¿Caprichosa? Pero si cuando he dicho tortitas, te han brillado los ojos, y te has relamido y todo. Seguro que estás pensando en cuántas te vas a comer y con qué las vas a untar.

—Me encanta que me conozcas tan bien que sepas hasta lo que pienso.

—¡Óscar! Si este tragaldabas llega antes que yo a la cocina, escóndelas, que no me deja ni olerlas —le chillé mientras Gorka me llevaba colgando boca abajo por el pasillo camino de la ducha.

Los dos estábamos muertos de cansancio, pero eso no nos impidió tener una ronda rápida en la ducha.

Tampoco era plan de que, encima de que el pobre Óscar nos estaba preparando el desayuno, encima tuviera que esperarnos porque nos liáramos ahí más de la cuenta.

El desayuno estuvo lleno de risas, bromas y pullas por parte de Óscar para los dos.

Estar así con ellos me hizo sentir como que no hubiera pasado el tiempo y estuviéramos otra vez los tres como cuando éramos críos y desayunábamos muchas veces juntos en su casa, riéndonos y pasándolo bien como en ese momento.

Antes de que Gorka me llevara a casa, mientras cogía las llaves del coche de la habitación, Óscar se me acercó y me dio un abrazo.

—Me alegro muchísimo de que hayáis arreglado las cosas; os merecéis un final feliz.

—Tengo miedo, Óscar —le confesé.

—Lo sé, pero también sé que nunca has sido una cobarde y que no dejarás que ese miedo te haga perderte las cosas buenas que están por venir.

—Te quiero… gracias por estar.

—Yo también te quiero y las gracias te las tengo que dar yo a ti por dejarme estar.

Nos fundimos en un abrazo que me hizo sentir en casa.

Esa noche la discoteca estaba a reventar. Como todas las noches, en realidad.

Música, luces, gente y yo detrás de la barra, en mi sitio, en mi terreno, en mi lugar, en ese en el que me encontraba la mar de a gusto.

—¡Triana! —me gritó Fer desde el otro lado de la barra.

Moví la cabeza para preguntarle qué quería.

—¡Que tienes a uno intentando ligar con el vaso!

Me fijé en el hombre que me estaba señalando y negué con la cabeza resoplando.

El hombre, todo trajeado, aunque más que un traje ya parecía que llevaba un saco arrugado encima, estaba hablando con el vaso de ginebra que tenía en las manos como si fuera su novia.

Negué con la cabeza. Me apoyé en la barra y me incliné hacia él para que me oyera.

—Oye, si te contesta, avísame, que igual abrimos una nueva línea de negocio.

El hombre parpadeó confundido. Aun con la música y todo, pude oír a Angy reírse a carcajadas.

—*Oootraaa cooopaaa* —me pidió sin poder hilar las palabras.

—Cojonudo estás tú para que te ponga yo nada más; anda, tira para casa.

Seguimos trabajando sin parar entre risas.

Otro cliente se acercó y, nada más verle la cara, ya supe que sería el siguiente en llevarse un zasca.

—Oye, guapa, ¿tú siempre eres así o hoy has venido con el modo borde activado?

Le miré con una sonrisa falsa.

—Hoy estoy de oferta. Si quieres el modo simpático, la copa sube dos euros más.

Fer casi se cae de la risa mientras el tío se quedó helado sin saber qué contestar.

A la media hora apareció otro al que conocía muy bien, por desgracia. Todos tenemos un día malo y se nos va la olla; pues a mí se me fue una noche con ese plasta.

—Vaya, vaya, sí es mi camarera favorita.

Le miré de arriba abajo.

—Y tú, mi error puntual.

—No fue ningún error.

—Para mí, sí.

Se inclinó un poco más.

—Podríamos repetir.

La carcajada me salió sola antes de negar con la cabeza.

—Sabes que yo no repito; creo que te lo dejé bastante claro aquella noche cuando me largué del hotel a la media hora de llegar.

Que el tío estaba bueno, había que reconocerlo, porque así era, pero todo lo que tenía de guapo lo tenía de torpe en la cama; dios mío, si no sabía ni por dónde agarrarme.

Le había dicho que había sido un error por ser buena porque la verdad es que fue un castigo; ni siquiera me hizo llegar y venía a querer repetir. Anda y que se fuera con viento fresco.

—No me diste tiempo a que te hiciera ver las estrellas.

Joder, ¿en serio acababa de decir eso? Pues sí lo había dicho, sí.

Gorka, que al parecer había estado detrás de mí oyendo la conversación, se apoyó con las dos manos en la barra y se inclinó hacia él de forma intimidante y le dijo con voz de ultratumba.

—Ni te lo va a dar porque ya tiene quien le da buenos viajes que la hacen ver el universo.

El tío me miró. Miró a Gorka. Volvió a mirarme a mí.

—¿Ahora tienes guardaespaldas?

Me encogí de hombros y con toda mi chulería le contesté.

—No, tengo criterio.

Fer soltó un ¡boom! desde el fondo, Angy una carcajada y Gorka me agarró de la cintura y me dio un beso que me dejó con las patas colgando.

Cuando volví en mí y miré al frente, el tío ya no estaba.

—Me encanta cómo te deshaces de los pesados —le dije antes de dejarle un pequeño beso en los labios y moverme por la barra para poner unas copas a un grupo grande de chicas que acababa de llegar.

—Voy a buscar a Óscar y a Richi; cuando cerremos, tú, yo y esta barra tenemos un asunto pendiente —me susurró al pasar por mi lado.

—¡Estaré contando los minutos ansiosa!

Alcé la voz para que me oyera porque ya había salido de la barra.

No me contestó, pero su mirada me lo dijo todo.

Fue algo así como: “Con ansias sí que te voy a devorar yo”.

Cuando cerramos, cumplió su promesa, dos veces; y desde esa noche ya no volvería a ver esa barra de la misma manera, de eso estaba segura.

Capítulo 29



Gorka

Había pasado un mes.

Un mes desde que Triana había vuelto a mi vida y puedo asegurar que había sido un mes fabuloso.

Todas las noches, excepto la que descansaba, las pasaba viéndola en la discoteca. Ella lo daba todo y era la reina del lugar, no solo porque yo lo dijera, sino porque lograba conquistar a cada cliente que iba.

Casi todas esas noches las habíamos pasado juntos. Unas en casa de Óscar, donde yo seguía viviendo, o en casa de Saray.

Durante ese mes hablamos muchísimo. De los años que habíamos pasado separados, de cómo nos sentimos con eso, de lo que esperábamos cada uno de nuestro futuro común, de todo un poco, vaya. Y no solo hablamos.

También paseamos, fuimos al cine, a cenar, a comer, a ver a mi madre a Nerja, con la que Triana siempre se había llevado bien, pero desde que se reencontraron se habían vuelto uña y carne y no había día que no hablaran, aunque fueran cinco minutos.

Y también pasamos muchas horas compartiendo cama, sofá, reservado, barra, ducha o cualquier sitio que nos viniera bien para dejarnos arrastrar por la pasión.

Un par de días después de volver juntos, Saray propuso una cena en su casa para que nos conociéramos oficialmente y pudiéramos charlar tranquilamente, ya que nos habíamos conocido el día de la inauguración, pero con todo el lío que había formado ese día, apenas cruzamos cuatro palabras.

Y lo mismo pasó con Jorge, al que mi hermano y yo conocimos ese día, pero aparte de los saludos protocolarios, poco más hablamos.

Esa cena se hizo un lunes, ya que era el día que la discoteca cerraba por descanso, para que así pudiéramos ir todos.

La cena fue estupenda. Ni Óscar ni yo nos sentimos fuera de lugar en ningún momento, ya que todos nos integraron como si fuéramos dos más del bonito grupo que tenían formado.

En esa cena me di cuenta de algunas cosas que luego Triana me confirmó.

La primera fue que entre Reyes y Richi iba a pasar algo y no tardando mucho.

Las miradas que se echaban el uno al otro eran de algo más que jefe y empleada, aunque a Richi se le veía prudente y estaba respetando los tiempos que Reyes necesitaba.

Como me dijo mi niña: "Está esperando a que mi hermana se dé cuenta de que la promesa que le hizo a mi madre de ser monja ni tiene ni pies ni cabeza, ya que una monja no se enamora, y si Reyes no lo está ya, solo le falta un paso para estarlo".

Y tenía razón porque solo le faltaba un último empujón para quitarse, como todos lo llamaban, los delirios monjiles de la cabeza.

Lo segundo que vi fue que entre Jorge y Fer había una atracción y una tensión sexual no resuelta que hacía que saltaran chispas cuando estaban juntos en la misma habitación.

Con ellos, Triana me dijo que los dos habían salido no hacía mucho de una relación y que lo pasaron tan mal que ahora tenían miedo de involucrarse con otra persona para no volver a sufrir.

Pero también me dijo que, entre Angy, Saray y ella, estaban trabajando en ello para darles el empujón que necesitaban.

Nos lo pasamos estupendamente todos. Reímos. Comimos. Contamos anécdotas que nos hicieron llorar de risa. Pero lo mejor que salió de esa cena, sin lugar a duda, y de lo que me alegré muchísimo, al igual que todos, fue que mi hermano dio un paso al frente con Angy.

En un momento de la charla, la sentó en sus piernas y la besó de tal manera que le dejo claro que quería estar con ella en serio.

Y ahí estaban juntos desde ese día. Conociéndose. Compartiendo momentos. Y empezando a construir algo que al menos yo no tenía dudas de que dejó sería para siempre.

Como he dicho, seguía viviendo en casa de Óscar, ya que lo del hotel quedó descartado.

Y no solo por lo que me pasó aquella noche que Sonia se coló en mi habitación, sino por las broncas con mi padre. No después de plantarme y decirles que no por primera vez en mi vida.

Aun así, algo no encajaba con ellos.

La primera semana después de dejarlo con Sonia fue un puto infierno.

Mi padre gritaba, presionaba, amenazaba y Sonia no dejó de aparecer ninguno de los siete días, y no paró de insistir, de suplicar, de llorar y de intentar volver a meterse en mi vida a toda costa.

Pero acabada esa semana, nada. Solo silencio. Por parte de los dos. Y eso era algo que me tenía mosqueado, porque no era normal que los dos hubieran cambiado su comportamiento tan de repente y encima actuando de la misma manera.

Mi padre estaba tranquilo, demasiado, y conociéndole como lo hacía, eso no auguraba nada bueno.

Y Sonia, de casi ponerse de rodillas para suplicarme volver, había pasado a una actitud fría, distante, como si algo hubiera hecho clic en su cabeza y hubiera aceptado de golpe.

Así que Óscar y yo estábamos mosca con ese comportamiento por parte de los dos, porque no era ni medio normal.

Estaba sentado en mi despacho revisando correos y cerré un momento los ojos para descansar la vista y se me vino a la cabeza una conversación con mi hermano de una semana antes.

—Te lo digo en serio, Gorka, algo están tramando.

Me dijo mi hermano una noche mientras cenábamos.

—Estás paranoico.

—No —dijo negando muy serio—. Y no me digas que tú no lo has notado porque no me lo creo.

Y sí, tenía razón. Lo había notado. Había notado algo raro en el ambiente, como si se mascarara la tragedia y algo muy gordo estuviera a punto de explotar.

Pero con lo bien que iban las cosas, no quería darle forma en mi cabeza, no quería pensar en ello, porque cuando algo huele mal, normalmente es porque está lleno de mierda y de esa ya había tenido bastante en los últimos tiempos.

Y no quería más.

Dos toques en la puerta hicieron que me sobresaltara.

—Pase.

La puerta se abrió y uno de los trabajadores del hotel, concretamente el perro faldero de mi padre, Samuel, asomó la cabeza.

—Gorka, buenos días.

—Hola, Samuel, ¿querías algo?

—Tu padre quiere que vayas a su despacho, quiere hablar contigo.

Mierda y más mierda, pensé. Demasiado había durado la tregua que al parecer me había dado esas semanas, porque si requería mi presencia en su despacho, seguramente no era para hablarme de nada de trabajo, era para volver a la carga.

—Tengo mucho trabajo, me pasaré en cuanto pueda.

No es que le tuviera miedo, es que no tenía ganas de una discusión tan temprano; por eso le había dicho eso a Samuel.

—Tino ya sabía que me dirías eso y me ha mandado con la contestación también.

Muy listo el cabrón, pensé.

—¿Y es?

—Que el trabajo puede esperar, que lo que tenéis que hablar es más importante.

Cerré los ojos y solté el aire despacio. Al parecer no había posibilidad de escaquearme de esa jodida conversación, pues bien, iría, discutiríamos y volvería al despacho lo más pronto posible.

—Ahora mismo voy.

—Bien.

Samuel asintió con la cabeza y se marchó cerrando la puerta tras venir a dar la orden de mi padre.

La orden, sí, porque que fuera a su despacho no había sido una petición, sino una orden disfrazada, como siempre.

Me levanté despacio del sillón, cerré el portátil y, sin ponerme la americana que colgaba del respaldo, salí del despacho con pocas ganas, o ninguna, y me dirigí al de mi padre.

A tres pasos de su puerta, Óscar, que estaba en ese mismo pasillo, se acercó a mí con pasos ágiles al ver dónde ibas.

—¿Vas a verlo?

—Me ha mandado llamar.

Óscar levantó una ceja y solo con ese gesto me dijo: "¿Se avecina tormenta o qué coño está pasando?"

—No tengo ni idea de qué es lo que quiere, pero le ha dicho a Samuel que me diga que deje el trabajo de lado, que lo que tiene que decirme es más importante.

—¿Papá ha dicho que hay algo más importante que el trabajo? La hostia, ya tiene que ser algo gordo.

Asentí. Porque Óscar otra vez, como casi siempre últimamente, tenía razón.

Para mi padre, el trabajo, el estatus y el dinero eran lo primero y más importante en su vida y no precisamente en ese orden, y si decía que debía dejar el trabajo, que lo quería hablar era más importante, era mala señal.

Como acababa de pensar mi hermano, se avecinaba tormenta, y de las gordas, de las que pueden llegar a ahogarte.

—Voy contigo, esto me huele muy mal y no pienso dejarte solo.

Asentí dándole las gracias, no porque fuera un crío que necesitara protección, sino porque antes de entrar tuve la sensación de que iba a necesitar que Óscar estuviera a mi lado.

Capítulo 30



Gorka

Mi hermano y yo nos miramos antes de abrir la puerta del despacho de mi padre y con la mirada nos dijimos: "Juntos, pase lo que pase".

Llamamos y, cuando mi padre nos dio paso, nada más entrar Óscar y nos miramos de reojo pensando lo mismo. Acabamos de entrar en la boca del lobo.

En su sillón, apoyado como si fuera un emperador, estaba mi padre y en el sillón de enfrente estaba Sonia. Sentada recta, seria, sin lágrimas como otras veces, sin drama reflejado en sus ojos.

Eso me descolocó y me acojonó al mismo tiempo.

—¿Qué está pasando? —solté, cruzándome de brazos.

Mi padre no respondió, pero pude ver cómo sonreía de medio lado.

Malo, muy malo.

Esa sonrisa era de las que solían poner cuando estaba tramando algo. Un sudor frío me recorrió la espalda. Que se volvió puro hielo cuando fue Sonia, sin rodeos, sin filtro y sin darme tiempo a prepararme, la que contestó.

—Estoy embarazada.

El mundo se detuvo, literalmente. Todos los sonidos a mi alrededor desaparecieron; solo quedaron tres: el de mi corazón bombeando a toda velocidad, el de mi respiración acelerada y el zumbido que se me instaló en la cabeza.

—¿Qué…?

La pregunta me salió a media voz.

—De casi tres meses —añadió sin titubear.

Casi tres meses… Empezó a faltarme el aire y las paredes del despacho empezaron a hacerse más pequeñas, como si quisieran engullirme.

Cerré los ojos unos segundos y lo primero que se me vino a la mente fue ella. Triana.

Su historia, su dolor, nuestro bebé, la noche que pasó bajo la lluvia, lo enferma que estuvo, la soledad, mi abandono.

Ese puto abandono que, si no hubiera existido, las cosas hubieran sido muy distintas.

El pecho se me apretó de tal manera que pensé que me caería allí mismo.

—No… —Murmuré pasándome una mano por la cara con desesperación—. No puede ser, no puede ser.

—Claro que puede ser.

Intervino mi padre con ese tono firme y autoritario que le encantaba cuando quería imponer su santa voluntad.

—Y ahora tienes que actuar como un hombre y cumplir con tus obligaciones —añadió dando un golpe con la palma de la mano en la mesa.

Óscar, con una cara de cabreo y destilando furia en su voz, dio un paso al frente y se enfrentó a mi padre alzando la voz.

—¡¿Actuar como un hombre?! ¿O hacer lo que tú quieres, como siempre?!

Mi padre se levantó de su sillón como si le hubieran empujado desde abajo con fuerza y se encaró con él.

—¡Tú cállate, esto no va contigo!

—Todo lo que vaya con mi hermano va conmigo —le contestó cortante.

Los oía discutir, pero mi mente estaba en otro sitio. No podía pensar con claridad, no podía apenas ni respirar porque en mi cabeza solo había una idea martilleándome con fuerza.

"No puedes volver a hacer lo mismo". Eso me repetía mi mente en bucle.

—No voy a abandonar a ese niño —dije al fin casi sin voz.

Mi padre se volvió furioso y me miró fulminándome con la mirada.

—Eso espero, porque esto no puede quedar así.

Dio un paso hacia mí de forma amenazante y siguió taladrándome la cabeza con sus palabras.

—¿Te imaginas el escándalo? ¿Una mujer sola, embarazada, a la que abandonas en ese estado después de siete años juntos?

Miré a Sonia, que desde que había soltado la bomba no había dicho nada más.

Sonia bajó la mirada como si estuviera muy afectada, pero me pareció, no sé por qué, pura fachada. Pero eso no podía ser así, que lo saqué rápidamente de mi mente y volví a mirar a mi padre.

—La boda sigue adelante —sentenció mi padre.

Óscar dio otro paso más hacia él.

—¡Ni de coña!

—¡Óscar! Te he dicho que te calles.

—No me sale de los cojones, no pienso dejar que le vuelvas a manipular y le jodas la vida.

—No te lo voy a repetir, cállate de una puta vez. Esto no va contigo.

Óscar dio la espalda a mi padre y me miró.

—Gorka, no le escuches, puedes ser padre sin casarte con ella. No dejes que te enreden de nuevo.

Sus palabras sonaron a ruego, pero llegaron tarde. Porque la duda ya se había instalado dentro de mí.

Y el miedo. La culpa. El recuerdo de Triana destrozada. El recuerdo de lo que perdimos. El recuerdo de lo que hice. El abandono. Y no podía volver a hacerle lo mismo a otro hijo mío, no podía hacer las cosas mal otra vez, no podía abandonar a la madre de mi hijo como hice la otra vez.

No podía dejar que pasara otra vez lo mismo.

—Gorka —insistió mi padre—, como comprenderás, la boda tiene que seguir adelante. Es lo correcto y lo sabes.

¿Lo sabía? En esos momentos no sabía ni mi nombre. ¿Era lo correcto? Puede que sí, o eso me decía mi cabeza. Pero mi corazón me chillaba otra cosa muy diferente.

Pero en esa ocasión él no podía ganar la batalla. Porque sí, se trataba de amar, pero no a una mujer, sino a un hijo, y ese hijo, siempre, por mucho que doliera perder lo demás, iba por delante de todo.

No respondí. No podía, al menos en ese momento.

Así que hice lo único que podía hacer hasta que me calmara y digiriera todo lo que acababa de pasar: me di la vuelta y salí del despacho.

Solo llegué a dar cuatro pasos cuando noté que le tiraban del brazo y me hacían girar de una manera un poco brusca.

Era Óscar.

—¿Qué cojones estás haciendo?

Apretó su mano un poco más fuerte en mi brazo y siguió hablando.

—No se te ocurra aceptar, Gorka.

—No puedo abandonarlo —dije con la voz rota.

—¡No estás abandonando a nadie!

—Óscar…

—Escúchame, joder.

—¿Qué? —le pregunté con cansancio.

—Puedes hacerte cargo, puedes estar ahí, puedes ser padre, pero no tienes que cargar con ella.

Me pasé las manos por la cara desesperado.

—No puedo volver a hacer lo mismo.

—¡Es que no es lo mismo! No es la misma situación.

Lo miré, pero no contesté, no sabía qué decir.

—No te das cuenta de que te está manipulando de nuevo, de que una vez más se está entrometiendo para dirigir tu vida.

—Pero esta vez no se trata solo de mí, el bebé…

—Él bebé tendrá un padre igual, ya sea que se case con una mujer que no quiere o que viva otra vida.

—Sabes que Sonia no va a aceptar eso y papá tampoco.

El cabreo que tenía subió de nivel y sus ojos echaron chispas. Dio un paso más hacia mí y se cruzó de brazos, seguramente para tener las manos ahí atadas y no darme las dos hostias que me merecía en ese momento para que espabilara.

—¿Y qué pasa con Triana?

Esa era la pregunta que me estaba yo haciendo desde hacía rato y a la que no quería poner respuesta. Porque estaba claro que con lo que tenía encima y lo que me iba a tocar hacer para no perder a mi hijo, iba a perderla a ella, otra vez.

Y no era justo, joder, no lo era. ¿Por qué tenía que ser el destino tan cabrón conmigo? ¿Por qué me la había devuelto si ahora me la iba a volver a arrebatar?

—No lo sé, Óscar, no sé lo que pasará con ella.

Los dos sabíamos que acababa de mentir, porque si sabíamos lo que iba a pasar, la iba a volver a perder.

—No tienes por qué perderla, no tienes que elegir, puedes tenerla a ella y a tu hijo.

Me reí sin humor.

—Sabes tan bien como yo que eso no es posible.

—Buscaremos la forma.

—No la hay, Óscar.

—Pero…

—Sabes que, si no me caso con Sonia, y no cedo a los mandatos de papá, harán lo que sea para joderme y la manera más fácil es arrebatarme a mi hijo.

Óscar me miró con tristeza. Porque sabía que las palabras que acababa de decir eran ciertas. No podía tenerlo todo.

Si me quedaba con Triana, perdía a mi hijo. Y si elegía a mi hijo, la perdía a ella.

Pero conociéndola como la conocía y después de todo lo que nos había pasado, sabía, por mucho que me doliera y por sorprendente que fuera, que ella, mi niña, sería la que mejor entendería la situación.

Porque ya sabía de antemano lo que me diría cuando le contara lo que estaba pasando y la encrucijada que tenía encima.

Me diría que me amaba, eso por descontado.

Pero también me diría que no tenía que elegir, porque ante un hijo no hay elección posible.

Él va por delante de todo y de todos.

—Me marcho —le dije a Óscar antes de empezar a andar por el pasillo.

—¿Dónde vas?

Giré la cabeza y le miré con lágrimas en los ojos.

—A perder por segunda vez a la mujer de mi vida.

—Gorka…

Negué con la cabeza.

—Óscar, cuídala, cuídame a mi niña, porque cuando acabe de hablar con ella hoy, te necesitará. Hoy será el último día que la vea; después de esto no podré volver a verla, no, sin morirme del todo por dentro.

Óscar, con lágrimas en los ojos, no fue capaz de decir nada, solo asintió y con la mirada me prometió que lo haría.

Capítulo 31



Triana

La música sonaba no muy alta, pero sí lo suficiente para que el ritmo me acompañara mientras me movía por la casa barriendo y fregando.

Hacía ya rato que me había quedado sola en casa.

Gorka había sido el primero que se había marchado esa mañana después de pasar otra noche a mi lado.

Desde hacía un mes que habíamos vuelto a estar juntos; casi todas las noches las habíamos pasado juntos. Unos días, al salir de la discoteca, acabábamos en casa de Óscar, donde él seguía viviendo, o bien en la de Saray, a la que antes de que se quedara la primera vez le había pedido permiso.

Ella me dijo que, si era tonta del culo por preguntarle una cosa así, y me dejó claro que esa era mi casa también. Y que Gorka, siendo mi pareja, podía venir cuando quisiera y pasar allí las noches que quisiera sin tener que pedirle ni permiso ni nada.

Como decía, Gorka era el primero que se había ido esa mañana, ya que esa noche había dormido allí conmigo.

Los siguientes en marcharse tras desayunar habían sido Saray y Jorge, que siempre lo hacían a la vez.

El motivo de eso era porque el colegio y la clínica donde trabajan ambos estaban bastante cerca y solían hacerse compañía por el camino, igual que a la vuelta, ya que sus horarios coincidían.

Exceptuando si Jorge tenía algún caso complicado y tenía que quedarse más tiempo o Saray tenía evaluación y tenía que quedarse ese día a comer allí y terminar su jornada por la tarde.

Y la última en marcharse, apenas una hora antes de ponerme a limpiar, había sido mi hermana Reyes para ir a trabajar en la discoteca, donde iba a limpiar todas las mañanas.

Y a ver a Richi. Sí, porque cada vez se le notaba más en la cara que mi hermana estaba interesada en mi amigo. Y él en ella, eso era más evidente todavía, ya que él no se cortaba en echarle unas miraditas que la hacían sonrojarse hasta la raíz del pelo.

Esta iba a caer como que yo me llamaba Triana; vaya que sí lo iba a hacer.

Miré hacia el techo y sonreí.

—Rosario, jódete allí donde estés, porque tu hija no va a cumplir su promesa de encerrarse en un convento de por vida, como la hiciste prometer; va a ser muy feliz con un buen hombre que la va a querer muchísimo.

No esperé respuesta. Joder, es que, si hubiera llegado una, me habría caído muerta allí mismo.

Me reí de mis propias chorradas mientras escurría otra vez la fregona para seguir pasando el suelo del baño, que era lo que estaba limpiando en ese momento.

Seguí moviendo las caderas al ritmo de la música mientras seguía dando un paso aquí y otro allí cuando el timbre de la puerta me hizo parar en seco.

Miré el reloj en mi muñeca y fruncí el ceño.

Eran las once de la mañana y no esperaba a nadie; al menos que yo supiera, tampoco tenía que llegar ningún paquete a esa hora.

—¿Quién será?

Dejé la fregona apoyada en el marco de la puerta y, antes de ir a abrir, paré la música del móvil que estaba apoyado en el lavabo.

Estaba llegando al hall cuando el timbre volvió a sonar con insistencia.

—¡Ya voy!

Abrí la puerta de un tirón y allí estaba mi chico. La sonrisa me salió sola al ver que era Gorka.

—¿Te has dejado algo?

No me contestó y tardó unos segundos en levantar la mirada; cuando lo hizo y vi sus ojos, mi sonrisa se fue tan rápido como había aparecido.

Algo había pasado y no era nada bueno; por su mirada me atrevería a decir que era malo, muy malo.

Se me retorció el estómago, porque, joder, las cosas nos iban muy bien. El mes que llevábamos juntos había sido maravilloso, pero al parecer algo había pasado y me dio en la nariz que eso se iba a ir a tomar por culo.

Me retiré a un lado y le dejé espacio para pasar. Lo hizo, pero sin mirarme y sin decir nada. Caminó unos pasos y se paró en el hall, se llevó las manos a la cara y se las pasó por ella en un gesto cansado.

Cerré la puerta y, temerosa, me acerqué a él.

—Cariño, ¿qué pasa?

Se quedó de espaldas a mí, ni siquiera se giró.

—Todo pasa, Triana, todo —murmuró.

El tono que usó no me gustó nada.

Era un todo entre derrota, desesperación, enfado, tristeza o una mezcla rara de todos ellos.

En dos zancadas me puse delante de él. Agarré su mano y, sin decirle nada, tiré de los dos hacia el salón. Parecía que le costaba hasta andar.

No se lo pedí, yo misma le empujé un poco y le hice sentarse en el sofá.

Me senté a su lado sin soltarle la mano.

—Venga, Gorka, no puede ser tan malo —dije intentando suavizar la situación.

No contestó, no se movió, parecía estar como en trance.

—¿Has discutido con tu padre? ¿Con Óscar?

Lo primero me parecía más probable que lo segundo. Aunque sí que era verdad que en las últimas semanas Faustino parecía haberse dado por vencido y había entendido que su hijo quería seguir su vida, una elegida por él y no una que le imponía.

Pero claro, conociéndole como le conocía, lo mismo había estado en silencio esos días y ahora podía haber vuelto con más fuerza a calentarle la cabeza o podía haber venido a imponer su voluntad otra vez.

A saber, porque con ese hombre todo era posible.

La segunda opción no es que fuera imposible porque en esta vida imposible no había nada, pero es que en los veintidós años que hacía que conocía a los hermanos no los había visto discutir nunca.

Riñas de hermanos, sí, muchas, incluso algunas que habían acabado dándose de zurrazos, pero que luego quedaban en nada y a los cinco minutos quedaban en nada.

Unos segundos después de mi pregunta, que se me hicieron eternos, por fin negó.

—No… no es eso.

Su voz destilaba tal desesperación y tristeza que me estaba poniendo de los nervios.

—Pues entonces dime qué pasa. Estoy aquí, ¿vale? Para lo que necesites.

Iba a añadir algo más, pero no me dio tiempo. Gorka se rompió. Nunca, nunca en mi vida había visto a Gorka llorar así.

No eran lágrimas contenidas. Era un llanto desgarrador, profundo, como si le hubieran arrancado algo por dentro. Era el mismo llanto que yo tuve cuando perdí a mi hijo, totalmente descontrolado.

Se me encogió el alma, el estómago y el corazón al verle así. Porque, joder, algo muy grave tenía que haber pasado. ¿A su madre? ¿A Óscar? Incluso a su padre o a Sonia, mil cosas y ninguna buena se me pasaron por la cabeza en décimas de segundo.

Los primeros segundos de su llanto me quedé paralizada sin saber qué hacer o qué decir o cómo reaccionar.

Así que dejé que mi cuerpo y mi corazón actuaran por mí.

Lo abracé fuerte contra mi pecho y Gorka, al sentir mi contacto, se aferró a mí como si necesitara que lo salvara, que lo levantara, como si necesitara sostén. Pues aquí estoy, no te suelto, dije en mi cabeza.

—Lo siento… lo siento… —empezó a decir entre sollozos—. Lo siento… lo siento… lo siento…

No dejaba de repetir lo mismo una y otra vez y yo, con solo oírle, me estaba rompiendo por dentro porque me destrozaba verlo así.

—¿Pero por qué?

Mi pregunta fue un susurro porque del nudo que tenía en la garganta apenas podía hablar.

Carraspeó.

—Gorka, mírame. Dime qué está pasando, por favor —le rogué.

Tardó unos segundos en poder hablar, segundos que, aunque se me hicieron eternos, le di porque los necesitaba. Cuando por fin levantó la cabeza y me miró para contestar, lo vi; estaba roto.

—Sonia está embarazada.

Sentí como si el mundo desapareciera bajo mis pies.

—¿Qué…?

—No puedo dejarla… —negó desesperado—. No puedo, Triana, no puedo abandonar a mi hijo, no puedo hacer lo mismo otra vez…

Cada palabra fue un golpe. Un golpe fuerte directo a mi corazón. Cada golpe me lo rompió por fragmentos.

—No podría vivir con esa culpa, no otra vez; no podría soportar dos veces la misma culpa.

El aire me faltó. Porque lo vi claro.

Otra vez la vida me lo quitaba, otra vez lo iba a perder. Y esta vez sí que iba a ser para siempre.

Cerré los ojos unos segundos, no para pensar, eso ya lo haría después, sino para intentar reunir las fuerzas necesarias para no romperme delante de él.

No necesitaba eso ahora mismo, necesitaba mi apoyo y mi comprensión y, por mucho que me doliera, era lo que tenía que darle.

—Lo siento… no puedo elegir, no puedo hacerlo, Triana. No sé qué hacer; haga lo que haga, elija lo que elija, pierdo.

Con esas palabras lo entendí todo.

Estaba roto porque no quería perderme, pero tampoco quería perder a su hijo y tenía dentro una encrucijada. Sin que me lo explicara, lo entendí: si elegía quedarse conmigo, conociendo a Sonia y seguramente a su padre, que también estaría metido en el ajo, lo que harían era castigarlo quitándole el derecho a ver crecer a ese hijo.

Tenían el poder, los medios, los contactos y la maldad necesaria para hacerlo.

Por otra parte, si elegía a su hijo, y no solo a él porque Sonia estaba segura de que entraba en el lote, me perdía a mí.

Mi corazón gritaba una cosa y mi cabeza otra. Pero yo no hice caso a ninguno de los dos; sabía que, por mucho que me doliera, que por mucho que me destrozara, era lo que tenía que hacer.

Porque cuando hay un hijo no hay elección posible; él siempre va por delante de todo.

Abrí los ojos. Llevé mis manos a su cara y se la sujeté para que me mirara a los ojos.

—No tienes que elegir —le dije suavemente.

—¿Qué…?

Le daría la salida fácil, la que necesitaba, la única posible.

—Porque yo voy a elegir por los dos.

Abrió mucho los ojos y me miró confundido. Tragué saliva.

—Vuelve a tu vida, Gorka, vuelve y haz lo que tengas que hacer.

Negó inmediatamente.

—Triana, no…

No le dejé hablar, porque si lo hacía, mi parte egoísta saldría a relucir y no era justo.

Puse un dedo en sus labios para que no hablara y me dejara hacerlo a mí.

—Un hijo está por encima de todo y lo sabes.

Hice una pausa y seguí.

—Yo lo sé mejor que nadie.

Sus manos, que estaban en mi cintura, me apretaron más fuerte, como si quisiera aferrarse a mí, como si no quisiera soltarme nunca. Pero eso no podía ser. Él lo sabía y yo también.

—No quiero perderte…

Lo digo con tanta pena que me mató, pero mantuve la compostura.

—Ya me perdiste una vez y sobreviví, sobrevivimos. Y lo haremos de nuevo.

Mentira, susurró una voz en mi cabeza, pero no la escuché, porque daba igual, era lo que había y punto.

—Quiero que seas feliz. Que formes una familia bonita, que no repitas errores, que vivas sin culpa.

Se hizo el silencio. Uno pesado, denso, doloroso.

Nos miramos e hicimos lo que teníamos que hacer: nos besamos. Fue un beso de despedida y los dos lo sabíamos. Fue un beso triste, con sabor a lágrimas y a final.

Cuando nos separamos, no dijo nada; yo tampoco. Ya estaba todo dicho. Lo que hizo después fue lo único que podía hacer: irse sin mirar atrás.

Capítulo 32



Triana

Cuando la puerta de la calle se cerró, ese sonido fue el que me dio el golpe final. Y no pude aguantar más, me rompí.

Caí de rodillas al suelo y el aire que había estado conteniendo salió de mi garganta en forma de un grito desgarrador que se mezcló con mis sollozos.

—¡No! ¡Otra vez no…!

Chillé. Lloré. Y maldije a la vida como hacía años que no lo hacía.

Dejé salir todo lo que había estado conteniendo durante el rato que habíamos estado hablando. Durante ese rato que me había hecho la fuerte, la valiente.

Pues en ese momento ya no me sentía así. Ni valiente. Ni fuerte. Me sentía dolida, enfadada, no con Gorka, sino con la vida; me sentía como una puta mierda, hablando claro.

Me sentía así porque sabía que lo había perdido y esta vez para siempre.

No sabría decir cuánto tiempo pasó.

Minutos. Horas. No lo sabía. No fui consciente del tiempo, ni de nada; estuve como en trance llorando sin parar y solo salí de él cuando unos brazos me rodearon allí mismo en el suelo donde seguía arrodillada.

Levanté la cabeza y vi a Óscar, que me miraba con lágrimas en los ojos.

—Triana… —su voz sonó rota.

Noté cómo alguien más se arrodilló a mi lado y me abrazaba también; giré la cabeza y vi a mi hermana.

Ella no se contenía como Óscar; ella, al verme como estaba, lloraba también, pero en silencio, soltando muchas lágrimas, pero ningún sonido, como si no quisiera molestarme.

Al sentirme así de protegida, lloré más alto.

—Eh… eh… ya está, tranquila —me susurró Óscar apretándome fuerte contra él.

—No llores más… —añadió mi hermana con la voz tomada.

Negué entre los brazos de los dos.

—Esto ya no tiene solución, ya no —murmuré.

En ese momento entraron Saray y Jorge, que venían del trabajo riendo.

Pero al vernos a los tres arrodillados en el suelo y a mí con la cara llena de lágrimas, a mi hermana de la misma manera y a Óscar conteniéndolas, se les cortó la risa de golpe.

—¿Pero qué coño pasa?

La pregunta vino por parte de Saray mientras venía corriendo hacia nosotros y se arrodilló a nuestro lado para agarrar mi mano.

Jorge no habló; su cara de preocupación al vernos lo decía todo. Avanzó con cautela y se sentó en el sofá que estaba justo a nuestro lado y esperó.

—He perdido a Gorka otra vez —dije con un hilo de voz.

Saray se llevó una mano a la boca, incapaz de decir nada; fue Jorge el que preguntó.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Miré a Óscar y le rogué que fuera él quien les contara todo.

Si estaba allí, era porque ya había estado con su hermano después de salir de allí y le había contado la conversación que habíamos tenido.

En un par de minutos y de manera rápida para hacerlo lo menos doloroso posible, les hizo un resumen.

—No puede ser, tiene que haber una solución, tiene que haberla, joder. La vida no puede ser tan puta contigo —dijo Saray enfadada.

No respondí porque sabía que no había ninguna y pensar lo contrario sería crearme falsas esperanzas.

Y eso sí que no. Lo mejor era encajar el golpe y seguir adelante, hecha una mierda, pero seguir.

Media hora después, cuando ya había conseguido calmarme un poco, estábamos todos sentados en los sofás con infusiones que Saray y Reyes habían preparado cuando llamaron al timbre.

Reyes fue la que se levantó a abrir. Dos minutos después volvió, pero no lo hizo sola.

Richi, Angy y Fer entraron y, sin decir ni hola, se acercaron con rapidez a mí y me dieron un abrazo. Por sus miradas vi que ya sabían lo que había pasado.

—Llamé a Richi cuando fui a la cocina —me confesó mi hermana, y asentí dándole las gracias.

La siguiente hora, la conversación entre todos fue tensa. Unos daban su opinión, otros soltaban improperios, no contra Gorka, sino contra la situación.

Yo durante ese tiempo no dije nada; como había dicho antes, ya estaba todo dicho, así que no participé en la conversación y solo contesté con monosílabos o asentimientos de cabeza cuando me preguntaron algo.

Saray sacó comida para todos, pero los platos seguían encima de la mesa apenas sin tocar.

El timbre volvió a sonar. Los miré confundida, porque allí no faltaba nadie y Gorka no podía ser, así que no tenía ni idea de quién podía ser.

—Llegan los refuerzos —dijo Óscar, que fue el que se levantó a abrir.

Los pasos de dos tacones contra el suelo nos hicieron a todos girar la cabeza hacia la puerta del salón y los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas cuando delante de Óscar vi entrar a Almudena.

Con la mirada hizo un barrido visual rápido al salón y cuando me ubicó, con pasos rápidos se acercó a mí. Me levanté del sofá de un salto y, sin decirnos nada, aunque tampoco hizo falta, nos fundimos en un abrazo.

Un abrazo que para mí fue más que necesario.

Que sí, que todos los que me habían dado ese día, todos los que estaban a mi alrededor, también lo habían sido, pero ese, el de Almudena, además de ser necesario, fue el que mejor me hizo sentirme.

Dicen que los abrazos de una madre pueden curar hasta el alma, y ella no lo era, pero para mí era como si lo fuera; al menos así la sentía yo.

Y no porque en los últimos meses, desde que nos reencontramos, me hubiera tratado como una hija, sino porque en el pasado lo hizo también.

Pasaba tantas horas con sus hijos y en su casa que nunca hizo diferencias entre ellos y yo.

Si había merienda, la había para todos igual. Si les compraba un helado, a mí también.

Y no solo por esos gestos la sentía así, sino porque en momentos claves de mi vida fue ella la que estuvo y no mi propia madre.

Ella fue la que estuvo el día que me bajó el periodo por primera vez, la que, al igual que a sus hijos, me dio una charla sobre sexo, la que si tenía un problema siempre me escuchaba.

En conclusión, estuvo como una madre cuando la mía no lo hizo.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién…?

No me dejó terminar la pregunta, se separó de mí y, después de darme un beso en la frente, me agarró la mano y se sentó en el sofá, tirando de mí para que hiciera lo mismo a su lado.

—Óscar me llamó en cuanto habló con Gorka después de que estuviera contigo aquí.

Miré a Óscar y le agradecí con la mirada que la hubiera llamado.

Sabía de sobra que no le había pedido que viniera; ella misma le habría dicho en cuanto se había enterado de todo que vendría.

—¿Has ido a ver a Gorka? Te necesita.

—No, ahora necesita estar solo.

En eso tenía toda la razón del mundo y, como buena madre que conocía a su hijo perfectamente, sabía al igual que yo que su hijo necesitaba unas horas para digerir todo lo que había pasado.

Y que seguramente para hacerlo estaría dando vueltas con el coche o andando por Málaga.

—Con la que se le viene encima, yo también querría estar solo unas horas pensando en todo —dijo Fer a nadie en concreto.

—No se le viene ninguna encima —contestó Almudena.

—¿Cómo que no? —le preguntó Jorge.

—Porque esto no se va a quedar así, no lo voy a permitir.

Óscar sonrió satisfecho por las palabras de su madre.

—Almudena, sabes que no hay nada que hacer; si no se casa con Sonia, perderá a su hijo. Ella y tu ex no permitirán otra cosa.

—Eso no va a pasar, mi hijo no se va a casar con esa manipuladora y mucho menos va a perder a su hijo.

—Eso sí es suyo —murmuró Óscar.

—¿Qué has dicho? —pregunté alucinada.

—Joder, yo también lo he pensado, pero no me atrevía a decirlo en voz alta —añadió Richi.

—Desde luego, un embarazo ahora es de lo más conveniente para que sus planes salgan como siempre han querido.

La reflexión de Angy nos hizo a todos mirarnos y pensar en ello.

—¿Pensáis que es mentira que está embarazada?

—Sí —me contestaron Fer, Richi y Saray.

—Yo más bien he pensado que sí lo está, pero que a lo mejor no es de Gorka.

—Estoy de acuerdo con Jorge —dijo Óscar.

—¿Pero os estáis oyendo? ¿Cómo se va a inventar un embarazo que no existe? Y lo que es peor, ¿cómo va a ser hijo de otro hombre y va a querer endosárselo a Gorka? ¿Se os va la olla a todos, o qué?

Mis preguntas salieron como balas de la boca, porque, joder, a mí en ningún momento se me había pasado una cosa así por la cabeza.

Que sí, que Faustino y Sonia eran unos manipuladores y que siempre querían salirse con la suya era un hecho, pero de ahí a hacer algo de lo que se estaba exponiendo en el salón iba un mundo.

Era imposible que llegaran a esos extremos, ¿no?

—¿Almudena? —dije pidiéndole ayuda, ya que era la única que no se había pronunciado al respecto.

—Conozco a mi exmarido mejor que nadie y, si lo que quieres saber es si sería capaz de ayudar a Sonia a tapar una infidelidad o de ayudarla si el embarazo es fingido, la respuesta es sí. Con tal de salirse con la suya y que se casen para quedar bien delante de todo el mundo, como eran sus planes, es capaz de todo.

Joder, me quedé a cuadros; si hasta Almudena, que era la más sensata de todos los que estábamos allí, pensaba eso, ¿qué podía yo decir ante una cosa así?

Nada, no podía decir nada y eso fue lo que hice, mantenerme callada.

Capítulo 33



Triana

Todos nos quedamos pensando durante un rato en lo que acaba de decir la madre de los chicos.

Porque si ella, que era la que mejor conocía a su exmarido, pensaba así, ¿qué podríamos decir los demás ante eso?

Vi en la cara de todos que se estaban haciendo la misma pregunta que yo, y alguna más ya de paso.

Óscar dio un paso al frente y supe que era él el que iba a romper el silencio, ese que nos estaba envolviendo y haciendo pensar demasiado.

—En todo esto hay algo que huele mal, que algo no encaja, algo que se nos escapa; llevo días diciéndoselo a Gorka.

Las palabras de Óscar no eran la primera vez que las oía. Porque era verdad que durante las tres últimas semanas en las que tanto Faustino como Sonia habían estado en silencio, él no había dejado de repetir a su hermano una y otra vez que estaban tramando algo.

Gorka le había dicho, en alguna ocasión incluso delante de mí, que estaba paranoico, que estaba viendo cosas donde no había nada. Pues al parecer sí que había algo.

De momento, un hijo. Y no sabíamos si había alguna sorpresa más que estaba esperando a ser descubierta.

—No puedo creer que sean capaces de algo así —murmuré.

—Lo son, de eso y de mucho más —me dijo Almudena.

—¿Y qué hacemos? Porque con la duda no podemos quedarnos —dijo Saray.

—Ni con la duda, ni si es todo mentira, dejar que Gorka vaya de cabeza al altar engañado —dijo Richi cabreado.

—Necesitamos descubrir si todo es verdad, que es una posibilidad que le ha venido como anillo al dedo, o, por el contrario, es todo una mentira que mandará a Gorka directo a una vida impostada —añadió Fer.

Un carraspeo de Reyes, que no había abierto la boca casi desde que había llegado, nos hizo callarnos a todos y mirarla.

Vi en sus ojos que, o sabía algo, o había visto algo que no se atrevía a decir.

—Habla —le pedí.

Cogió aire. Dudó. Abrió la boca y la cerró. Lo pensó unos segundos más, pero finalmente vi decisión en sus ojos y soltó algo que nos dejó a todos alucinados, petrificados, sorprendidos y a punto de que se nos explotara la cabeza.

—Un día fui a llevarle a Gorka el móvil que se había quedado en casa al hotel porque tú no podías ir, ¿lo recuerdas?

—Sí, ese día tenía dentista.

—Sí, ese día fue.

—¿Pasó algo ese día?

La conversación era entre mi hermana y yo; todos nos miraban expectantes sin atreverse a intervenir.

—Ese día vi algo que hasta ahora no le he dado importancia, pero desde que habéis empezado a hablar, algo me dice que es importante que lo diga.

—¿Qué viste?

—Que lo mismo, no lo vi bien, pero…

Vi el miedo en su mirada, pero no a decirlo, sino a pensar que lo mismo se estaba equivocando.

—Dilo, Reyes.

—Pues… cuando me iba, vi a Sonia y a Faustino en el despacho de él, y a la que pasaba, me di cuenta de que estaban en una actitud muy cercana.

—¿Cómo de cercana?

Noté cómo se ponía cada vez más nerviosa, pero la rogué con los ojos que siguiera.

—Estaban abrazados; él la agarraba por la cintura con una mano y con la otra le acariciaba el pelo. Pensé que ella estaría mal por lo que estaba pasando y él la estaba consolando.

—¡Hijo de puta!

El grito de Almudena nos sobresaltó a todos.

—¡Mamá! ¿Qué dices?

El grito de Óscar todavía sonó más alto. Todos miramos a madre e hijo con los ojos como platos. Y yo la que más.

Era la primera vez en la vida que oía decir a Almudena una palabra malsonante y encima una palabra tan fuerte y en voz alta.

Almudena era la corrección, el temple y la contención personificados; nunca perdía los papeles, nunca. En el pasado jamás la había visto alzar la voz cuando sus hijos liaban una trastada, por ejemplo, o cuando Faustino la cabreaba con alguna de sus exigencias.

Siempre pensaba, calculaba, respiraba y luego hablaba. De manera calmada y siempre tirando del diálogo en un tono de voz pausado.

Pero, como he dicho, gritar nunca. De ahí que estuviera alucinada mirándola, al igual que estaba su hijo; por eso él también la había llamado mamá en un tono más alto de lo normal.

Reyes, al ver la alteración de los dos, empezó a frotarse las manos, nerviosa, pensando que la había liado, que no era para menos, con la bomba que acababa de soltar. Porque no lo había dicho claro, pero todos entendimos por dónde iban los tiros de lo que había insinuado.

—Lo siento por haber dicho eso, seguramente he pensado lo que no era. Solo que… conozco a Faustino de toda la vida y nunca le había visto consolar a nadie; muy cariñoso no es. Pero claro, a Sonia la conoce hace muchos años y al parecer se llevan bien, así que…

Reyes, muy afectada, intentó recular al ver con la cara con la que todos la mirábamos, pero no sirvió de nada; ya había sembrado la duda y todos en ese salón nos estábamos preguntando lo mismo.

¿Qué cojones estaba pasando?

Almudena, al ver el mal rato que estaba pasando mi hermana, se levantó del sofá y se acercó a ella para hablarla directamente, mirándola a la cara y cogiéndola de una mano para hacerla sentir mejor.

—Reyes…

Mi hermana no era capaz de mirarla, ni a ella ni a nadie; solo miraba al suelo con la cabeza agachada, avergonzada.

Almudena con la mano la agarró de la barbilla para que levantara la cabeza.

—Gracias.

—¿Qué? —le preguntó confundida a Almudena.

—Que gracias por salvar esta situación, por salvar a mi hijo de una vida de mierda, por salvar a tu hermana de quedarse sin el amor de su vida.

Hizo una pausa y sonrió.

—Que gracias por ser tan observadora; al parecer, los años que has estado sentada en los bancos de la iglesia te han dado ese poder de ver cosas que los demás obviarían.

Lo último lo dijo con humor para hacer más liviana la conversación y hacer sentir a mi hermana un poco mejor.

—No entiendo nada… yo no he salvado nada.

—Sí lo has hecho, porque con lo que has dicho, nos has dado la clave de lo que está pasando.

—Ah, ¿sí? —preguntó Óscar, confundido.

Almudena cogió aire y pensó qué decir. Esa sí que era la Almudena que yo conocía, la que iba a decir las cosas como eran, aunque fueran duras, pero de manera calmada.

—Tu padre no ha consolado a nadie en su puñetera vida, no os ha dado un abrazo jamás, no es cariñoso, nunca lo fue, ni siquiera conmigo. Así que desde ya te digo que no estaba consolando a Sonia, por mucho que ella estuviera mal, ni aunque la hubiera visto llorar a mares lo hubiera hecho.

Óscar la miró confundido sin entenderla, pero los demás cruzamos una mirada con la que nos entendimos perfectamente.

—¿Qué estás queriendo decir, mamá?

—Joder, macho, pues está bien claro. Que tu padre se está tirando a Sonia.

Mira que era bruto Fer, ya podía haber tenido un poco de delicadeza y no soltarlo así. Que todos habíamos llegado a la misma conclusión, pero joder, soltarlo así de golpe, pues no estuvo muy acertado.

—¿Qué cojones dices? Eso no es posible, qué asco…

—Óscar…

—Ni Óscar ni nada. Dime, mamá, que tú no crees que eso sea posible.

Joder que es una niña a su lado, que podría ser su padre, coño que le dobla la edad.

La cara de asco que estaba poniendo Óscar al hablar era impresionante. Y los demás, al escucharle, estábamos sintiendo el mismo asco y rechazo ante la situación.

Y no solo porque sí, era cierto que había mucha diferencia de edad entre ellos.

No, por eso no, porque eso era en este caso lo menos importante. Lo que sí que lo era, y asqueroso. Además, era que Faustino se estaba tirando a la novia de su hijo y ella más asquerosa todavía, tirándose a un padre y a un hijo a la vez.

Aberrante, esa podría ser la palabra para describir esto.

Almudena soltó a mi hermana y se acercó a su hijo y le acarició el brazo para que se calmara antes de hablar.

—Hijo, conozco a tu padre mejor que nadie y no te puedo asegurar al cien por cien que es cierto eso que todos estamos pensando, pero estoy casi segura de que es así.

—Sí lo es, ¿cómo pueden ser tan cabrones de hacerle esto a mi hermano?

Me dio una pena horrible ver a Óscar tan afectado, pero también una ira desconocida para mí empezó a supurarme por todos los poros.

Porque, como fuera verdad que le estaban haciendo eso a mi chico, iba a arder Troya, además de que esos dos desgraciados no iban a tener Málaga para esconderse.

—Muy fácil, Gorka es la tapadera perfecta para ellos —añadió Angy.

—Mamá, ¿qué hacemos? Sí es cierto, será muy difícil demostrarlo y ellos no van a decir la verdad ni bajo amenaza.

La carcajada de Almudena llenó el salón y todos la miramos alucinados.

—Esto se acaba hoy, de eso puedes estar seguro. Y si es cierto, hablará; ya te digo yo que tu padre hablará.

—¿Cómo piensas conseguir eso?

—Siempre me guardé un as en la manga. Sabía que en algún momento de la vida me sería útil; creo que ha llegado la hora de mostrar mis cartas y ganarle la partida a tu padre para que os deje vivir vuestra vida en paz de una puta vez.

—¿Qué?

Almudena no le contestó.

Se giró hacia mí y me miró con una sonrisa que, si su hijo la estuviera viendo en esos momentos, le diría que tenía cara de *pecasombra*; vamos, que la iba a liar muy gorda.

—Lávate la cara y péinate, es hora de ir a buscar a mi hijo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y asentí dándole las gracias.

—Joder, cuando volváis, espero que nos hagáis un resumen completo. —El lado cotilla de Fer salió a relucir, haciéndonos reír a todos.

—Podéis venir si queréis, estamos en familia y la familia se une en las adversidades y las batallas.

Se me encogió el pecho y el corazón al ver que, tras las palabras de Almudena, ni uno solo se quedó quieto. Los que estaban sentados se levantaron de un salto y los que estaban de pie empezaron a caminar hacia la salida. Todos, sin excepción, quisieron acompañarme a recuperar a Gorka.

Capítulo 34



Gorka

No sabía ni el tiempo que llevaba caminando. Horas, quizás.

Desde que había salido de casa de Saray y después de llamar a mi hermano y decirle que se acabó, que había hablado con Triana y que la había perdido para siempre, eso era lo único que había hecho desde entonces: caminar sin rumbo.

Había pasado por calles que ni conocía. La gente pasaba a mi lado y ni la veía. Los coches pitaban y ni los oía. En mi mente solo había silencio y la imagen de Triana después de ese último beso que nos habíamos dado.

Triana… Otra vez la había perdido, esta vez por mi propia decisión o más bien la que ella me ayudó a tomar.

Entendiendo perfectamente que un hijo va por encima de todo.

Me pasé las manos por la cara, frustrado, y resoplé; ni sabía las veces que había hecho ese mismo gesto en las últimas horas.

—Joder…

Un hijo, coño, iba a tener un hijo, iba a ser padre.

Siempre había querido serlo, pero no era así como me lo había imaginado. En mi cabeza, estaba la imagen, iluso de mí, de que el día que me lo dijeran, sería uno de los más felices de mi vida, pues no había sido así. Y eso me jodía más que nada, porque mi hijo no se merecía que me sintiera roto porque viniera al mundo.

Que no me sentía roto por él, sino por lo que había desencadenado su llegada.

Había perdido a la mujer de mi vida, me iba a tocar casarme con una mujer a la que no quería y, si a eso le sumábamos que mi padre, como siempre, se iba a salir con la suya, me cabreaba todavía más.

Pero, pese a todo, estaba contento por ser padre, aunque no pudiera demostrarlo en esos momentos porque el dolor era mayor, mucho mayor que la alegría.

Era un dolor muy grande el que tenía dentro. Porque en el último mes en mi mente había hecho muchos planes. Yo quería un futuro con Triana, quería formar una familia con ella, quería una vida con ella, quería envejecer a su lado.

Y así de pronto todos esos planes y toda mi ilusión y felicidad se habían ido a la mierda con un solo chasquido de dedos.

El destino, o lo que coño fuera lo que marcaba el camino de la vida de las personas, me acababa de dar la mayor hostia de mi vida, y solo me quedaba agachar la cabeza, dejar que mi padre se saliera con la suya y seguir hacia adelante como pudiera, por el bien de mi hijo.

El móvil sonó en el bolsillo del pantalón con un mensaje. Lo saqué, pero antes de mirar la pantalla volví a resoplar. Como fuera otra vez mi padre o Sonia, iba a tirar el puto móvil con la próxima pared que me encontrara y lo iba a partir en mil pedazos.

Porque, joder, no habían dejado de insistir y de mandarme mensajes desde que me había ido del hotel y ya estaba harto.

Coño, no podían entender por una puta vez en la vida que necesitaba estar un rato solo.

Pues no, al parecer no lo entendían porque no habían parado ninguno de los dos de tocarme los cojones.

Giré el móvil apretándolo más de la cuenta, pero cuando vi en la pantalla el nombre de Óscar, respiré más tranquilo.

Óscar: *Ven a mi despacho, es importante.*

Resoplé. Otra vez.

Gorka: *No estoy para trabajo; mañana hablamos*.

La respuesta no tardó ni un segundo en llegar.

Óscar: *No es trabajo, es muy importante. Te puede cambiar la vida, ven, por favor.*

Fruncí el ceño.

Gorka: *¿Qué pasa?*

Óscar: *Por aquí no, ven.*

Me quedé quieto mirando el mensaje de mi hermano. Lo que fuera que quería decirme tenía que ser de verdad importante para, sabiendo cómo estaba, me pidiera que fuera al hotel.

No quería ir allí. No quería ver a mi padre o a Sonia, no en esos momentos.

Pero si Óscar me lo estaba pidiendo de esa manera… Dudé. Tragué saliva un par de veces. Y finalmente me decidí.

Total, si me cruzaba con ellos, les cortaría y les diría que no quería hablar más del tema y que me dejaran tranquilo un par de días hasta que pusiera mi cabeza en orden.

Gorka: *En veinte minutos estoy allí.*

Los veinte se redujeron a doce, de lo deprisa que caminé hasta allí.

Mi hermano había conseguido ponerme más nervioso de lo que ya estaba y quise llegar cuanto antes para saber qué estaba pasando.

Entré en su despacho sin llamar; no lo hacía nunca, pero en esa ocasión sabía que me estaba esperando y me pasé la educación por el forro.

Cuando levanté la cabeza nada más entrar, me quedé helado. Allí dentro estaban todos, y cuando digo todos, eran todos.

Óscar, Fer, Richi, Angy, Saray, Jorge, Reyes, mi niña y hasta mi madre. Todos se me quedaron mirando, ninguno sonreía, ninguno dijo nada, solo me miraban, con preocupación, con pena, con nerviosismo.

Di un paso más y cerré la puerta. Pasé la vista por todos; la tensión que tenían hacía que el ambiente en el despacho fuera casi irrespirable.

Mi madre fue la primera en moverse. Se acercó a mí y me abrazó con fuerza. Allí en sus brazos cerré los ojos y aspiré su olor a rosas, ese que siempre llevaba y que cuando me había dado abrazos reconfortantes como ese, olerlo siempre me calmaba, aunque fuera un poco, porque me hacía sentir querido, protegido, en casa, vaya.

—Mamá —susurré aun en sus brazos—. ¿Qué está pasando?

Se separó y me sonrió.

—Tranquilo, en un momento lo sabrás, todo se va a arreglar, confía en mí.

Sus palabras sonaron firmes, sinceras, convencidas, pero no muy esperanzadoras para mí.

—Sabes que no puedo echarme atrás; si lo hago, perderé a mi hijo. Ellos…

Me miró con firmeza y levantó la mano para pararme.

—Eso ya lo veremos.

Me tensé.

—¿Qué estáis haciendo todos aquí?

—Esperando a papá y a Sonia —contestó Óscar.

El corazón me dio un vuelco.

¿Qué coño estaba diciendo? ¿Iban todos a enfrentarse a mi padre? ¿O pretendían hacer otra cosa?

Muchas preguntas me pasaron por la cabeza y a ninguna le encontré respuesta. Así que busqué los ojos de la única persona allí que, sin hablarme, podría decirme algo y dar un poco de luz a la oscuridad en la que me encontraba en ese momento.

Un segundo, eso fue lo que tardé en encontrar los ojos de Triana. Y lo que me transmitieron me golpeó más que cualquier cosa de las que habían pasado ese día.

En ellos ya no había ni la tristeza ni la resignación que había unas horas antes; en cambio, había vuelto su brillo habitual, y también había ¿esperanza?

La interrogué, preguntándole o más bien rogándole que me dijera algo, pero ella solo me dijo: "Espera, mi amor".

Parpadeé, porque no era posible que me hubiera dicho eso.

Pero cuando vi su sonrisa, esa que ya no era triste, esa que ya no estaba rota, sino tranquila, segura, eso sí que acabó de descolocarme del todo.

Los siguientes tres minutos, que me parecieron tres horas, seguimos igual: nadie habló, nadie se movió, solo estaban allí, esperando, nerviosos, expectantes, ansiosos. Y yo el que más.

Llamaron a la puerta y todos contuvieron el aliento.

Bueno, todos no, porque mi madre sorprendentemente estaba de lo más tranquila; era como si fuera a entrar en una batalla en la que sabía de antemano que tenía ganada.

Mi padre y Sonia entraron y nos miraron a todos con el ceño fruncido.

—¿Qué cojones es esto, Óscar? ¿A qué viene este numerito?

Mi hermano fue a abrir la boca, pero no le dio tiempo; mi madre se le adelantó.

—Numerito ninguno.

Al oír a mi madre hablar en ese tono cortante, duro, un escalofrío me recorrió el cuerpo entero; en la vida la había oído hablar así.

—Numerito el que llevas montando tú toda la vida. Pero esto se acaba hoy, estoy harta, harta de ti y de toda tu mierda.

Joder con mi madre, daba hasta miedo.

Mi padre se tensó tanto que casi se le saltaron los botones de la chaqueta del traje.

—No sé de qué me hablas.

Mi madre soltó una risa seca a la vez que le fulminaba con la mirada.

—Ojalá no te hubiera conocido nunca —escupió ella.

—Lo único bueno que ha salido de ti son mis hijos. Y no voy a permitir que les sigas jodiendo la vida ni manipulándolos a placer.

Los demás ni pío decíamos, todos mudos viéndolos discutir.

—Yo no manipulo a nadie.

—Sí.

—No.

—Ah, ¿no? ¿Entonces qué estás haciendo con Gorka?

—Eso no es manipulación, es hacerle ver cómo es la vida. Ha dejado embarazada a su novia; tiene que cumplir, tiene que responsabilizarse, tiene que casarse.

Lo dijo como si fuera un discurso que se tuviera aprendido de memoria.

—¿Seguro?

Mi padre la miró molesto.

—Por supuesto.

Mi madre le miró sonriendo. Pero no era una sonrisa bonita. Era peligrosa, muy peligrosa.

—Pues vamos a comprobarlo.

Capítulo 35



Gorka

Mi madre se giró hacia Sonia.

—¿Estarías dispuesta a hacerte una prueba de paternidad?

Los ojos se me abrieron como platos. ¿Pero qué estaba diciendo mi madre? ¿Estaba insinuando que el niño no era mío?

—¿Qué cojones estás diciendo? —rugió mi padre.

—Me has oído perfectamente.

—No hay que hacer ninguna prueba, ese niño es de Gorka.

—¿Seguro? —insistió mi madre.

—Claro que sí, Sonia es una chica decente.

Mi madre soltó una carcajada que inundó el despacho.

—¿Decente? Decente es una palabra que os viene muy grande a los dos.

—Almudena…

Mi padre dio dos pasos hacia ella de manera amenazante, pero mi madre no se achantó; es más, se puso todavía más tiesa y le encaró.

Óscar y yo con una sola mirada nos entendimos y medio segundo después estábamos uno a cada lado de mi madre, no para protegerla, sino para que mi padre supiera que no estaba sola.

—¿Sabes lo que creo? Que si esta —dijo mi madre apuntando a Sonia, mirándola con asco—, se hace esa prueba, el niño tendrá genes de Gorka, pero…

Con asco, señores, yo flipaba ya en ese momento, porque mi madre jamás había mirado así a nadie.

—Pero ¿qué? —preguntó mi padre, cortándola.

Mi madre entrecerró los ojos y soltó una bomba tan grande por la boca que estuve a punto de caerme al suelo de la impresión; gracias a Dios, Óscar, que estaba pendiente de todo, me agarró por el brazo y me sujetó.

—Pero no tendrá los genes como padre, sino como hermano.

—¡Estás loca!

—Mamá, ¿qué estás diciendo?

Mi padre y yo hablamos a la vez, pero mi madre no me contestó, siguió mirándole a él como si tuviera enfrente al mismo demonio.

—¿Loca? No, loca no estoy, al menos no ahora; loca podía estar el día que me casé contigo, pero ahora estoy muy cuerda y sé perfectamente lo que estoy diciendo.

—¡Eso es mentira!

—No lo es.

—No te consiento que manches mi nombre ni el de ella.

—Yo no mancho nada, de eso te has encargado tú solito.

—¡Deja de calumniar!

El grito de mi padre lo tuvieron que oír hasta los clientes que estaban al otro lado del hotel.

—Os han visto.

—¿Qué coño dices? Eso es imposible porque entre ella y yo no ha pasado nada; esto son mentiras que te estás inventando para librar a tu hijo de su obligación.

Mi madre sonrió, se giró, nos miró a todos los demás, y en sus ojos vi algo que ya había visto en otros mil veces; tenía la mirada que ponía Triana cuando iba a liar alguna, cuando estaba tramando algo o cuando se iba a tirar un farol.

Tenía la mirada de *pecasombra*.

Se cruzó de brazos y, sonriendo, se giró otra vez para encarar a mi padre.

—Alguien que está en esta habitación os ha visto juntos, os ha visto abrazados, os ha visto besaros.

—¡¿Qué?! —pregunté.

—Que te lo explique tu padre, o Sonia.

—Yo no tengo nada que explicar.

—Claro que lo vas a hacer, o si no, atente a las consecuencias.

—¿Me estás amenazando?

—Sí, di la verdad aquí y ahora o esto verá mañana la luz y toda Málaga sabrá quién es Faustino Salas.

Mi madre sacó un sobre que tenía en el bolso y se lo tiró al pecho.

Mi padre la miró interrogante, abrió el sobre y, al ver lo que contenía, se le fue todo el color de la cara. Apretó el sobre con fuerza y todos vimos cómo su cabeza maquinaba a toda velocidad.

—¿Me estás chantajeando?

—He aprendido del mejor, y si piensas que no tengo más guardadas a buen recaudo como seguro, es que no me conoces ni un poco.

Todos seguíamos callados, mirando a uno y a otro como si de un partido de tenis se tratara.

El silencio que se había impuesto tras las palabras de mi madre de repente se rompió cuando Sonia se echó a llorar.

—¿Sonia? —me atreví a preguntar.

—¡Basta! ¡Ya basta!

—Sonia…

Cuando mi padre la nombró entre dientes, advirtiéndole con la mirada, el mundo se me cayó encima. Ahí me di cuenta de que lo que mi madre había insinuado o dicho entre líneas no era una sospecha, era una certeza.

Me giré hacia Sonia y, con los ojos echando fuego, di dos pasos hacia ella.

—Dime que no es verdad, dime que no has estado con mi padre a la vez que conmigo.

—Yo… yo…

—¡¿Cuánto tiempo?!

Silencio. Sepulcral. Horrible.

—Desde siempre —contestó mi madre por ella.

Sentí que me faltaba el aire. ¿Pero qué puta mentira había estado viviendo? ¿Con qué clase de mujer había compartido mi vida durante siete años? Y lo que era peor de todo: ¿qué clase de monstruo tenía por padre?

—¿Desde… siempre? —le pregunté a mi madre.

—Siempre vi algo raro, pero hoy me he dado cuenta de todo: que estuviera contigo ha sido la tapadera perfecta para que su relación no fuera un escándalo.

Las palabras de mi madre me golpearon con fuerza, me hicieron sentir un completo gilipollas y se me revolvió el estómago del asco que sentí.

Había perdido a Triana siendo el títere de mi padre para que tapara su sucio secreto de que estaba liado con una niña.

No se podía ser más hijo de puta que él, pero tampoco más ciego y más gilipollas que yo.

—¡¿Es verdad?! —le chillé a Sonia.

En ese momento vi cómo se rompía, cómo el peso que llevaba sobre los hombros se caía y cómo se rendía.

—Sí…

Mi padre explotó.

—¡Cállate!

—¡No! ¡No voy a callarme más!

Todos nos quedamos helados.

—Yo al que quiero es a ti —dijo mirando a mi padre—. Siempre ha sido a ti.

Tuve que aguantar como pude la arcada que me subió por la garganta. Pensé que se callaría después de decir eso, pero no, al parecer la caja de los truenos había sido abierta y ya no pensaba dejar ninguno dentro.

—Yo nunca quise estar con Gorka, acepté hacerlo porque era la única manera de estar cerca de ti, contigo. Llevo enamorada de ti desde los dieciséis años.

Siguió llorando y hablando y lo último que dijo fue el acabose.

—No quiero que nuestro hijo tenga un padre que no seas tú.

Dios mío… me estaba mareando y todo.

Me tambaleé. Pero no caí. Alguien desde atrás me agarró con fuerza por la cintura; sin verla, supe quién era.

Mi niña. A la que más necesitaba en estos momentos.

—Estoy aquí —me susurró.

—Triana…

—Lo sé, ahora mismo sientes que caes, pero estoy aquí y no pienso dejar que lo hagas.

Me agarró fuerte de la mano y me la apretó. Mi padre nos sorprendió a todos abriendo la puerta del despacho y salió de allí como alma que lleva el diablo.

Y Sonia, sin pensárselo, salió corriendo detrás de él. Los siguientes minutos nadie dijo nada.

—¿Cómo…? ¿Quién…?

Tenía tantas preguntas que no sabía ni por dónde empezar.

—Mi hermana los vio, solo abrazados, pero tu madre hiló todo lo demás.

Joder, Reyes… No tendría vida para agradecerle que estuviera en el momento justo y viera lo que había sido mi salvación.

—Gracias —le dije susurrando.

Ella asintió un poco avergonzada, pero sonriendo.

—Gracias a todos, por estar aquí, por el apoyo, por…

Se me rompió la voz porque, joder, tenía la cabeza que ya no podía más.

Entonces Triana hizo algo que me hizo sonreír, algo que era mío, algo que era yo el que se lo hacía siempre.

Con las yemas de los dedos en el interior de mi muñeca dibujo tres círculos perfectos para decirme sin palabras, solo a mí, que me quería.

Levanté la mirada y la miré para que viera en mis ojos que yo también la quería más que a nada.

Y pese a todo lo que acababa de pasar, pese a todo lo que acababa de descubrir, sentí paz a su lado, me sentí mejor que nunca, porque todo sería una mierda, pero de toda esa mierda salía algo bueno, lo mejor.

Que podría estar con ella para el resto de mi vida. No me lo pensé ni ella tampoco.

No sabría decir quién dio el primer paso, si ella o yo, o los dos a la vez, pero un segundo después los dos estábamos besándonos como si la vida se nos fuera en ello.

Los silbidos, los aplausos y los sollozos de algunos llenaron el despacho.

—Joder, qué día más intenso —dijo Óscar.

—Este final se merece unas copas y unos bailes para celebrarlo —dijo Richi riéndose—. Vamos a la discoteca.

—Vamos, yo necesito al menos tres cubatas y bailar al menos una hora, tengo el cuerpo lleno de adrenalina de enfrentarme a ese cabrón —añadió mi madre haciendo reír a todos.

—Mi niña… te amo.

—Yo también te amo, para siempre.

Capítulo 36



Triana

—Ya no queda nadie, nosotros nos vamos.

—Hasta mañana —contestamos Gorka y yo al mismo tiempo a Óscar y Angy.

—Termina la copa tranquilo; voy a decirle a Richi que cerramos nosotros, que se vaya si quiere.

Pasé por su lado mientras hablaba, pero no me dejó seguir.

Me agarró por la cintura y tiró de mí para besarme. Fue un beso corto, pero para mí, fuera corto o largo, si venían de él, siempre me sabían a lo mismo, a hogar.

—No tardes —me contestó al soltarme y ya de paso me dio una palmada en el culo.

No me quejé.

—Espero que luego en casa me des unas cuantas más de esas —dije con descaro.

—Te vas a levantar mañana con el culo como un tomate.

—Mientras me lo beses después para calmármelo, no hay problema.

—Entera te voy a comer a besos —dijo levantando las cejas.

Me eché a reír negando con la cabeza mientras salía de la sala para ir al despacho de Richi.

Por el camino sonreí al pensar en todo lo que había pasado en los seis últimos meses.

Seis meses que se nos habían pasado volando. Seis meses desde aquel día en el que nos separamos por la mañana y nos juntamos por la tarde en el despacho de Óscar con la promesa final de un beso después de todo lo que se descubrió, de no separarnos jamás.

Ese mismo día Óscar y Gorka dejaron el hotel para no volver. No habían vuelto a hablar con su padre ni querían tampoco.

Y es que después de lo que había hecho, era difícil que le perdonaran alguna vez. Ellos no sé si lo harían, pero desde luego la que no lo haría jamás sería Almudena.

El dolor que siente una madre cuando le hacen daño a un hijo es algo muy difícil de perdonar y de eso Faustino había hecho bastante.

Almudena se liberó, se despachó y se quedó muy a gusto diciéndole a su exmarido todo lo que le dijo aquel día. Por más que le habíamos preguntado qué contenía ese sobre que le enseñó a Faustino, no había soltado prenda.

Siempre nos decía lo mismo, que era mejor que no lo supiéramos, que ver los excesos y las andanzas de un desgraciado en foto no era plato de buen gusto.

Pero vamos, que con esa respuesta no hacía falta ser muy listos para saber que en esas fotos seguramente salía él haciendo cosas poco, ¿cómo decirlo?, ¿decentes? Sí lo dejaremos así, por no usar otras palabras más fuertes.

De la que no habíamos sabido nada tampoco en ese tiempo era de Sonia; los rumores decían que ella y sus padres se habían mudado al norte y, cuando el río suena… pues ya se sabe, es que agua lleva.

Sí, eso era cierto y era verdad que se había marchado; era porque Faustino le había dado la patada y, sinceramente, y pensándolo en frío, la pobre chica me daba pena.

Porque se había enamorado siendo una niña de un hombre que era un cabrón que nunca había querido a nadie que no fuera él mismo.

Pero bueno, así estaban las cosas y no podíamos hacer más.

Almudena, con la que me llevaba cada día mejor, un mes después de aquel día nos dio la gran sorpresa y, después de tantos años en Nerja, se lió la manta a la cabeza y se vino a vivir a Málaga para estar más cerca de nosotros, nos dijo, y encantados que estábamos.

Vuelvo a sonreír más fuerte esta vez pensando que, joder, los seis meses nos han dado mucho de sí porque ha habido muchos cambios.

El primer mes seguimos viviendo cada uno por su lado, yo en casa de Saray y Gorka con su hermano.

Pero el segundo se presentó en la discoteca una noche un poco más tarde de lo habitual y, cuando le vi, le pregunté qué le había pasado, porque era raro, ya que él no solía hacerlo.

Con una sonrisa en la cara me contestó que había tardado porque había ido a por las llaves de nuestra casa.

Me quedé a cuadros porque no me esperaba una cosa así. Pero cuando me dijo que había vendido la que tenía y que había comprado una mucho más grande para nosotros y la familia que formaríamos y que si aceptaba irme a vivir con él ese mismo día, no pude negarme a decir que sí.

Ni loca lo hubiera hecho.

Los que también dieron un paso al frente habían sido Fer y Jorge, que por fin una noche, con un par de copas de más que les ayudaron a soltarse, acabaron en la pista bailando y besándose, y ahí estaban juntos desde entonces.

Saray seguía sola, pero me daba en la nariz que sería por poco tiempo porque cierto profesor que había llegado nuevo al cole la hacía suspirar por los pasillos, aunque ella lo negara.

Tiempo al tiempo.

Pero sin duda la mejor sorpresa de esos últimos seis meses nos la habían dado hacía tan solo dos semanas Óscar y Angy cuando en una de esas cenas en las que nos juntábamos todos rotando de casa en casa, nos dijeron que iban a ser padres.

No había sido buscado, un patinazo, dijeron. Pero que estaban encantados y nosotros igual, joder, que iba a ser tía. Eso me tenía loca de contenta.

Llegué al despacho de Richi y abrí sin llamar, y vamos, sería la última vez que se olvidaría llamar a una puerta por ir recordando cosas. Me quedé petrificada en la puerta. Mi hermana estaba sentada encima de la mesa con la falda subida y Richi tenía la cabeza entre sus piernas.

—¡Hostias!

Mi hermana giró la cabeza a toda velocidad al oírme y se llevó las manos a la cara totalmente avergonzada.

Richi, con toda la parsimonia del mundo, sacó la cabeza de entre sus piernas y se limpió la barbilla con la mano. Dios… mío… qué asco, pensé.

Me miró y, al ver mi cara, se echó a reír el muy capullo.

—¿Así es como te levantas el hábito? Joder con la monja.

Me había pasado y sabía que mis palabras avergonzarían más a mi hermana, pero coño, la situación era tan tentadora para hacer esas bromas que no me pude resistir.

—Oye, que la monja venía con premio y lo estaba buscando.

—Ya lo veo, ya. La fe mueve montañas, o bragas en este caso.

La carcajada de Richi me hizo unirme a él riéndome igual mientras mi hermana se bajaba de la mesa murmurando que no salía más de casa en su vida.

—Venía a decirte que podéis iros, que Gorka y yo cerramos.

—Vale, pues nosotros nos vamos.

—Sí, sí, iros, y hazla que rece antes de dormir.

—Cállate ya, Triana —me rogó mi hermana.

—Vale, ya me callo, por hoy —la advertí.

Ya sin cortarse, salieron por la puerta del local agarrados de la mano y yo me di la vuelta, todavía un poco alucinada, para volver al lado de Gorka.

—¿Qué te pasa? Parece que has visto un fantasma.

—Un fantasma no, pero a un demonio con la cabeza metida debajo del hábito de una monja sí.

Gorka se quedó pensando unos segundos y, cuando entendió mis palabras, se echó a reír.

—Ya era hora, mucho han tardado.

Pues sí, ya era hora, pensé yo también. Y aunque había sido raro encontrarlos así o más bien impactante, no podía estar más contenta por ello. Al fin mi hermana había tirado a la basura la promesa que hizo e iba a vivir una vida junto a Richi muy feliz; de eso estaba segura.

Gorka se levantó del taburete y me agarró la mano.

—Ven conmigo —dijo tirando de mi mano.

—¿Dónde?

—Confía en mí.

—Siempre.

Llegamos a la zona de los reservados, abrió uno de ellos y me pidió que pasara primero.

Al ver lo que había preparado allí, los ojos se me llenaron de lágrimas.

Todo el reservado estaba lleno de pétalos de rosas; en la mesa había una cubitera con una botella de champán y junto a ella una cajita pequeña abierta que mostraba un anillo de oro blanco precioso.

Me di la vuelta para decirle algo y un jadeo se me escapó de la garganta y no pude hacer otra cosa que llevarme las manos a la boca.

Estaba arrodillado esperando a que me volviera.

—Gorka…

Tenía la garganta tan seca que apenas me salían las palabras; solo pude decir su nombre y malamente.

—No puedo esperar más. No quiero perder ni un segundo más sin hacer esto bien. No quiero estar más tiempo sin tenerte como siempre he querido.

Alargó la mano y cogió el anillo de la caja.

—Mi niña, ¿quieres casarte conmigo?

Las lágrimas que llevaba conteniendo desde que había entrado empezaron a caerme por la cara sin control.

Me arrodillé temblando como estaba y le agarré la cara con las dos manos.

—Sí… Claro que sí. Llevo soñando con esto desde que tenía diez años.

Me colocó el anillo a toda prisa en el dedo anular y, sin esperar más, me envolvió entre sus brazos para besarme.

En ese beso volcamos todo. Pero sobre todo el amor que ambos sentíamos el uno por el otro, que era uno infinito.

El aire del reservado enseguida subió varios grados, igual que lo hizo nuestra excitación. Las prendas fueron cayendo poco a poco, una suya, una mía, hasta que nuestros cuerpos quedaron desnudos por completo.

—Dios, Triana… eres preciosa.

—Tú estás para mojar pan.

Su risa contra mi cuello me hizo cosquillas y me removí contra él.

Sus manos estaban por todas partes acariciándome; no se dejó ni un solo centímetro de mi cuerpo sin tocar.

—No puedo aguantar más, necesito que me hagas tuya.

—Esas palabras son música para mis oídos.

Cuando vi que me iba a tumbar en el sofá, no le dejé; lo empujé por los hombros y lo senté en el sofá para sentarme encima de él a horcajadas.

Fui bajando poco a poco sobre su miembro mientras nos besábamos.

—Dios, Triana, cada vez es mejor… qué gustazo.

Me moví arriba y abajo, adelante y atrás, sin parar, buscando mi propio placer mientras también le daba el suyo.

Me agarró las caderas cuando vio que aceleraba el ritmo.

—Sí… sí…

—Qué bueno…

Jadeando nuestros nombres, tan solo un par de minutos después llegué al clímax, arrastrando conmigo a Gorka, que llegó también mientras gruñía mi nombre.

Cuando recuperamos el aliento y nuestros corazones dejaron de bombear a toda velocidad, nos tumbamos en el sofá abrazados. Gorka me acariciaba el pelo y yo a él el pecho, haciendo círculos en su piel con mis dedos.

—¿Sabes una cosa? —le dije bajito.

—Dime, amor.

—Que si tuviera que volver a sufrir tu ausencia durante siete años, lo haría. Solo por llegar aquí, solo por volver a encontrarte.

Bajó su mano a mi muñeca e hizo los tres círculos de siempre para decirme nuestro te quiero.

—Y yo volvería a buscarte siempre.

Nos miramos y, como siempre desde que éramos solo unos niños, con la mirada nos dijimos: "Te amo y te amaré siempre".

Epílogo



Triana

Cinco años después…

—¡No, papá, así no!

La voz chillona protestando de nuestro hijo Mateo me hizo dejar de colocar los platos que estaba poniendo en la mesa para comer y mirarlos a él y a Gorka a ver qué era lo que estaba pasando.

Gorka estaba mordiéndose los labios para no echarse a reír y no pude evitar soltar una risita.

Nuestro pequeño de tres años estaba subido en una silla de pie mientras mi marido le sujetaba por la cintura y estaba de lo más concentrado intentando explicarle a su padre cuál era la mejor manera de cortar el pan para después poner los trozos en el cestillo.

—A ver, campeón, enséñame tú.

—Así, papá, así es como se hace, ¿lo ves?

Mateo más que partirlo estaba aplastándolo, de ahí que Gorka se estuviera aguantando la risa.

—Sí lo veo, serás un chef de primera, igual que papá.

En el momento que le dijo eso, me miró y me guiñó un ojo.

¿Mi respuesta? Ponerle los ojos en blanco, porque mi marido hacía muchas cosas bien, pero la cocina no era lo suyo y que tuviera el valor de decir que era un chef de primera clamaba al cielo, vamos.

—¡Ya estamos aquí, familia!

Mateo se olvidó del pan en cuanto oyó a Óscar, que acababa de cruzar la puerta.

Pero mi hijo no corrió hacia su tío, sino que fue directamente a por su prima Carol, que había entrado cogida de la mano de Angy, ya que mi cuñado traía en brazos al pequeño Manuel.

—Carol, vamos a mi habitación, tengo cromos nuevos.

—Yo también traigo los míos para cambiar.

Los dos echaron a correr y ya nos pudimos olvidar de niños en al menos media hora.

—Vaya cara traéis, cualquiera diría que no habéis dormido —les dije a los dos que parecen dos zombis.

—¿Qué pasa, hermanito, que habéis tenido jarana toda la noche?

En ese momento, otro latigazo me cruzó el vientre, pero nada; yo seguí a la conversación y me di la vuelta para disimular.

Llevaba así desde el amanecer, pero no le había dicho nada a nadie. Con el parto de Mateo, desde que empecé con las contracciones hasta que el niño nació, pasaron dieciséis horas, así que buena gana de abrir la boca y que Gorka se pusiera de los nervios.

Y de paso me pusiera a mí de los nervios, con sus preguntas y su histerismo.

Óscar se sentó en la silla con cansancio y Angy hizo lo mismo en otra a su lado.

—Sí, eso mismo, de jarana hemos estado, pero no en la que estás pensando ni en la que nos gustaría.

—Manuel está con los dientes y menuda noche nos ha dado, no hemos pegado ojo —añadió Angy.

Otro latigazo, ese ya fue más fuerte.

¿A ver si esta vez va a ser más rápido y al final iba a tener a la niña en casa? Me pregunté un poco preocupada al ver que la cosa iba en aumento.

Puse las últimas cosas que quedaban para empezar a comer encima de la mesa y por fin me senté en la silla al lado de Gorka.

Empezamos a comer y la conversación fluyó como siempre, casi toda en torno a los niños, aunque yo no participé mucho; con controlar la respiración y disimular ya tenía bastante.

—¿Triana?

Levanté la vista del plato, el que apenas había tocado; más bien había dado vueltas a la pasta de un lado a otro, para mirar a la cara a Óscar.

—¿Qué?

—Eso digo yo, ¿qué?

Óscar, que me conocía muy bien, entrecerró los ojos y me apuntó con el tenedor.

—Nada —contesté demasiado rápido.

—No me jodas y me digas que nada, tienes esa cara.

—¿Qué cara? —le pregunté haciéndome la tonta.

—La de *pecasombra*. ¿Qué estás liando?

Gorka, al oírle decir eso, giró la cabeza con rapidez y me hizo un escaneo completo, parándose en mis ojos buscando respuestas.

Óscar nunca fallaba cuando me llamaba así y si lo había dicho era por algo.

Coño, claro que era por algo, como que llevaba horas de parto y no había dicho nada.

—¿Mi niña?

Resoplé y no solo porque me dio otra contracción, sino porque me habían pillado y ya no podría ocultarlo más; no dejarían de insistir ninguno de los dos hasta que hablara.

—¿Qué?

—¿Qué estás liando?

—Joder, no estoy liando nada, lo que estoy es muriéndome de dolor —contesté entre dientes.

Silencio. Un segundo. Lo que Gorka tardó en reaccionar.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo que te estás muriendo de dolor?!

—Relájate y no chilles, solo estoy de parto.

—¡¿Solo?! —gritó.

—Gorka…

—¿Desde cuándo estás así?

Mierda… Me quedé callada, mordiéndome el labio.

—Por cómo se encoge con cada contracción, yo diría que lleva horas así.

"Muchas gracias, amiga", le dije con la mirada a Angy, fulminándola a la vez.

Se encogió de hombros, pero me pidió disculpas con la mirada.

—¡¿Horas?! Dime que no es verdad.

—Entonces no te lo digo.

—La madre que te parió, llevas horas así y no has dicho nada, venga, vámonos.

Gorka se levantó de un salto y me ayudó a levantarme para marcharnos.

—Nosotros nos llevamos a Mateo a casa, y recogemos esto; llámanos en cuanto la niña haya nacido.

—Lo mismo no llegamos a la esquina.

Los tres me fulminaron con la mirada.

—Joder, qué susceptibles estáis, solo era una broma.

—¿Crees que es momento de bromear?

—Si no bromeo, te dejo sordo a chillidos. ¿Qué prefieres?

—Bromea, bromea todo lo que quieras —me contestó Gorka mientras me ayudaba a montarme en el coche.

—Eso pensaba.

El trayecto en coche fue un espectáculo.

Yo jadeando. Gorka sudando.

—Gorka, baja la velocidad; al final nos multan.

—¡Pues que nos multen, pero no puedo bajar! ¡Está naciendo!

—No está naciendo todavía, aún falta un rato.

Con mi contestación pareció que se quedó un poco más tranquilo, aunque poco.

Cerré los ojos y me apoyé en el asiento.

Entre contracción y contracción no pude evitar pensar en todo lo que habíamos vivido los últimos cinco años.

Cinco años maravillosos. Los mejores de mi vida.

Lo primero que se me vino a la mente fue nuestra boda, solo dos meses después de que Gorka me pidiera que me casara con él en uno de los reservados de Vértigo. Él no quiso esperar y yo tampoco, para qué decir lo contrario.

Fue una boda íntima, solo rodeados de nuestra gente, sin florituras. Pero la boda, al menos para mí, fue más bonita y perfecta de lo que podía haber imaginado. Sobre todo, fue muy emotiva, porque ese día nos prometimos muchas cosas, pero lo más importante fue que no nos íbamos a soltar nunca más.

Solo un año después de esa boda llegó para ampliar nuestra felicidad nuestro pequeño Mateo, aunque en un rato dejará de ser el pequeño cuando nuestra pequeña Macarena llegue al mundo.

Los siguientes en llegar a mi cabeza fueron Angy, mi amiga y compañera, y por supuesto mi hermano del alma, Óscar, ese que a día de hoy seguía siendo mi hermano de corazón.

Ellos no se habían casado, decían que no lo necesitaban, que lo suyo estaba más que claro sin papeles de por medio.

Tenían a su hija Carol de casi cinco años y al pequeño Manuel de apenas ocho meses y seguramente se plantean no tener más hijos o eso dicen ellos; ya se verá.

En los siguientes que pienso son en Fer y Jorge; solo con imaginarlos, la sonrisa me sale sola al ver la bonita pareja que hacen. Ellos se casaron un año después que nosotros y, madre mía, la que se formó en esa boda fue de aúpa.

Solo diré que, al final del día, los dos acabaron en calzoncillos en la barra, en mi barra en Vértigo, de pie bailando.

En esa boda todos conocimos al que hoy en día es el marido de Saray y con el que tiene un niño de dos años al que llamaron Pablo. ¿Quién es su marido? Pues ni más ni menos que Yeray, el profesor que llegó nuevo a su cole y por el que suspiraba por los pasillos.

Entre suspiro y suspiro y entre café y café, Yeray se coló en el corazón de mi amiga y así de felices estaban ahora.

Almudena es la siguiente.

Ay… mi suegra o mi madre de corazón, como me gustaba llamarla. Ella había sido en estos cinco años la madre de todos, y la abuela de todos los niños también, sin hacer diferencias en si llevaban su sangre o no.

La adoramos todos, pero yo mucho más, por lo mucho que me ha apoyado y ayudado en el camino de mi vida.

De Faustino seguimos sin saber nada y, por lo que parece, así será para los restos.

Como sabéis, mi marido y mi cuñado dejaron el hotel y por allí no habían vuelto a pisar. Con Vértigo y Sombra, la otra discoteca que abrieron unos meses después de casarnos, eran felices llevando todo y poniendo copas si hacía falta y no echaban de menos el hotel ni un poquito.

De la que sí tuvimos noticias fue de Sonia; solo de pensar en ella se me encoge el corazón.

Solo fue una cría que se enamoró del hombre equivocado y a la que él manejó a su antojo. Lo peor de su historia y lo que todos sentimos muchísimo cuando nos enteramos es que perdió el bebé.

Los últimos que se me vienen a la mente son mi monjita Reyes y mi gran amigo Richi, ahora ya su marido.

Su marido, sí. Se casaron hacía ya tres años y también me habían hecho tía, y por partida doble porque tenían dos gemelas de dos años, Rocío y Lola, que eran mi debilidad.

—Amor, ¿cómo vas?

Abrí los ojos para mirar a Gorka, que cada segundo que pasaba estaba más nervioso, y le sonreí, o lo intenté, para que se tranquilizara.

—Voy, esto está chupado, soy repetidora y eso cuenta.

—Eres la mejor y la más fuerte, lo sé.

Las palabras de Gorka me emocionaron y eso que solía repetírmelas con frecuencia. Siempre me decía lo mismo. "Estamos donde estamos gracias a tu fuerza".

—Triana, ya estamos —dijo cinco minutos después.

Todo fue muy rápido. Demasiado.

Pasé a que me revisaran y de ahí directamente al paritorio; ya estaba dilatada del todo y lista para traer a mi hija al mundo. Así que me llevaron a toda leche; allí con Gorka a mi lado, sin soltarme la mano en ningún momento.

—¡Empuja! —me dijo la matrona.

—¡Joder, eso hago!

—Venga, mi niña, que lo estás haciendo muy bien.

Sí, qué majo mi marido, que me dio ánimos, pero se me pasó por la cabeza si no sería mejor que se los diera yo a él, ya que tenía una cara de que en cualquier momento iba a echar hasta la primera papilla que comió.

—Venga, Triana, un último empujón y acabamos.

—Como no sea así, meto la mano y me la saco yo, ¿eh…?

Todos se echaron a reír, pero duró poco; en lo que en el último empujón grité un poquito y mi hija me siguió como si fuéramos un dúo.

Me la pusieron en el pecho. Primero la miré a ella, era preciosa, ¿qué voy a decir yo si era mía? ¿No?

Luego miré a Gorka, que lloraba emocionado mirándonos a las dos. Alargué la mano para que se acercara más, y lo hizo.

Primero le dio a Macarena un suave beso en la cabecita y le susurró unas palabras que no llegué a entender, pero que estaba segura de que eran preciosas, porque si era buen hombre, y buen marido, era sin duda mejor padre.

Después se acercó a mí y me dejó un suave beso en los labios.

—Gracias… gracias, por tanto, mi niña. Gracias por dejarme volver, por perdonarme, por darme esta vida, esta familia y gracias por quererme.

Dios… es que no era posible que hubiera un hombre mejor, no podía quererle más de lo que ya lo hacía porque sería imposible.

—Yo también tengo que darte las gracias por volver a mí. Lo nuestro estaba destinado, amor.

Gorka asintió porque era incapaz de decir nada más de lo emocionado que estaba.

Y, en ese momento, con nuestra hija en mi pecho y con él abrazándonos a las dos, supe que por fin nuestra vida estaba completa.

Supe que todo había valido la pena. Cada lágrima, cada herida, cada segundo de dolor y cada año de ausencia.

Porque todo eso nos había llevado justo ahí, ya que pese a todo por lo que habíamos pasado, nada ni nadie había podido con nosotros. Porque teníamos lo más importante.

Lo que el tiempo no borró. Nuestro amor.

Mis redes sociales:

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora
